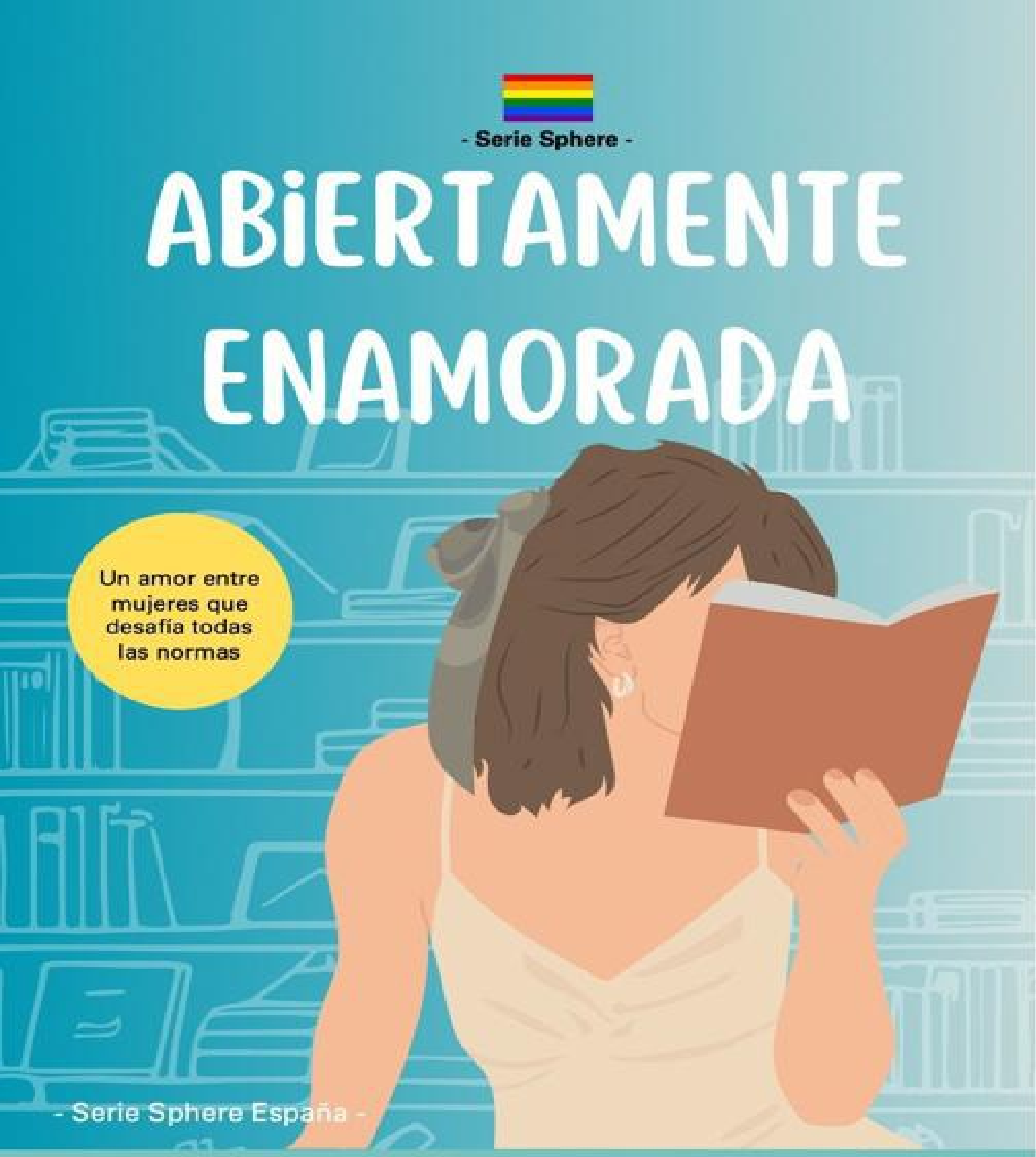
- Serie Sphere -

ABIERTAMENTE ENAMORADA

Un amor entre mujeres que desafía todas las normas



- Serie Sphere España -

MAGGY MCANDREW

Abiertamente Enamorada

Maggy McAndrew

Derechos de autor © 2024 AMM

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Versión en castellano

-Serie Sphere España-

A mi esposa.

Capítulo 1

Es frágil la vida

Por más sofisticados que sean nuestros relojes, por más alto que suenen nuestras alarmas, nunca controlaremos el tiempo, solo lo que hacemos con él.
Hay momentos en que el futuro llega tan rápido, tan sin avisar, que el presente, antes de poder serlo, ya se ha convertido en pasado. En otros, sin embargo, el peso del tiempo se hace sentir, y el futuro no sucede porque el presente se esconde intentando nunca volverse pasado.

Valerie

10 de octubre

La televisión muestra la misma noticia por tercera vez. Me muevo en la silla, sin tener posición, ¿cuánto tiempo más vamos a tener que esperar?
"Puedes dejar de mirar el reloj cada cinco minutos, me estás poniendo nerviosa", dice Isabella, apoyando su mano en mi brazo.
"Como si eso fuera posible", murmuro entre dientes, no estando segura de que ella me escuche.
"Sabes que el tiempo no pasa más rápido por estar siempre mirando, ¿verdad? A veces pareces igual que los niños, no sé cómo te van a tomar en serio cuando seas madre", bromea tratando de aligerar el ambiente, a pesar de que en este momento eso no sea posible.
Sentada en la silla a mi lado, Isabella sonríe. Después de casi cinco años juntas, no dejo de impresionarme con su calma. Qué suerte tienen sus pacientes de tenerla como psiquiatra, pocos hacen un trabajo tan bueno. Pero lo que siempre me ha impresionado más es que ella es capaz de seguir sus propios consejos.
"Estás sonriendo", comenta girándose hacia mí para hacerme cosquillas, "Un céntimo por tus pensamientos", prosigue. A pesar de que yo no digo nada, ella continúa, "O tal vez no, quizás no voy a querer saber".
"Debería comenzar a meditar", profiero finalmente, compartiendo sin filtros lo que me pasa por la cabeza en este preciso momento.
"Wow, qué progreso. Estás realmente nerviosa, si hasta meditar ya es una opción".
"¿Y tú no estás ni un poco nerviosa? ¡Es imposible!" Suspiro de forma audible, lo que le provoca una carcajada.
Agarra mi mano y la apoya contra su pecho, "¿Sientes?", pregunta.
"Sí, está latiendo. Rítmico y regular".
"A brincos, casi saliéndose por mi boca", responde.
"Creo que incluso los psiquiatras como tú tuvieron clases de anatomía y saben que es imposible que el corazón se salga por la boca, ¿no?"
A pesar de estar intentando bromear, vuelvo a hiperventilar, y esta vez Isabella no se cohíbe de comentar con sarcasmo: "Doctora Valerie Pope, no se atreva a desmayarse, a menos que quiera ser asistida por un psiquiatra o uno de los ginecólogos de esta clínica, no estoy segura de que estemos a su altura. Yo, por mi parte, ni voy a decir que soy médica, lo sabes, ¿no?"
Después de varios minutos, la conversación tiene el efecto de dejarme más tranquila. No hay nada que hacer excepto aceptar los hechos: decidimos tener un bebé.
Vuelvo a fijar la mirada en la pantalla de la televisión, solo para tener hacia dónde mirar, e inmediatamente mi mente vuela, haciéndome recordar la mañana de hoy.

§§§

Después de haber hecho el turno de noche, llego a casa pocos minutos antes de las ocho de la mañana. Sin hacer ruido entro al cuarto, Isabella duerme plácidamente, atravesada en la cama, totalmente descubierta.
La luz tenue que ilumina la habitación es suficiente para permitirme observar los contornos de su cuerpo. Las piernas largas y bien delineadas, los senos generosos, y el cabello rizado esparcido sobre la almohada. Como en cualquier otra noche, tiene puestas solo las bragas y una camiseta de

tirantes, sea invierno o verano, esta es su ropa para dormir. No tengo un espejo, pero sé que sonrío.
Me quito la camiseta y me siento en la cama. Toco con la punta de los dedos sus brazos, y recorro lentamente el cuerpo expuesto hasta tocar los tobillos, los pies, para luego volver a subir. Cuando paso la mano siento su piel, y es lo suficiente para hacerla despertar.
Sin decir nada, me jala haciéndome caer sobre la cama. Cuando me acuesto a su lado, une sus labios a los míos y me besa, en un gesto conocido. Me dejo llevar por sus caricias. Mañanas de sexo después de un turno en emergencias son una rutina muy nuestra. Ella se yergue y se sienta sobre mí, poniendo una rodilla a cada lado de mi cintura. Con las manos agarra las mías, mostrándome donde quiere que se queden.
Me mira a los ojos y contornea mi cara con la punta del dedo, sabiendo el poder que ejerce, pasa los dedos en la cara interna de mi brazo, y enseguida, desliza suavemente la lengua por el mismo recorrido, dejando un rastro caliente y mojado. Cada vez más excitada, busco su cuerpo con el mío. Correspondiendo, ella inclina el cuerpo sobre el mío. Creo que no necesitaría nada más, pero esas no son sus intenciones. Su cabello desordenado se esparce sobre mi vientre y el calor de su respiración me obliga a agarrar firmemente las almohadas.
"¡Isa!", grito sin pudor.
Ella sabe lo que significa, estoy rendida. No dice nada, porque el momento no se lo permite. Es inevitable. Suelto un gemido y me pierdo en oleadas de placer que se suceden, encima porque ella no parece tener intenciones de parar, al menos no ahora.

§§§

Interrumpiendo mis divagaciones, una enfermera entra a la sala y, en una voz altamente profesional, llama: "Isabella Ríos".
"¡Eres tú!", exclamo, poniéndome de pie.
Isabella se levanta tranquilamente, une sus labios a los míos y dice bajito junto a mi oído: "Va a ser esta vez".
La sigo con la mirada mientras se aleja acompañada por la enfermera, que mientras tanto también llama a "Theresa Ortiz", haciendo que una de las mujeres que estaba sentada en el sofá del otro lado de la sala de espera también se levante.
Es la tercera vez que estamos aquí, y sé que va a demorar más de dos horas hasta que Isabella vuelva. Discretamente observo a la otra mujer que también estaba al fondo de la sala, y que ahora permanece sola, sentada en el sofá, moviendo los dedos rápidamente sobre una pantalla de celular. Parece nerviosa, ¿será su primer intento?
No es que no crea en las palabras de Isabella, yo sé que no puedo controlar el tiempo, pero puedo modificar su forma de pasar. Con eso en mente, me levanto de la silla de forma decidida: voy a buscar algo para ocuparme.
Bajo los dos tramos de escalera hasta la entrada, y entro al bar.
Hay una tarde de sol, pido una coca cola con mucho hielo y me instalo en la terraza. Poco a poco voy relajándome, dejando que el líquido frío y azucarado haga su efecto mágico.
Casi sin darme cuenta, me pierdo otra vez en pensamientos y vuelvo a la madrugada de hoy. No le dije nada, pero Isabella tenía razón, yo no debería haber estado de servicio esta noche. Pensé que, si era para quedarme en casa estresada, sin dejarla dormir, entonces más valía estar en la ambulancia, siempre podría ser útil a alguien.

§§§

"Luiz, pasa por la derecha, ¡más rápido, por favor!", digo agarrándome al asiento para no caer

cuando la ambulancia se inclina en la curva. A lo lejos escucho la sirena de la policía acercándose, vamos a llegar al lugar del accidente todos al mismo tiempo.
El tránsito se inmovilizó y, cuando llegamos, las pocas personas presentes están fuera de los autos. El silencio a nuestro alrededor tiene su cuota de intimidatorio. Dos autos desfigurados contra la barrera central y otro que, volteado de lado, se inmovilizó en medio de uno de los carriles.
"Yo soy médico", grita alguien que surge corriendo por detrás de uno de los autos detenidos, que ya forman una fila a lo largo de la carretera. "Voy a ver aquel auto", dice sin esperar respuesta.
"Ve al conductor de aquel de allá, yo voy a ver el del medio. Ya pedí refuerzos", le grito a Luiz, apuntando a uno de los vehículos.
"¿Podemos ayudar?", pregunta uno de los agentes de la policía que se aproxima.
"Tenemos que actuar rápido, los autos están en mal estado". Tengo noción de que el tiempo corre en nuestra contra, solo por suerte no habrá víctimas en un escenario como este.
"Dos adultos, conscientes. Probable fractura de miembros", grita Luiz alejándose del auto que fue a evaluar y corriendo de inmediato hacia el otro.
Llego junto al vehículo que volcó, parece tener solo una persona adentro, una mujer. La puerta de su lado está contra la carretera, y la del otro lado quedó de tal forma abollada con la violencia del impacto, que por más fuerza que haga, no abre. No voy a conseguir hacer nada antes de que los bomberos corten la chapa. Sin alternativa, me pego al vidrio del frente y grito a pleno pulmón: "¿Consigue oírme? ¿Cómo se llama?"
Nada, ni un movimiento, ni un sonido.
El rescate es lento, como se impone en estas circunstancias. Mientras tanto, con el pasar de los minutos, ya se nos unieron tres ambulancias más y varios carros de policía.
Los dos hombres que estaban con Luiz siguieron al hospital y, por extraño que parezca, los heridos del otro auto eran leves. Finalmente, el sonido de la chapa cediendo. En un instante, los bomberos abren espacio para que yo pueda llegar hasta la víctima. Entro dentro del auto arrastrándome y, ya adentro, escucho un ruido débil, pero constante. No consigo percibir de inmediato de qué se trata, pero es angustiante. Me aproximo a la mujer que permanece inmóvil. El sonido no viene de aquí. ¡Es un llanto! Es un llanto ahogado y ronco. Miro alrededor, pero a pesar de las luces de los reflectores apuntados hacia acá, no veo nada.
"Allí, Val, ¡allí! Hay un asiento de bebé ahí. Está virado al revés, trabado entre el asiento de atrás y el de adelante", dice una de las bomberas.
En medio de la semioscuridad, consigo vislumbrar el brillo del plástico negro. Con cautela, trato de jalar el asiento hacia arriba. Intento controlarme para no hacer mucha fuerza, no sé lo que voy a encontrar. Son necesarios algunos minutos hasta que el asiento se despegue y gire, volviendo visible a un bebé. Permanece preso en los cinturones de seguridad, con un chupete azul en la boca. No debe tener más de cinco o seis meses.
Un colega de otro equipo médico se aproxima y le paso al niño a través de la abertura. Me arrastro entre los asientos para poder llegar junto a la conductora. Automáticamente coloco el índice y el dedo medio en su cuello y la cara junto a su nariz. Está respirando.
"¿Cómo se llama? ¿Consigue oírme? No se mueva".
En una voz tan frágil que se vuelve difícil de entender, murmura: "¿Mi hijo? ¿Mi bebé?"
"¡Él está bien! No se preocupe. Por favor, no se mueva". Antes de que yo tuviera tiempo para nada más, ella pierde la conciencia. Mis dedos continúan en su cuello, pero ahora no siento nada. El aire que salía por la nariz desapareció.
"Sin pulso. ¡No respira!", grito varias veces, teniendo noción de que no voy a conseguir hacer

nada.
"Val. ¡Val! ¡Valerie! Tienes que salir de ahí. Se acabó". Sin que yo me diera cuenta, Luiz también se arrastró dentro del auto y tiene la mano sobre mi hombro.
"No dio tiempo...", digo, dejando la frase a medias.
"Lo sé. No podías hacer nada. El bebé no tiene ni un rasguño".
No tiene ni un rasguño, ni madre, pienso.

Hacemos el camino de vuelta al hospital en silencio. Antes de entrar al estacionamiento, Luiz me mira de reojo y dispara: "Es hoy, ¿no?"
"En la tarde", respondo. Trabajo con él hace ocho años en esta ambulancia, él es la única persona con quien me doy el derecho de compartir lo que soy, sin miedo a ser juzgada.
"¿Estás bien?"
"Claro. Yo quiero tener un hijo, tú lo sabes. E Isabella realmente cree que va a ser esta vez. No sé si ella va a tener coraje para continuar".
"¿Y tú?"
Estacionamos la ambulancia y volvemos juntos al centro de comando, falta menos de una hora para que terminemos el turno.
"Es frágil la vida", murmuro entre dientes.
"Demasiado frágil", responde sin voltearse.

§§§

Una brisa fresca me golpea el rostro, haciéndome volver al presente. Sacudo la cabeza con fuerza, en un intento por sacudirme los pensamientos. Llevo el vaso a la boca y bebo el resto de la coca cola que aún quedaba.
Miro alrededor, buscando cambiar el foco de atención. El espacio es abierto y son muchas las personas que pasan de un lado a otro, mezclándose con las batas blancas de los profesionales que se relajan en breves momentos de pausa. En la mesa a mi lado reconozco a la mujer que estaba allá arriba en la sala de espera. Debe estar en la misma situación que yo, reflexiono: la compañera entró para hacer el procedimiento y ella va a tener que esperar.
En un arrebato, me levanto con el vaso en la mano y me dirijo a ella: "Hola, disculpa que te interrumpa, ¿puedo sentarme? Creo que vamos a tener que esperar por ellas, va a tardar."
Con un gesto, no particularmente amable, señala la silla vacía, dejando el teléfono sobre la superficie de la mesa.

Capítulo 2

Deberías haberte quedado sentada en tu mesa

Jennifer

Cómo deseaba estar sola y tranquila. ¿Por qué será que la gente siempre piensa que es un buen momento para entablar conversación? Sin sonreír, miro de arriba abajo a la mujer que se sienta a mi lado. Su figura no me resulta cómoda, vestida de negro, con pantalones de cuero y camiseta, parece extraordinariamente segura de sí misma.

"¿Es vuestra primera vez? No vale la pena que estés nerviosa, todo irá bien", dice en un tono complaciente de quien tiene la experiencia de su lado.

No digo nada, por lo que ella continúa: "Perdona, ni siquiera me he presentado, Val, Valerie".

"Jennifer", pronuncio simplemente.

"Isabella y yo estamos en nuestro tercer intento. Ella cree que esta vez sí que lo conseguiremos. ¿Y vosotras?", insiste.

Me gustaría echarla, pero sé que no podré hacerlo sin parecer demasiado grosera. Enderezo la espalda, cruzo la pierna y ajusto la falda, demasiado estrecha para esta posición, rompiendo el silencio al que me había remitido, más por la irritación que siento que por las ganas de mantener esta conversación: "No sé qué estás pensando, pero no hay un 'vosotras'".

"Perdona..."

Es la tercera vez que me pide disculpas en menos de un minuto, no está yendo bien.

"Pensé que erais pareja", continúa, "Tú y Theresa, ese fue el nombre que llamó la enfermera, ¿no?"

¿Quién se cree que es? Y peor aún, ¿quién cree que soy yo? "¡Theresa y yo no somos pareja!", exclamo, ahora en un tono que ya no oculta la hostilidad. "No sé por qué pensaste eso, pero no somos pareja". Las palabras salen cortantes, ni siquiera puedo creer que esté aquí sentada en un bar de hospital dando explicaciones a una extraña. "¡Theresa es mi cuñada, es la esposa de mi hermano!"

"Claro, perdona."

Es la cuarta vez que pide disculpas.

"Creo que saqué conclusiones precipitadas. Te vi con ella y asumí que estabais juntas".

"Hay más gente que hace inseminación artificial, no son solo las...", no termino y desvío la mirada.

Es su turno de enfurecerse, "No son solo las mujeres lesbianas. Puedes terminar, no me ofendes".

La conversación no podía ir peor, ¿por qué no se quedó tranquila en su mesa?

Como si oyera lo que estoy pensando, Valerie se levanta y, sin ceremonias, se despide con un gesto de cabeza. "Me voy. Buena suerte", susurra entre dientes.

Agradezco y la veo alejarse con paso rápido y decidido. No es que tenga nada en contra de las parejas lesbianas, pero de ahí a que ella asuma que yo estaba con la esposa de mi hermano, eso no. Estas cosas no son para mí.

*

Ya es casi de noche cuando llevo a Theresa de vuelta a su apartamento. Estoy por aquí tantas veces que me siento totalmente cómoda, voy a la cocina y hago un té para cada una de nosotras. De vuelta a la sala, me siento a su lado en el sofá, descalzándome y cruzando las piernas sobre los cojines.

"Mi hermano debería estar aquí, un día se arrepentirá de no haber participado", digo.

Pareciendo ignorar mi frase, Theresa afirma, "Estoy confiada". Coge la taza y lentamente sorbe

el té. "Eres la mejor de las compañías", concluye, dejando la taza para darme un beso en la mejilla. "Mañana él llega de Nueva York y yo vuelo a París", total desencuentro de horarios no importa, es parte de nuestra profesión.
"¿Hablaste con aquella mujer que entró al mismo tiempo que tú?" pregunto, de la nada, enderezándome y ajustando los cojines a mi alrededor.
"¿Isabella?", cuestiona sorprendida.
"Esa misma", afirmo sin explicar la razón de mi pregunta.
"Por casualidad sí hablé. Yo estaba tan nerviosa, y ella parecía tan tranquila. Es psiquiatra, tal vez esa sea la clave. Dame un avión lleno de pasajeros, turbulencia, pistas difíciles, y me siento tranquila, pero allí, en aquel espacio inmaculado, blanco y estéril, me sentí la más vulnerable de las criaturas. Bendita Isabella, que escuchó mis dramas existenciales, debería haberle pagado la consulta, se lo merecía."
Theresa suelta una carcajada, y yo también río, recordando la imagen de Valerie.
"Por lo que entendí, es su tercer intento. Estaba con su mujer. También es médica, trabaja en emergencias, ¿no la viste? Estaba en la sala de espera."

*

"Fue bien, mamá, es la tercera vez que me haces contar lo que pasó. Además, yo me quedé fuera, solo Theresa puede contarte más detalles." Sentada en la mesa de la cocina de la casa de mi madre, intento tragar la sopa, lo que se vuelve difícil por tantas preguntas.
"Tu hermano debería estar aquí..."
"Debería, pero no está, son pilotos, es así. Ella fue a la clínica e hizo lo que tenía que hacer. En realidad, él no hizo falta, su parte ya estaba hecha", bromeo, sabiendo de antemano que ella no le verá la gracia.
"Deja de decir tonterías", responde, cambiando finalmente de tema, "¿Mañana a qué hora sales para la Universidad?"
"Doy clase a las ocho, escritura creativa para alumnos de 1er año", afirmo con un suspiro. "Cuando estaba en París, tener clases a las ocho era absolutamente normal, pero aquí, los alumnos parecen pensar que es una afrenta. Llegan tarde, bostezan, solo falta que se duerman."
"Conociéndote como te conozco, estoy segura de que eso no sería posible."
Me acuesto temprano, exhausta no tanto por lo que hice, sino por las emociones del día. Adoro a Theresa y a mi hermano, pero, por mucho que no quiera estar de acuerdo con ella, mi madre no deja de tener razón, debería haber sido él quien fuera a la clínica.
Guardo el cepillo de dientes y miro al espejo del baño, frente a mí, me limpio la cara con la toalla, y sonrío ante la posibilidad de tener un sobrino.
Me acuesto en la cama y acomodo el edredón alrededor del cuerpo, sintiendo el suave roce del algodón sobre las piernas desnudas. De la nada, recuerdo la conversación en la terraza, qué mujer tan desagradable.

**

11 de octubre

Llego al aula pocos minutos antes de la hora. Dejo el abrigo en la silla y preparo todo para empezar, sabiendo que aún tendré que esperar. Esta es solo la segunda clase, la semana pasada les pedí que escribieran un cuento, sobre un tema libre. Descubrí que esta es la mejor forma de saber un poco más sobre ellos, no tanto sobre sus capacidades como escritores, sino sobre todo sobre su personalidad, anhelos y expectativas.

Al menos, a las ocho y cuarto ya están todos sentados, y algunos incluso sonríen. Después de una breve introducción sobre la estructura de las narrativas, y cuánto todo se parece siempre al modelo de la tragedia griega, pasamos a la presentación de los trabajos.
El primero en leer es un joven pelirrojo, sentado en el lado derecho. En un tono casi teatral, se sumerge en una historia de ficción, llena de acontecimientos insólitos y criaturas fantásticas. Como narrativa, no es mala, pero tampoco es buena. A pesar de todo, a los compañeros parece gustarles y entusiasmados hacen mil preguntas.
Después de un descanso de quince minutos, es el turno de una chica que, si no fuera por otras razones, llama la atención por su largo cabello, peinado con finas trenzas recogidas en una cola de caballo que le llega a mitad de la espalda. De piel marrón color chocolate y ojos negros, tiene una belleza inusual. Los compañeros están agitados, aún en la dinámica propia de los descansos, pero a medida que ella comienza a leer, las voces se silencian y todas las miradas se vuelven hacia ella.
Aparentemente indiferente a todo a su alrededor, lee con una voz suave, pero nada monótona, propia de alguien entrenado en presentaciones: *"(...) salieron lado a lado, caminando de forma perezosa, casi desgarbada, jugando y riendo. Cuando cruzaron la puerta de la escuela, Sophia tocó suavemente la mano de Lia, para luego correr frente a ella, desafiándola a perseguirla. Como casi todos los días, acabaron tumbadas en el césped del parque, exhaustas por la carrera y la excitación, después de un largo día de escuela. Sophia puso las manos bajo la cabeza y cerró los ojos. Lia la miró fijamente y jugó con la punta de los dedos, haciendo carreras y saltos virtuales como si los dedos fueran atletas que hacen sus pruebas usando el cuerpo de Sophia como escenario. La tocó en los brazos, en la cara, por encima de la camiseta, y Sophia nunca se movió. Si Lia hubiera prestado más atención, habría visto la respiración acelerarse y podría haber sentido cómo su corazón latía desacompasado, pero la verdad es que Lia apenas podía gestionar sus propias emociones. Aprovechando que Sophia tenía los ojos cerrados, colocó su cara sobre la de ella, dejando pocos centímetros entre las bocas de ambas, y cerró también los ojos. Sophia abrió los suyos y, sin dudar, inclinó la cabeza lo suficiente para llenar el espacio que las separaba, permitiendo que los labios se tocaran. El ligero roce pronto se transformó en un deseo imposible de contener. Sophia tomó a Lia en sus brazos y se colocó sobre ella, dejándola de espaldas en el césped. Cubiertas por los árboles, en su escondite de todos los días, ambas sabían que difícilmente serían molestadas por miradas ajenas. Lia pasó la mano por dentro de la camiseta de Sophia y, por primera vez, tocó sus senos haciéndola estremecer. Aquel día experimentaron todo lo que desconocían, aquel día dejaron de ser niñas y se convirtieron en mujeres. Debería haber sido solo una tarde banal, una tarde de primavera de uno de los últimos días de escuela, pero se convirtió en una tarde que nunca olvidarían a lo largo de sus vidas."*
Cuando la historia termina, ella se calla y nadie dice absolutamente nada, ni siquiera yo.
Rompiendo el silencio, se oye el tono de un móvil proveniente de uno de los bolsos en el suelo y luego una disculpa pronunciada por alguien que no distingo. Es suficiente para desbloquear a la audiencia. Las preguntas se suceden y ella va respondiendo, con la misma tranquilidad de antes, a cada una de ellas.
Al final de la clase, mientras todos van saliendo, recojo los textos y los guardo dentro del maletín en el suelo. La última persona en entregar es la joven que acaba de leer, que, después de pasarme las hojas a la mano, se detiene de pie al lado del escritorio.
"Disculpa, Jennifer, pero me gustaría saber tu opinión, no dijiste nada", pronuncia obsequiándome con una sonrisa que le ilumina el rostro.
"Es un buen texto", digo ganando tiempo, "¿Cómo te llamas?"

"Theodora."
"Bien, Theodora. Dame unos días, déjame leerlo con calma, y volvemos a hablar en la próxima clase."

*

Vuelvo a casa, o mejor dicho a casa de mi madre, justo después del almuerzo. En esta época del año aún no hay mucho que hacer en la Universidad, el año académico acaba de comenzar, y las primeras evaluaciones aún están lejos.
Me siento en el escritorio instalado en mi habitación de infancia, miro por la ventana, y leo y releo las páginas que escribí ayer. No está bien, el texto no tiene alma, son palabras sueltas, no tiene carácter. Podría intentar corregirlo, pero sé que no hay cómo. Borro y vuelvo casi al principio.
Arrastro este libro desde hace más de un año, a este paso nunca lo voy a terminar. Tal vez John tenga razón, tal vez yo no sea verdaderamente una escritora. Debería conformarme con mi vocación de profesora de escritura creativa, como él me dijo un día en una de nuestras últimas discusiones.

Capítulo 3

No habrá una próxima

Isabella

24 de octubre

"¿Qué día es hoy? No deberías...", Fred no termina lo que va a decir, porque lo interrumpo, adivinando el resto de la frase.
"Sí, es hoy. Han pasado dos semanas. Fui a hacerme los análisis a la hora del almuerzo, deberíamos saber algo pronto."
Después de una tarde de consultas, Fred y yo nos relajamos en la cocina. Compartimos un espacio de oficinas con otros dos colegas, un psiquiatra como yo y una psicóloga como él, pero la mayoría de los días somos solo nosotros. En sus casi cincuenta años, Fred es mucho más que un compañero de trabajo, es un amigo, un confidente. Por defecto profesional, por amistad o simplemente porque no sabe ser de otra manera, él es la persona tímida y reservada, que escucha atentamente, hablando en el momento adecuado y eligiendo las palabras con una precisión quirúrgica. Hubo momentos en los que no sé cómo habría resistido sin sus conversaciones, sus tés, su cariño.
Me gustaría hacer más para ayudarlo. Después de una relación de casi veinte años con Alan, se fueron de vacaciones de verano a una playa de una isla del Pacífico, conocieron a un joven que estaba de vacaciones solo y, por lo poco que Fred compartió, comenzaron a conversar, cenaron juntos, hasta que se volvieron inseparables. Según lo que entendí, pasaron días inolvidables, de locura y placer sin consecuencias, o al menos eso pensó Fred. Recuerdo que cuando volvió, venía animado, casi eufórico, hablaba más, reía más, vivía más, pero duró poco. Un día me pidió que fuera a verlo, Alan le había comunicado que iba a dejar la casa, que estaba enamorado.
"¿No estás contenta?", pregunta dejando la taza sobre la mesa y haciéndome volver al presente.
"Sí", respondo automáticamente.
"Nadie lo diría", replica.
"Claro que estoy contenta, estoy con la posibilidad de estar embarazada, pero ¿y si no lo estoy?"
"¿Y si lo estás?"
A lo largo de ocho años de convivencia, nuestras conversaciones tomaron una forma muy propia, muy nuestra.
"Creo que de una forma u otra, no podemos continuar", murmuro más para mí misma que para él.
El comentario puede parecer fuera de contexto, tal vez lo sea, pero me sale del fondo del corazón. Verbalizar la posibilidad de que nuestra historia esté cerca del final, lo hace más real, pero no por eso más fácil.
"¿Contigo?"
"Sí, ¿con quién más?"
"Están juntas hace años, viviendo en la misma casa, ¿y dices eso así, como si fuera la consecuencia lógica de todo lo que está pasando?", me mira y hace un gesto muy característico suyo, como diciendo, eso son solo disparates. Con una risa irónica continúa, " 'Sabes, mi mujer y yo estamos intentando tener un hijo, pero, lo consigamos o no, nos vamos a separar.' Claro, es lo más común, ¡cómo es que puedo estar sorprendido!"
A pesar de sentirme exhausta, me río a carcajadas con la expresión estampada en su cara. En estas situaciones, Fred exacerba los manierismos y se convierte en un verdadero actor, en este caso, un verdadero actor de comedia.

"Deja de bromear, tú me conoces y conoces a Val. No estamos bien", acabo diciendo cuando consigo parar de reír.
"Yo te conozco, y si me hubieran preguntado, nunca habría creído que serías capaz de estar con una persona como Val durante tanto tiempo, de vivir con ella, de planear tener un hijo con ella y, sin embargo, aquí estamos." La expresión cambió y el tono de voz muestra que Fred habla en serio, si alguien me conoce, es él.
"¿Qué quieres decir con 'una persona como Val'?"
"Tú sabes, 'Valerie la conquistadora'. La mujer de los pantalones de cuero y el casco bajo el brazo. Recuerdo bien los tiempos en que seducía a cada mujer que se cruzaba en su camino. No te olvides de que yo conocía a Val mucho antes de que tú la conocieras. Es más, hasta hoy me pregunto si aquella fiesta fue algo bueno o malo".
Sé que está bromeando, pero no me río. "Tengo la convicción de que todas las cosas tienen un tiempo, incluso las mejores".
"¿Y si estás embarazada?"
"Fantástico, vamos a tener un hijo. Pero eso no cambia nada de lo que dije antes", suspiro profundamente y trago saliva antes de continuar, "Te lo estoy diciendo así, pero no ha pasado nada. No hemos hablado, pero presiento que muy pronto tendremos que poner las cartas sobre la mesa".
"Tengo que irme, es tarde, pero si eso que estás diciendo es realmente así, tal vez podamos recordar viejos tiempos", se levanta y se dirige a la puerta, no sin volver a mirar hacia atrás por encima del hombro y preguntar: "¿Hace cuánto tiempo que no sales por ahí? ¿Hace cuánto que no tienes una 'cita'?"
Sin esperar respuesta, se aleja riendo solo y encogiéndose de hombros.

Hago el trayecto de regreso a casa a una velocidad particularmente lenta, siendo plenamente consciente de que estoy cansada y, además de cansada, ansiosa. Dentro del coche, sola, con la música a gritos, me puedo permitir estar nerviosa cuanto me apetezca, sin tener que dar justificaciones a nadie, pienso, conversando conmigo misma. Perdida en un mundo solo mío, me llevo un gran susto cuando el coche frente a mí frena de repente, no evitando el choque con una moto que surge por la izquierda, aparentemente sin haberlo visto. Freno a fondo, inmovilizo el coche, abro la puerta y corro hacia el motociclista que está tirado en el suelo.
"No es nada. Estoy bien", oigo la voz de una mujer, que se quita el casco mientras se sienta en el suelo. "La culpa fue mía, totalmente mía. No vi el coche, me distraje con un bache en la carretera y para no dejar que la moto derrapara..."
Asegurándome de que realmente está bien, dirijo la mirada hacia el coche.
En medio de la calle, la conductora vocifera en un tono exaltado: "Estos tipos de las motos, creen que la calle es suya. Apareció por la izquierda y chocó antes de que siquiera lo viera".
"Pido muchas disculpas, muchas disculpas de verdad", dice la motociclista poniéndose de pie.
La cara de asombro de la conductora no podía ser mayor cuando constata que "el tipo de la moto" es una mujer mucho mayor que ella, que se deshace en disculpas.
"¿Estás bien?", pregunto acercándome. Está pálida y se agarra el brazo izquierdo con la mano derecha. "Yo te conozco...", cierro los ojos un instante e intento recordar dónde la he visto. "Ya sé, ¡en la clínica! ¿Te acuerdas de mí? Estabas con Theresa, hace dos semanas, en la clínica. Yo soy Isabella".
"Claro que me acuerdo, me golpeé el hombro, no la cabeza". El tono es tan sarcástico que no entiendo si está bromeando o hablando en serio.
En cuanto intento tocarle el brazo, deja escapar un grito de dolor.

"Creo que tienes una luxación de hombro, tienes que ir al hospital. ¿Quieres que llame a alguien?"
"No, estoy genial". La expresión de su rostro muestra cuán falsas son sus palabras.
"Mira, vamos a hacer lo siguiente, dejamos tu coche estacionado aquí y yo te llevo al hospital, tal vez Val todavía esté de guardia".
No es necesario insistir mucho para que acepte mi sugerencia.

No es una luxación completa, por lo que, después de algunos analgésicos y de que uno de los ortopedistas haga la reducción, Jennifer, ese es su nombre, parece otra persona, suavizó el tono y, a pesar de que no conseguimos encontrar a Val, me entero de que se conocen y que estuvieron conversando en el bar de la clínica.
Siento el teléfono móvil vibrar en el bolsillo y en el mismo instante Jennifer mira el suyo y grita: "¡Buena!"
"¿Está todo bien?"
"¡Genial! Theresa está embarazada. Voy a ser tía".
Sus palabras me traen de vuelta a la realidad, sé que cuando mire la pantalla de mi teléfono no habrá vuelta atrás, pero también sé que lo que sea que esté escrito no cambiará. "Negativo".
No digo nada, pero no sería necesario. Jennifer demuestra ser una persona atenta y, sin hacer preguntas, solo dice: "Ya verás que la próxima vez es la vencida".
"No habrá una próxima, este era el último intento".

Capítulo 4

No vine preparada

Valerie

Volvemos al centro de comando después de lo que debió haber sido la última llamada de hoy. Afortunadamente, no fue necesario traer al paciente con nosotros, solo un episodio de presión alta y un gran susto. Menos mal, estoy de guardia hace más de veinticuatro horas, daría todo por un chocolate caliente y la comodidad de mi cama.
Luiz estaciona la ambulancia, verificamos la medicación, llenamos los formularios y entramos juntos al edificio del hospital. Minutos después, nos reencontramos otra vez afuera, ya sin uniforme.
"Cuando sepas algo, dame noticias", dice dándome un beso en la mejilla.
"Claro, Isabella debe llamar cuando salga el resultado", respondo, mirándolo. Está arreglado de pies a cabeza. Impresionante cómo consiguió todo esto en tan poco tiempo. "Qué perfumado. ¿Quién es el afortunado? Nunca vas a crecer, ¿verdad?"
Sin responderme, saca el teléfono de la mochila y me lo extiende, mostrándome una fotografía.
"Lindo", pronuncio ante una imagen que podría ser de un modelo fotográfico.
"Es chileno, está aquí solo de paso, como conviene".
Mientras Luiz habla, mi teléfono vibra. "Negativo", afirmo después de leer varias veces el mensaje de Isabella.
"Rayos, chica, estaba realmente convencido de que era esta vez. ¿Quieres tomar una copa antes de ir a casa?"
"Creo que no debes dejar a tu amigo esperando, puede decidir cambiarte por otro", digo forzando una risa. "Además, Isabella está aquí en el hospital. Ayudó a alguien en un accidente en la calle, no entendí bien en el mensaje, pero la cuestión es que está aquí. Voy para allá ahora".

Camino apresurada hacia urgencias, realmente no entendí qué pasó, ni con quién está Isabella, pero definitivamente hoy necesito que el día termine.
"¡Isabella!", llamo elevando la voz para hacerme oír, cuando la veo cruzar el pasillo a unos metros de distancia.
"Val", profiere como si fuera necesario, antes de darme un beso. Por su cara no percibo cuánto la afectó la noticia, tiene esa expresión profesional que tantas y tantas veces la vi usar, una media sonrisa, si es que se puede sonreír por la mitad, una mirada dulce, pero distante, y un timbre de voz más bajo de lo habitual.
"Creo que se conocen", afirma apuntando a Jennifer, de pie a su lado, con el brazo izquierdo inmovilizado.
"¿Qué pasó?", pregunto sin saludarla. Aún no me trago su hostilidad del día en la clínica.
En pocas palabras, Isabella me explica lo sucedido.
"Qué coincidencia que estuvieras en el auto de atrás", comento entre dientes, no diciendo lo que me apetecía, 'qué infeliz coincidencia'. Al contrario de mí, Isabella parece haber simpatizado con Jennifer, y sin preguntarme, la invita a cenar con nosotras. Por primera vez, Jennifer emite un sonido: "Gracias, pero creo que hoy no es un buen día".
"Nada de eso, ya es tarde, y no puedes mover el brazo, por eso está decidido, cenas en casa. Es decir, a menos que ya tengas planes."
De un momento a otro, Isabella parece tener como objetivo principal convencer a Jennifer de aceptar su invitación. Es demasiado para mí, no voy a ser capaz de cenar con ella y hacer conversación trivial. En un instante, llevo la mano al bolsillo y pongo el teléfono en la oreja,

dando un paso al costado para alejarme lo suficiente, pero al mismo tiempo sin dejar de ser oída por ellas. "¿Sí?", "¿Ahora?", "¿Quieres que vaya ahora?", "Claro, sí, todavía estoy aquí.", "Yo voy, espera solo unos minutos, Isabella está aquí".
Manteniendo la farsa, guardo el teléfono y vuelvo a acercarme. "Me llamaron al centro de comando, falta uno de los colegas de la noche. Voy a dar una mano, ¿te quedas bien, verdad?"
Isabella se encoge de hombros y no responde.
"En la mañana estoy en casa", afirmo. Sin dar oportunidad para que la conversación prosiga, doy la espalda y, sin mirar atrás, avanzo hacia la salida.
Ya estoy a varios pasillos de distancia cuando aminoro el paso, y me detengo, apoyándome en la pared. Por un momento me quedo aquí parada, me inclino hacia adelante, pongo las manos sobre las rodillas y bajo la cabeza, en un vano intento por recuperar algo de serenidad.
No voy a resistir, no hoy. Necesito dejar de pensar, aunque sea por unas horas. Con la conciencia amenizada por este pensamiento, y suavizada por el cansancio, retomo la marcha, esta vez en dirección al servicio de imagenología. Miro el reloj, casi las nueve, espero que ella todavía esté allí.
La puerta exterior está cerrada, por lo que paso la tarjeta por el sensor para poder entrar. No se ve a nadie en las diversas salas, lo cual no es de extrañar a esta hora. Nadie viene aquí por la noche, a menos que sea para algún examen especial que no pueda realizarse en urgencias, o los médicos de guardia, que usan los despachos para descansar. Lentamente atravieso el pequeño pasillo, deteniéndome frente a una de las salas, que tiene la puerta entreabierta. Consigo oír su voz, supongo que está al teléfono. No presto atención a la conversación, y me quedo inmóvil, hasta oírla colgar.
Sin tocar o anunciarme, simplemente abro la puerta y entro.
"Val", dice, sin sorpresa, poniéndose de pie.
Hoy todo el mundo parece tener la necesidad de pronunciar mi nombre cuando me ve. Avanzo en su dirección y, en silencio, la tomo en mis brazos, juntando mi boca a la suya, en un beso ávido de intención.
Martha se deja besar, pone los brazos alrededor de mi cintura y me atrae, dejando nuestros cuerpos pegados. Entrelaza los dedos en mi cabello, como siempre hace, y solo despega su boca de la mía cuando no puede evitar la necesidad de respirar.
"Buenas noches", dice riendo, levantando ligeramente las cejas. "Es bueno verte. ¿Cuánto tiempo?"
Dos meses. Dos meses fue el tiempo que resistí después de decirle que no podíamos continuar, en este mismo despacho. "¿Estás de guardia?", pregunto, sin necesidad de responderle, ya que su pregunta es retórica.
"No, estaba terminando de relatar unos exámenes e iba a casa ahora".
"¿Tienes que ir?"
"'Tener' es una palabra muy fuerte". "Los niños me están esperando", agrega.
"Cierto. Pero ¿tienes que ir?"
"Si tienes alguna invitación que hacer, hazla".

Entre el beso en la sala de radiología y entrar en la habitación del hotel, en 'nuestra habitación', no pasó más de media hora.
Conocemos este juego demasiado bien, lo jugamos desde hace años, siempre prometiendo que será la última vez, que cada una de nosotras tiene su vida, y que este es un juego peligroso. Pero hoy, hoy los dados están echados, y no habrá nada que nos impida llegar hasta el final.
"No vine preparada", digo entre dientes al mismo tiempo que arrojo la chaqueta sobre la mesa,

casi tirando la pequeña lámpara que da a la habitación una luminosidad ligeramente anaranjada.
"Improvisa." Martha colocó cuidadosamente el blazer en el respaldo de una de las sillas, y se queda parada frente a mí, con una sonrisa angelical.
Lentamente desabrocho los botones de su camisa de seda uno a uno, dejando que mis dedos toquen su piel durante el proceso. Cuando la camisa queda finalmente abierta, me inclino y deposito un beso sobre el sujetador. Busco la cremallera de la falda, la abro, y sin necesidad de nada más, esta se desliza hasta el suelo. La imagen de Martha en ropa interior y zapatos de tacón provoca en mí lo que siempre ha provocado desde la primera noche. Sé perfectamente lo que ella quiere y no tengo ninguna duda de que me llevará a la locura. La tomo en mis brazos y vuelvo a besarla con el mismo arrebato de antes. La empujo hacia atrás, haciendo que caiga acostada de espaldas sobre la cama. Me quito la camiseta y, sin quitarme los pantalones de cuero, me acuesto encima de su cuerpo, haciendo que el cuero roce sobre su piel desnuda. Ella permanece inmóvil, con los brazos estirados a lo largo del cuerpo y los ojos cerrados.
Paso la lengua por su cuello y voy descendiendo en un camino de besos, contorneando el tejido del sujetador y más abajo el elástico de las bragas. Los tacones de los zapatos de Martha me tocan en las piernas, aunque, con los pantalones puestos, sea solo un roce suave.
Me levanto por un instante, transformo la camiseta que acabo de quitarme en una especie de cinta, e improviso una venda, colocándola sobre sus ojos.
La imagen de Martha casi desnuda acostada sobre la sábana, rendida a lo que pueda suceder, es suficiente para dejarme tan excitada que tengo que morderme con fuerza el labio inferior para resistir la tentación de poseerla inmediatamente. Cuidadosamente le desabrocho el sujetador, desnudándome también. No vine preparada, pero no importa, a falta de otra cosa, mis pantalones tendrán que servir. Agarro una de las puntas del cuero y la hago deslizar a lo largo de su cuerpo que se arquea, mientras ella gime bajito, pasando las piernas alrededor de mi cintura. Después de torturarla, deslizándome sobre cada centímetro de su piel, dejo que el cuero toque entre sus muslos.
"Val, ¡ahora!", es el código que esperaba. Arrojo los pantalones lejos y dejo que mi mano se pierda en su cuerpo, permitiendo, por fin, que ella me toque. Nuestros gritos son simultáneos y se mezclan unos con otros, acompañando el éxtasis que perdura, como siempre sucede cuando estamos juntas.

Capítulo 5

¿Por qué volvieron?

Jennifer

El apartamento de Isabella no es grande, pero es de un extraordinario buen gusto. "Qué estantería tan fantástica", digo deteniéndome frente a un mueble que llega hasta el techo, repleto de libros de todos los tipos y temas.
"Casi todos son de Val, ella adora leer, y adora aún más comprar libros".
Doy un salto hacia atrás casi desequilibrándome cuando, en medio de lo que yo pensaba que eran solo libros, surge la cabeza de un pequeño gato color miel.
"Disculpa", dice Isabella sosteniendo al gato en su regazo, "Es Udon".
"¿Se come?", pregunto con una carcajada, recuperando el equilibrio y el aliento. Paso la mano por el pelaje sedoso, y Udon emite un breve maullido, apreciando mi caricia.
"¿Pedimos comida? ¿Sushi?" Aunque es una pregunta, Isabella no parece tener dudas sobre la respuesta, y llama a alguien a quien le hace el pedido. "Estará aquí en veinte minutos. ¿Tomamos una cerveza?"
Una vez más no espera mi respuesta y cuando me doy cuenta, estoy instalada en el sofá con Udon durmiendo en mi regazo y una botella de cerveza en la mano.
"No esperaba que vuestra casa fuera así", no sé por qué digo esto, pero antes de poder pensarlo ya lo he verbalizado.
"¿Así cómo?"
Y ahora, ¿cómo voy a salir de esta situación? No puedo simplemente decir: 'No esperaba que la casa de una pareja lésbica fuera así'.
Isabella parece entender mi incomodidad y prosigue con la conversación, "En realidad este apartamento es de Val. Cuando decidimos vivir juntas fue más práctico que yo viniera para acá".
"¿Vivías sola?" No suelo ser así, no tengo el hábito de hacer preguntas indiscretas a alguien que apenas conozco, pero con Isabella me siento 'en casa', parece un reencuentro con una amiga de la infancia.
"Más o menos. Tengo un apartamento en la zona Sur. Durante muchos años mantuve la firme convicción de que nunca renunciaría a mi casa, a mis cosas, pero Val es una persona especial, con habilidades muy propias, y aquí estoy. No es que un día hayamos decidido vivir juntas, pero después de pasar una noche, un fin de semana, tres o cuatro días, me fui quedando, quedando, y ahora..., qué te puedo decir, esta es mi casa desde hace dos años".
La llegada del sushi interrumpe la conversación. Afortunadamente es un tipo de comida para la cual solo necesito una mano.
"Esto no es nada práctico", afirmo refiriéndome al brazo inmovilizado.
Dos semanas, fue el veredicto médico. Dos semanas hasta poder volver a las actividades habituales.
"Tienen un lado bueno", continúo, mirando a Isabella que va comiendo y jugando con los palillos y con Udon, "Son dos semanas en las que estoy impedida de ir al gimnasio".
"¿Haces gimnasia dónde?"
"No hago. Me iba a inscribir, pero ahora no puedo", doy una carcajada y ella me acompaña. "Desde que volví de París, no consigo ni parar de comer, ni volver al gimnasio, no sé por qué, antes hasta me parecía una cosa divertida, pero ahora..."
"¿Ya probaste yoga?"
"No es para mí. Es demasiado parado, demasiado lento".
"Adjetivos equivocados", interviene Isabella sonriendo y desviando el voluminoso cabello hacia

un lado, para enseguida hacer el movimiento inverso, e increíblemente los rizos vuelven a parecer ordenados. "Lo que querías decir es que es 'demasiado difícil'. Pero no es 'demasiado', es una cuestión de entrenamiento y persistencia. Mientras tienes el brazo así, puedes empezar por hacer meditación, cinco minutos por día".
"¡¿Estás bromeando?! Eso entonces sí que definitivamente no es para mí".
Isabella no insiste y salta a otro tema, habla de su consultorio, de cuánto le gusta ser psiquiatra, acabando inevitablemente por preguntarme qué es lo que yo hago.
La respuesta debería ser obvia y automática, pero no es ni una cosa ni la otra. "Doy clases en la Universidad", profiero finalmente. "Volví de París hace tres años, John y yo. Nos casamos, en contra de la voluntad de mis padres, en cuanto terminamos la facultad y, enseguida, me fui con él a Inglaterra. Conocí a John en el último año del instituto, comenzamos a salir y entramos juntos a la facultad. John es el hijo menor de tres. Los dos hermanos mayores se graduaron en administración y trabajan en la empresa de los padres".
Siguiendo mis palabras con interés, Isabella interrumpe, "Deduzco que él no siguió el mismo camino". Por la forma en que escucha atentamente, no dudo que ella sea una excelente psiquiatra.
"No, él estudió literatura contemporánea, como yo. Fíjate que trabajar en la empresa de sus padres no es algo menor, los padres de John son dueños de varios restaurantes en la ciudad, tú los conoces seguramente, el '*Chez Moi*' y el '*Once Again*' ".
"Solo de nombre. Vaya dinero", responde, volviendo a pasar el cabello de un lado a otro.
"Cuando terminamos la carrera, sus padres, contrariados con la elección, casi lo obligaron a ir a Londres a hacer un posgrado. 'Al menos eso', fue lo que los oí decir. Yo no tenía gran interés académico en ir a Londres, pero, como imaginas, tenía muchos otros intereses que se sobreponían, y me fui con él".
Me detengo un instante para beber agua y cambiar de posición, el hombro empieza a dolerme.
"Estudiamos allá durante dos años y después nos mudamos a París. O mejor, él estudió, yo me matriculé en varios cursos y nunca concluí ninguno. Ya en Francia, comencé un doctorado, pero también lo dejé al cabo de un año. John trabajaba día y noche, consiguió un mentor que lo adoraba y escribió su primera novela. ¡Un éxito! De un día para otro, se convirtió en un objetivo codiciado por agentes y editoriales. Y, si fuera posible, se volvió aún más engreído. Creo que podría decir que se puso realmente arrogante".
"¿Por qué volvieron?"
"Su padre murió. La madre quería que él estuviera aquí, y no descansó hasta conseguirlo. Mirando hacia atrás, creo que John quería volver, y eso solo fue un pretexto. Al principio fue genial, yo me re-acerqué a una antigua amiga, Peggy, y nos inscribimos juntas en un doctorado. John y yo hablábamos de tener hijos, en fin, éramos una pareja feliz, o al menos yo así lo suponía. Un día, entré en casa, y ellos estaban allí...", hago una pausa, dejando a Isabella intervenir.
"¿Cómo que estaban allí?"
"En la cama. El más cliché de los clichés. Mi marido con mi mejor amiga. Y lo peor ni siquiera fue eso, ese mismo día, con toda la calma del mundo, John me dijo que quería divorciarse, que se había enamorado".
"Fue honesto".
"Fue prepotente, egoísta. El suelo se me fue de debajo de los pies. En menos de dos semanas él estaba viviendo con Peggy, y yo había vuelto a la casa de mis padres".
Interrumpiendo nuestra conversación, mi teléfono suena fuerte. Con un gesto de cabeza, pido

permiso a Isabella y atiendo: "¡John! Hola, ¿cómo estás?"
"Óptimo. ¿Qué haces mañana por la noche?", responde, sin siquiera preguntarme por mí.
"Nada", respondo sin pensar.
"Excelente, ¿puedes venir hasta acá? Peggy y yo tenemos una fiesta y la niñera está enferma. Puedes quedarte con Yvan, sabes cómo te adora", concluye riendo, sin dejar margen para una negativa.
La conversación se agota en tres o cuatro frases más, apenas para acertar cuestiones de orden práctico.
Cuando cuelgo me encuentro con los ojos de Isabella fijos en mí: "¿Era él? A veces creo que las palabras vuelan en el aire y llegan al otro lado del mundo, impresionantes las coincidencias", declara.
"No entiendo cómo, ni por qué, pero sigo involucrada en la vida de John, de Peggy, y ahora del pequeño Yvan. Sabes, es como si ser la tía genial, la amiga más chula, fuera el papel que me estaba destinado".
"Vamos a cambiar de tema, basta de conversación sobre tu ex-marido", dice Isabella extendiéndome otra botella de cerveza. "Háblame de ti, ¿terminaste el doctorado?"
"Lo terminé. Esta vez hice lo que se suponía y entregué la tesis. Al contrario de Peggy que se quedó embarazada y nunca más pensó en clases o tesis. Al menos en eso el divorcio fue bueno", comento con un gesto de risa, pero mucho dolor en la voz. "Tuve suerte, la Universidad necesitaba a alguien para escritura creativa, y acabé consiguiendo la vacante. Por eso, dentro de lo malo lo menos, no consigo escribir, pero me paso los días leyendo textos de otros, y todavía me pagan por eso".
"Me parece un buen trabajo. Emocionante, debes leer buenas historias..."
La interrumpo, "Apuesto que no tan buenas como las que tú oyes en el consultorio, la vida real supera siempre a la ficción", profiero con algo de sarcasmo en la voz.
Las horas van pasando sin que me dé cuenta. Es verdad que ya he bebido unas cuantas cervezas de más, pero hablar con ella es tan fácil, tan natural, que es difícil parar. Después de hablar sobre mí, como no recuerdo haberlo hecho antes, y probablemente armada de mucho coraje líquido, vuelvo al tema que dio inicio a nuestro encuentro: "¿Realmente no vas a volver a intentarlo?"
"No."
"¿Y Valerie?"
"A Val le dará pena, ella quería mucho que tuviéramos un hijo, pero no sucedió, y, al menos ahora, no va a suceder", a pesar de la calma en la voz, los ojos de Isabella perdieron su dorado brillante, y se volvieron más oscuros, se volvieron opacos.
"¿Ella no viene a casa?", miro el reloj, son casi las dos de la mañana.
"Creo que no. Debe haber aprovechado y decidió quedarse en el hospital. Así, no tiene que hablar, no tiene que enfrentar nada. Mañana la vida sigue, ese es su estilo".
"¿Y tú?"

Capítulo 6

Tenemos que hablar

Isabella

25 de octubre

La vida tiene encuentros difíciles de prever, hace mucho tiempo que no me gustaba tanto una conversación. Jennifer es una persona interesante, me gustaría poder ayudarla a destruir los fantasmas que no la dejan escribir. Tal vez debería empezar de nuevo, otro libro, otro tema, pero no me pareció oportuno decírselo anoche.

Oigo el sonido de una llave en la puerta, y el ruido de esta al cerrarse, segundos después Val entra en la habitación. Cierro los ojos y finjo dormir, necesito unos minutos más antes de poder enfrentar lo que tengo por delante. Sin sorpresa siento sus labios en los míos, y su mano en mi cabello, en un toque delicioso, antes de que intente avanzar, abro los ojos y la encaro. Se inclina sobre mí, vuelve a besarme, esta vez de forma más fuerte, tira el edredón hacia un lado, y desliza la mano por mis muslos. Cuando se aleja unos centímetros lleva los dedos hasta mi pecho, en una caricia repleta de intención.

"Val, tenemos que hablar", digo, sentándome en la cama. Qué frase horrible, debería estar prohibido comenzar una conversación con estas palabras, nunca viene nada bueno después.

"Podríamos hacer cosas más interesantes", responde acentuando la presión de los dedos.

De forma firme agarro su mano y deposito un beso.

"Sabes que no. Nunca dejamos nada sin decir, no lo vamos a hacer ahora, somos mejores que eso".

Cómo quisiera que estas palabras fueran verdad, suenan bien, y representan a la persona que yo quería ser, que yo quería que ella fuera. No importa, por ahora sirven a mi propósito.

"Quieres parar de intentarlo, lo sé. No pasa nada, nos damos un tiempo, ya se verá. Además, podemos pensar en otras opciones".

"Val, tú sabes que no es solo eso. Tú quieres tener un hijo y yo también, pero no puede ser esa la razón para que sigamos juntas. Lo intentamos, podría haber sucedido, y estoy segura de que, juntas o separadas, seríamos excelentes madres, pero no sucedió, y ahora tenemos la obligación de decidir qué hacer con nuestras vidas, sin aplazarlo hasta una próxima inseminación, un próximo intento. No habrá un próximo intento, y por eso no habrá una razón para que sigamos simplemente esperando que el destino cambie la realidad".

Después de dejarme proferir mi largo monólogo sin interrumpir, ella interviene "¿Y cuál es la realidad que quieres que el destino cambie?"

"¿Cuántas noches por semana te quedas en el hospital?"

"Es mi trabajo".

"Es tu elección. Y es una buena elección, si se hace por las razones correctas, si se hace porque quieres trabajar, porque haces falta allá, no si la haces para evitar venir a casa, porque no sabes qué hacer".

"Te amo", dice en un susurro, pero lo suficientemente alto para ser oído.

"Lo sé. No tengo dudas de que sí, pero no es suficiente".

Hace ya algunos minutos que Valerie soltó su mano de las mías, y vuelve a hacerla deslizar sobre mi cuerpo. La caricia de sus dedos nunca deja de hacerme vibrar. Por una fracción de segundo considero entregarme al placer de sus brazos y dejar esta conversación para otro día.

"Debería serlo".

"¿Debería ser qué?", pregunto, ganando tiempo para volver a enfocarme.

"Debería ser suficiente amarte".
"No tenemos que tomar decisiones drásticas, podemos alejarnos un poco y darle tiempo al tiempo".
"¿Eso qué significa? A veces hablo contigo y siento que estoy en una consulta, nunca te expones, nunca pierdes la pose de psiquiatra. No tienes idea de cómo eso me perturba".
El tono cambió. Valerie, ahora de pie, camina por la habitación, de un lado a otro, como si de repente hubiese tomado conciencia de las implicaciones de esta conversación.
"Dices que paso muchas noches fuera, pero una cosa es cierta, cuando estoy aquí, estoy aquí por completo, no sé si puedo decir lo mismo de ti".
No respondo simplemente porque no hay respuesta, ella tiene razón.
"Mira, no vale la pena discutir, vamos a hacer esto de la forma menos dolorosa posible, ayer por la noche arreglé algunas de mis cosas..."
"¿Te vas?"
"No, voy a pasar unos días, tal vez unas semanas en mi apartamento. No tenemos que separarnos, pero necesito esto".
"¿Y yo qué necesito?", pregunta casi a gritos, no conteniendo la exaltación.
"No lo sé, y ese es uno de los problemas, dejé de saber qué necesitas".
Ella no responde, me mira, después mira la maleta arreglada junto a la pared, se encoge de hombros y sale de la habitación. El sonido de la puerta de la calle cerrándose se deja oír ni un minuto después.

*

"Mira Fred, fue una conversación tan breve como difícil. Era inevitable, yo lo sabía y ella también, pero en realidad no tenía que ser hoy, no tenía que ser ahora. Ni me di cuenta del tiempo pasar, solo cuando entré en mi apartamento es que percibí que ya no consigo sentir aquella como mi casa, es una sensación extraña".
Sentados en la sala de descanso, aprovechamos un intervalo entre consultas para tomar un té.
"Todo lo que dijiste está bien, tal vez el distanciamiento les dé las respuestas que buscan".
"¿Y si la respuesta es que estamos mejor separadas?"
Infelizmente, su paciente acaba de llegar, por lo que tendremos que dejar el resto de la conversación para más tarde. Vuelvo a mi consultorio e intento enfocarme en un proyecto de investigación que estoy preparando hace varias semanas, más para intentar poner la cabeza en otro lado, que por la convicción de que vaya a ser productiva.
No pasan ni cinco minutos antes de que alguien toque a la puerta. Inmediatamente miro el reloj, qué extraño, solo tengo consulta marcada para dentro de media hora.
"Adelante", digo serenamente, desviando la mirada hacia la puerta.
"¿Qué estás haciendo aquí?", pregunto sin poder contenerme, en cuanto ella entra. Afortunadamente cerró la puerta detrás de sí, por lo que mis palabras no deben haber sido oídas en el pasillo. Bajo la pantalla del portátil con una fuerza inadecuada, y me levanto, no acercándome a ella. "¿Qué estás haciendo aquí?", repito.
Ella no dice nada, no responde a ninguna pregunta, simplemente se queda aquí parada frente a mí, mirándome, lo que tiene el don de irritarme aún más. Me conoce bien, y sabe perfectamente que voy a terminar por cansarme de hacer preguntas, de gritar. Pero, no ya.
"¿Vas a quedarte ahí plantada, o vas a explicarme qué haces aquí?"
Ignorando completamente todo lo que estoy diciendo, Amy se sienta en el sofá habitualmente destinado a mis pacientes. De forma provocadora, cruza la pierna, dejando que la falda suba ligeramente.

"No te sientes, tengo consulta en nada. Por favor, vete. Fue eso lo que acordamos. ¿Por qué estás aquí, por qué ahora, por qué hoy?"
¡No es posible que ella decida aparecer aquí el mismo día en que le dije a Val que necesitamos darnos un tiempo! ¡Al diablo con las coincidencias!
Finalmente, Amy decide responder. Oír su voz después de tantos meses tiene su toque de extraño, pero el efecto es el de siempre.
"Necesitaba verte", afirma como si fuera justificación suficiente.
"No podemos vernos, y mucho menos aquí".
"¿Dónde entonces?"
"En ningún lado", respondo de forma automática.
Ella se levanta y viene hacia mí, con ella el olor de su perfume, el calor de su presencia. Doy un paso atrás, no puedo permitirme sentir aquello que intento en vano controlar. Ella avanza un paso más y deja la mirada fija en la mía, sabiendo de antemano que no voy a conseguir desviar los ojos. Se acerca hasta quedar tan cerca que siento el calor de su respiración, la veo morder levemente el labio inferior con los dientes frontales, y enseguida me da un beso en la mejilla, y vuelve a alejarse.
No era lo que yo esperaba, y presiento que ella lo sabe.
"Tenía que verte, tenemos que hablar..."
Otra vez la misma frase, y otra vez el mismo sentimiento de que nada bueno puede surgir después, solo que esta vez es peor, esta vez no soy yo quien controla la narrativa.
La realidad a veces viene en nuestro auxilio, y la paciente de las cuatro y media toca a la puerta.
"Tienes que salir, voy a tener una consulta", afirmo en un tono que volvió a tornarse profesional.
"Me voy, si me dices cuándo podemos hablar".
"La próxima semana, tal vez el jueves, tengo un espacio libre durante la tarde, puedes venir hasta aquí". Suspiro, sabiendo que estoy abriendo una caja de Pandora.
Nuevamente, un leve toque en la puerta se deja oír. En vez de salir del consultorio, Amy vuelve a avanzar en mi dirección, y esta vez me da un beso en los labios.

Después de las tres consultas que tenía marcadas, finalmente la tarde llega a su fin, de hecho, ya es de noche, reflexiono mirando por la ventana. Fue difícil concentrarme, la visita de Amy causó estragos. Ahora que ella ya se fue, tengo que encontrar una forma de evitar que nos veamos la próxima semana, no puedo, y no quiero estar con ella.
Envío un mensaje a Jennifer, quiero saber si está bien. A pesar de la hora tardía, Fred todavía está en la sala de descanso.
"Te estaba esperando", dice cuando entro.
"¿Por qué, necesitas algo? Podrías haber interrumpido".
"No, no era caso para eso", declara mirándome, esperando a que yo diga algo.
"¿Qué pasa?", pregunto sin entender a dónde quiere llegar.
"La vi", profiere únicamente.
"Tengo que ir a casa y dormir, el día, hoy, no está yendo bien. Por la mañana Val, por la tarde esto".
"No compares".
"No estoy comparando, estoy diciendo que hay días que deberíamos vivir en velocidad acelerada y terminar con ellos cuanto antes".
"¿Qué quería?"
"No lo sé, no la dejé acercarse", respondo sintiéndome sonrojar, al revivir el sabor del beso y el aroma de su perfume.

"Isabella, las personas no cambian, no así. Amy estuvo aquí, no pasó nada y simplemente se fue, ¿quieres que crea eso?"

Capítulo 7

Ataque de pánico

Valerie

26 de octubre

Cuando suena el timbre, tiro del edredón y escondo la cabeza lo más que puedo, hasta casi no poder respirar. ¿Quién será a esta hora? No puede ser Isabella porque ella tiene la llave. Desde que se fue, no conseguí dormir ni hacer nada que valga la pena. Pensé en salir, pero ni para eso tuve valor.

El timbre vuelve a sonar. En un movimiento brusco salto de la cama y, ya de pie, miro el reloj en la mesa de noche. Justo al lado, un marco con una fotografía mía y de Isabella en la playa. La extraño. La extraño como no imaginé que pudiera extrañarla, y se fue de aquí hace menos de veinticuatro horas, cómo son las cosas relativas. Tantas veces que estuve lejos, por estar de guardia, congreso, o cualquier otro tema, y en ninguna de ellas sentí nada parecido a lo que estoy sintiendo ahora.

Por tercera vez suena el timbre, esta vez acompañado de un leve toque en la madera.

Cuando abro la puerta mi asombro no podía ser mayor: "¿Jennifer?"

"Disculpa, ¿te desperté?", pregunta, visiblemente avergonzada, mirando el reloj.

"Claro que no, es casi mediodía", respondo, sin faltar a la verdad.

"Le envié un mensaje a Isabella, pero como no me respondió decidí probar suerte y pasar por aquí. Anteayer dejé aquí los lentes, y sabes, sin ellos no veo nada. Hasta tengo otros, pero no es lo mismo".

Sin esperar a que la invite a entrar, Jennifer atraviesa la sala en dirección al sofá, y retira triunfante unos lentes perdidos entre los almohadones. "Aquí están. Lo sabía, me acordaba de haberlos dejado aquí".

"¿Quieres algo? ¿Un café?" De un momento a otro me doy cuenta de que tengo hambre. Es natural, no como nada desde ayer por la tarde.

"¿Isabella está aquí?", pregunta, sin responder a mi pregunta.

"No", profiero de forma escueta, avanzando hacia la cocina, con la esperanza de que no haga más preguntas y me siga.

Después de servir dos grandes vasos de café con leche, nos instalamos aquí mismo en los bancos de la barra. Jennifer no volvió a preguntar por Isabella, pero es como si tuviéramos un elefante dentro de la sala, un tema del que ninguna de nosotras habla, pero al mismo tiempo, no consigue dejar de pensar.

"Esto de tener el brazo inmovilizado es tan desesperante, no imaginas cómo fue hoy para ducharme", comenta con una sonrisa. "Y mira cómo son las cosas, yo me hice una subluxación del hombro y la conductora de la moto no tuvo ni un rasguño. No sé si Isabella te contó, pero la señora era muy simpática, a decir verdad. Yo salí furiosa del auto, y ella se deshizo en disculpas".

"Isabella se fue de casa", digo de la nada, como si fuera imposible contenerme por más tiempo.

"¿Qué quieres decir con eso?" Jennifer deja el vaso, y se acomoda los lentes, esperando una explicación.

"Ayer por la mañana, cuando volví del hospital me dijo que iba a volver a su apartamento. No sé si sabes, pero ella nunca se deshizo del apartamento donde vivía antes de venir para acá".

"Ella lo comentó conmigo".

"A lo mejor también comentó que iba a irse de casa", digo sin esconder la irritación y la

frustración.
"Mira Valerie, no nos hemos encontrado en las mejores condiciones, pero el destino parece estar empeñado en hacer que nuestros caminos se crucen. Yo no tengo nada contra ti, ni podría tener. Isabella fue muy amable, fue una suerte que ella estuviera justo detrás, cuando la moto me chocó. Acabamos quedándonos aquí conversando hasta tarde, fue solo eso. Ella no habló de ti, ni me dijo nada sobre irse de casa o cualquier otra cosa de ese tipo".
La conversación dura apenas unos minutos más, hasta que Jennifer se despide alegando que tiene que ir a la Universidad.
No me gusta ella, es exactamente ese tipo de mujer que no consigo soportar, mira desde arriba, con un aire superior. Es homofóbica y ni siquiera intenta disimular, no sé cómo Isabella pudo pasar la noche conversando con ella, y por lo que puedo ver, conversando y bebiendo, medito, mirando las botellas de cerveza que todavía están esparcidas por el suelo de la sala.

Dejo que las horas corran hasta que sea tiempo de ir al hospital, voy a hacer el turno de la noche, qué bueno. Considero llamar a Isabella, sé que me atenderá, pero ¿para decir qué? Tal vez sea mejor darnos un tiempo, darle espacio. Tal vez ella también me extrañe.

Entro al centro de comando y voy directo a los vestuarios a cambiarme de ropa, cuando regreso Luiz ya está uniformado y juega con el celular, sentado en el sofá. Me siento a su lado, y comienzo a hablar, no dejando que él pueda continuar la carrera de autos que tanto lo entusiasma.
Después de escucharme, sin interrumpir, durante largos minutos, dice: "Vamos Val, sé honesta, solo estamos aquí nosotros, tú no estás bien. No sé si tiene que ver con Isabella, con los intentos de embarazo, o con nada de eso, pero no andas bien. Tal vez Isabella se haya dado cuenta de eso mismo y se haya anticipado, sabes cómo es ella, nos mira y nos lee el alma", afirma soltando una carcajada. "Yo adoro a Isabella y te adoro a ti", declara estirándose para darme un beso en la mejilla, "Pero no sé si no concuerdo con ella, les hará bien estar un tiempo separadas, aunque sea para que se den cuenta de que lo que realmente quieren es estar juntas".
"Lo dice el tipo que nunca se ha involucrado con nadie, que cree que dos noches con la misma persona ya es un compromiso".
"Una cosa no tiene nada que ver con la otra. Yo no quiero relaciones estables, no es lo mío. Me gusta la libertad, y más, me gusta la variedad. Quiero poder estar con quien me apetezca, sin estar traicionando o teniendo que dar satisfacciones a nadie. Es solo eso".
Cuando termina, Luiz, desvía los ojos al suelo y suspira profundamente. Tal vez no sea 'solo eso', pienso.
"¿Vamos a comer?", pregunta, no sé si por tener hambre, o para cambiar de tema. No tengo tiempo para responderle, pues la señal de emergencia se deja oír. Luiz escucha las indicaciones de la central, y avanzamos rápidamente hacia la ambulancia.
"¿Qué es, sabes?", pregunto, cuando ya atravesamos la ciudad con las sirenas encendidas.
"Es en la pista del circuito de mantenimiento del Parque Central. No sé si fue una caída o algo así. Por lo que me dijeron, es un hombre de unos cincuenta años".
Llegamos al lugar cerca de diez minutos después, no es fácil atravesar la ciudad a esta hora, incluso en marcha de emergencia. Ni es necesario preguntar hacia dónde debemos dirigirnos, varias decenas de personas forman un círculo, unos metros delante de nosotros. Corremos hacia el lugar con las mochilas de material. En sentido contrario, un hombre sudado, vistiendo shorts y camiseta de correr, viene a nuestro encuentro.
"Estábamos entrenando, y él se detuvo de repente. Dijo que no se sentía bien, que estaba

mareado, y de un momento a otro, se desmayó".
Ya junto a la víctima evalúo los signos vitales, el pulso es débil y muy irregular, y la respiración demasiado superficial. "¿Sabe si él tomó algo?"
"Él nunca toma nada, es saludable y detesta los medicamentos", responde el amigo que intenta ayudar de todas las formas posibles.
Miro a Luiz y él me devuelve la mirada. Al mismo tiempo siento el pulso de la víctima debilitarse y, por momentos, deja de respirar.
"¿Quieres intubar?", pregunta, junto a mi oído, Luiz.
"Kit naloxona", respondo, entre dientes.
Él me extiende el estuche, yo saco la pluma, y aplico la inyección. Casi instantáneamente el individuo acostado frente a mí abre los ojos, inspira de forma profunda y mira alrededor, claramente desorientado.
La pequeña multitud que se juntó comienza finalmente a dispersarse. Después de una evaluación sumaria en el lugar, decidimos llevarlo al hospital. En el camino, ya despierto y orientado, nos cuenta parte de la historia. Tuvo una lesión muscular en la zona lumbar hace unos meses, le dieron analgésicos y más analgésicos. Aunque intentaba resistir al dolor, acabó haciendo lo que varios médicos le sugirieron, y tomar medicación. Cuando regresó a los entrenamientos, porque se estaba preparando para la media maratón, el dolor volvió a hacerse presente. Intentó ignorarlo, pero acabó volviendo a los analgésicos, primero con prescripción, luego en automedicación, con lo que consiguió conseguir.
"Es increíble cómo esta historia se repite, estamos potenciando la dependencia, estamos matando personas, y nadie hace nada", afirmo profundamente irritada, cuando Luiz y yo volvemos a estar solos en el centro de comando.
"Pobre tipo, me dio pena. Como si no fuera suficiente la situación, tiene el estigma. ¿Viste sus ojos cuando le dijeron que su esposa había llegado?"
"Espero que le cuente, va a necesitar toda la ayuda posible para superar esto", digo, yendo hasta el armario a buscar un paquete de galletas, necesito comer cosas dulces.
"¿Quieres?" Luiz no me responde, y de espaldas a la sala vuelvo a preguntar esta vez más alto "¿Quieres galletas?" Extrañando el silencio, miro en su dirección. Está pálido, sentado, inclinado hacia adelante con los brazos sobre las rodillas. Corro hasta él, tomando de inmediato el pulso en mi mano. "¿Estás bien? ¿Qué pasó?"
"Me duele el pecho" profiere con esfuerzo poniendo la palma de la mano sobre la camisa. "No consigo respirar. Creo que es un infarto".
El ritmo es acelerado, pero regular. Voy hasta nuestro bolso y saco el aparato para medir la presión, 150-90. Está alta, pero no justifica lo que está pasando. Él está sudado y respira de forma muy rápida.
"Estoy mareado, creo que voy a desmayarme".
"No vas nada", afirmo perentoriamente, agarrando una pequeña bolsa de papel, "Respira aquí adentro. Respira despacio. Inspira bien, y suelta el aire lentamente".
Bastan dos o tres minutos para que el rostro de Luiz vuelva a ganar color. Poniendo la bolsa a su lado, él vuelve a respirar normalmente y se recuesta en el sofá.
"Gracias. ¿Cómo supiste?"
"¿Qué?", pregunto, volviendo a medirle la presión.
"Que era c".
"Me arriesgué. Menos mal que tuve razón". La presión se normalizó y la frecuencia cardíaca también.

Cuando pasada una hora nos sentamos a la mesa para comer algo más sustancial que un paquete de galletas, me arriesgo a preguntar, "¿Qué te pasó?"
"No sé. Este último caso me afectó, podría haber sido yo. Voy a cumplir cincuenta años, podría haberme pasado a mí".
"No sé por qué crees que la edad tiene algo que ver con lo que pasó. La dependencia de analgésicos no elige edades".
"Si quieres que sea honesto, no estoy consiguiendo digerir muy bien esto de ir a cumplir cincuenta años. El otro día, aquel chico chileno con el que salí, aquel del que comentaste la fotografía, preguntó si yo tenía realmente la edad que estaba en la aplicación".
"¿Y la tenías?"
"No".
"¿Y le dijiste?"
"Le dije. En la aplicación tengo cuarenta y cinco años, le dije que tenía cuarenta y siete".
Suelto una carcajada, como tengo en la mano el vaso, acabo derramando buena parte del agua sobre el mantel.
"Deberías hacer una fiesta".
"Ni hablar".
"Si no tienes cómo evitar los cincuenta, entonces celébralos. ¿Cuándo es?"
"Dentro de tres semanas".

Capítulo 8

El mundo está cambiando

Jennifer

4 de noviembre

La clase de hoy no podía estar más animada, se discuten corrientes de literatura, y las opiniones se dividen, esgrimiendo argumentos. Theodora se hace oír, y entre razonamientos elaborados, y una retórica digna de registro, va consiguiendo ganar la discusión. Ni siquiera llegar al final del tiempo de clase es suficiente para detener la conversación.

Ya pasa mucho de la hora cuando les entrego los textos que había llevado para corregir. A medida que ellos van saliendo, me detengo a arreglar mis cosas, tarea difícil de ejecutar solo con una de las manos. Para mi sorpresa, porque pensé que ya todos se habían ido, oigo la voz de Theodora junto a mí: "Yo ayudo", afirma sin margen para contestación, agarrando mi computadora y colocándola dentro del bolso.

"Gracias", profiero, desviándome y permitiendo que ella arregle el resto de los objetos todavía esparcidos sobre la mesa. La verdad es que estoy cansada, es extenuante esta historia de tener que hacer todo con el brazo inmovilizado, afortunadamente faltan pocos días para retirar esto.

"Valerie, ¿tienes unos minutos? Me gustaría hablar contigo sobre el texto que nos entregaste, quiero decir, sobre la nota..."

"El texto está bien, pero tiene...", la interrumpo, defendiéndome antes incluso de cualquier acusación.

"No es eso. Realmente quería hablar contigo, ¿tienes un minuto? Tal vez podríamos ir hasta el bar, es solo el tiempo de un café".

Temo que ella no vaya a desistir, y por lo que vi durante esta mañana, su poder de argumentación es excelente. Entre el cansancio, el hambre y, no puedo negarlo, algo de curiosidad, acepto la sugerencia.

Recorremos lado a lado el largo pasillo de paredes forradas de piedra. Theodora insistió en llevar mi bolso, lo que, siendo un gesto muy simpático, me deja un tanto incómoda.

Ya estamos sentadas con las tazas de café, el mío acompañado por un donut, pero ella no parece tener prisa en abordar el asunto que motivó esta conversación. Tiene un aire descomprometido y simple de hablar y de estar. Me cuenta cómo le está gustando la Universidad y en particular mis clases.

"Sabes, yo solo vivo en la ciudad desde hace un año, y me gusta más cada día que pasa. Mi padre es escultor y mi madre fotógrafa, anduvimos siempre de sitio en sitio. Es bueno, conocí medio mundo, aprendí varios idiomas, pero también es malo, no consigo nunca sentirme en casa".

"Debe ser difícil para una niña, y peor aún para una adolescente", intervengo, sintiéndome más relajada. "Los amigos, los novios". No lo hago a propósito, pero en cuanto profiero estas palabras pienso que podrían ser malinterpretadas.

"Siempre tuve muchos amigos. Me encanta hablar, me encanta bromear, por eso, nunca fue realmente difícil. A veces, tardaba un poco más en ambientarme, pero siempre era una cuestión de días. Tuve varias novias, unas más en serio, otras no tanto, pero como nunca me enamoré perdidamente, ni eso fue cuestión".

Impresionante la facilidad con la que ella responde, no pareciendo mínimamente avergonzada por hablar de novias, o incómoda por yo haber hecho un comentario que no contemplaba esa posibilidad. El mundo está cambiando, reflexiono, no interrumpiéndola.

"Qué bueno que decidí venir para acá. Cuando gané la beca de estudios estuve dudando, Londres

me parecía muy atractivo".
"No tanto. Siempre lloviendo, y en invierno a las tres de la tarde es de noche".
"¿Viviste allá?"
"Viví", confirmo, "Cuando me casé vivimos en Londres durante dos años".
"Fantástico. Eres casada, no lo sabía".
¿Cómo así, 'no lo sabía'? ¿Por qué habría de saber?, reflexiono. Es verdad que no tengo anillo, medito mirando la mano, un gesto que no le pasa desapercibido.
"No estoy diciendo esto solo por no tener anillo. Antes de venir, estudié con cuidado el cuerpo docente, quería tener la certeza de que alguien me podría orientar, sabes, en esta fase, es fundamental tener un mentor o algo así, alguien en quien confiar, alguien con quien aprender".
"¿Investigaste sobre mí? ¿Y descubriste qué?", cuestiono, no escondiendo ni el asombro ni la curiosidad.
"Tengo que confesarte que ya sabía que habías vivido en Londres, y también en París, ¿cierto?"
"Muy cierto", confirmo cada vez más impresionada.
"Pero no sabía que eras casada", concluye.
"¿Y qué más sabes sobre mí?"
"Que hiciste el doctorado aquí, en ficción contemporánea escrita por mujeres. Eso acabó siendo lo que me hizo decidir".
Sacudo la cabeza sin tener la certeza de que comprendo lo que me está diciendo, "¿Viniste a estudiar para acá por mi causa?"
"No solo, pero también", responde lacónicamente, dejando instalarse un momento de silencio.
Aprovecho para terminar de comer el donut y de beber el café. Tengo que inscribirme en el gimnasio, medito saboreando el último pedazo de glaseado que se derrite en mi boca.
"¿Querías hablar sobre los textos, sobre las notas?", interrogo, intentando restablecer la conversación.
"Sí".
Una vez más se hace un silencio que me incomoda.
"¿No concuerdas, es eso?"
Miro a Theodora, esta vez a los ojos, como todavía no me había permitido. No siendo propiamente una mujer bonita, es una joven de facciones exuberantes que hacen difícil desviar la mirada. El cabello trenzado está repleto de elásticos coloridos que contrastan con el negro de los rizos, que, aunque atados, se empeñan en soltarse y tener voluntad propia. Como si adivinara aquello en lo que estoy pensando, Theodora, saca un elástico ancho de la mochila y ata las trenzas todas juntas en una especie de cola de caballo, quedando con una apariencia aún más joven.
"¿Qué edad tienes?", pregunto como si fuera la secuencia lógica de nuestra conversación.
"Veinticinco", responde con una sonrisa que deja ver una fila de dientes alineados muy blancos.
"Veinticinco", repito como si fuera necesario memorizar el número. "Volviendo a los textos, ¿qué es lo que querías hablar conmigo?"
"Cuando me entregaste el primer texto corregido, aquel que leí en voz alta en clase, me quedé sorprendida y muy contenta".
"Estaba bien, muy bien. Siendo un texto corto, captaba la esencia de los personajes, tenía un ciclo narrativo, y oscilaciones emotivas, estaba bueno", reflexiono en voz alta, intentando acordarme de los detalles.
"Pues..., me alegra que te haya gustado. Pero, ahora este que nos entregaste hoy...", Theodora no concluye porque yo la interrumpo.

"Este, es un texto banal. Una historia sin errores, pero nada más que eso, no tiene densidad, no tiene sentimiento", dándome cuenta de que estoy siendo demasiado severa en las palabras suavizo el tono, "Mira Theodora, el texto no está mal, tú no tuviste una mala calificación, al contrario, pero si quieres sinceridad, ni parecía escrito por la misma persona".
No sé por qué, pero presiento que ella no quiere elogios o palabras fáciles, creo que vino en busca de una opinión honesta.
"Gracias".
"¿Gracias por qué?"
"Por ser tan directa. Yo quería hablarte sobre una cosa, no sé si lo vas a ver mal, pero tengo que decírtelo".
Tantos preparativos, ¿qué será lo que viene ahí?, medito.
"La principal razón por la cual me inscribí en el curso no fue para quedarme con el grado académico, fue porque estoy escribiendo un libro y quería encontrar a alguien..." Una vez más no termina la frase.
No estoy segura de haber entendido bien. "¿Alguien? ¿Cómo así, alguien?"
"Era lo que te estaba intentando decir hace un momento, voy a ser directa, cuando elegí este curso, después de haber visto tu perfil y de haber investigado un poco, tuve la esperanza de que fueras la persona ideal para ser mi mentora. Necesito conversar con alguien, tener quien lea y critique sin miedo a dar opinión. Cuando estuve en Italia escribí dos libros de cuentos para niños, acabaron siendo publicados, no sé si por mérito o por influencia de mi madre, que movió sus hilos, pero ahora es diferente, estoy escribiendo una novela para adultos, y cada día tengo más dudas, más inquietudes, sobre si este es el camino correcto".
"¿Y crees que yo te puedo ayudar?"
Si ella supiera que mi propia novela está parada hace meses, con avances y retrocesos, muchos más retrocesos que avances. No creo que esta pueda ser una misión para mí, pero al mismo tiempo no puedo dejar de sentirme halagada.
"Claro, creo que puedes ser la persona ideal. Yo leí los cuentos que escribiste cuando estabas en París".
Hace cuánto tiempo no pensaba en esos cuentos. Fue al inicio de mi primer intento de doctorado, una de las unidades curriculares implicaba escribir pequeños cuentos, a partir de palabras sueltas. El profesor elegía algunos y los publicaba en sus redes sociales, pensé que nunca nadie los leería, ¡me equivoqué! Tengo que acordarme de no subestimar el poder de internet.
"Hace mucho tiempo que no escribo nada", miento. Por otro lado, tal vez no sea propiamente mentira, si no consigo terminar, mucho menos publicar, es lo mismo que no escribir, pienso.
"¡¿No?! ¿Ni siquiera cuentos?"
"No volví a escribir cuentos. Inicié una novela, pero nunca la terminé".
"Qué pena, ¿por qué?"
Buena pregunta. Huyendo de la respuesta, devuelvo otra pregunta: "¿Qué pasó en el segundo texto, por qué era tan diferente del primero?"
"Deberías hacer la pregunta al revés, ¿qué pasó en el primer texto?"
"Cierto, ¿qué pasó en el primer texto?", repito riéndome.
"Escribí sobre mí. Te di una historia real, y de algún modo fui traicionada por el destino cuando me elegiste para leer en voz alta".
"Yo pedí voluntarios, y tú levantaste el brazo", devuelvo, recordando aquella mañana.
"Yo soy así, tengo dos lados que viven en una guerra interna. Un lado mío quiere contar la historia, exponerse al mundo y recibir todo lo que este tenga para ofrecer. Otro, sin embargo,

tiene miedo, y busca el confort de la sombra. Se podría decir que fue cada uno de ellos el que prevaleció en cada uno de los textos".
Es impresionante la facilidad que ella tiene para manejar las palabras. Tomada por el impulso declaro: "Acepto la invitación, voy a intentar ayudarte a escribir esa novela, pero solo si me prometes que dejas tu lado sombra bien encerrado en el armario. Quiero historias reales, sean verdad o mentira, tienen que ser reales para quien lee".
Acordamos que ella me va a enviar lo que ya escribió, y que volveremos a hablar pronto.
Después de garantizarle que me quedo bien, y que no necesito ayuda para llevar el bolso hasta el coche, me quedo observándola mientras se dirige a la puerta del bar. Miro el reloj, casi la una de la tarde, a esta hora ya perdió la mayor parte de la clase que está teniendo.
Antes de levantarme, reviso el teléfono, un mensaje de John agradeciendo por enésima vez que me haya quedado con Yvan, y un mensaje de Isabella. Desde el día del accidente hemos intercambiado mensajes y hasta hablado por teléfono, pero por una razón u otra todavía no hemos conseguido volver a estar juntas.

Capítulo 9

Yo no soy lesbiana

Isabella

7 de noviembre

"Qué bueno que llamaste, Jennifer. No imaginas cómo necesitaba salir, conversar con alguien", digo, después de haber elegido lo que vamos a cenar.
Esta tarde Jennifer me llamó, durante estas dos semanas solo intercambiamos mensajes, por una razón u otra acabamos por no conseguir estar juntas nunca. Hoy ella no me dio otra opción, bajo el pretexto de que teníamos que celebrar que le retiraron la inmovilización del brazo, llamó diciendo que ya había reservado mesa aquí, en este restaurante, y que no había otra posibilidad más que yo aceptar.
"¿Estás bien?", me pregunta, saliendo de la nada.
"Qué pregunta extraña. Yo soy la médica, tú eras la que tenía un brazo inmovilizado, por eso la pregunta debería ser para ti: ¿estás bien?", replico riendo.
"Todavía tengo dolores, pero hoy allá en el hospital me prescribieron otro analgésico, debe mejorar. Solo de pensar que cuando llegue a casa, o mejor a casa de mi madre, puedo tomar una ducha libre de cualquier impedimento, ya me siento genial".
Ella pidió una botella de vino y va bebiendo el suyo en sorbos generosos.
"¿Por qué sigues en casa de tu madre, no te gustaría tener tu casa?" No estoy segura si mi pregunta es apropiada, pero la curiosidad se sobrepone, al final, ella siempre tiene la opción de no responder.
Miro el rostro de Jennifer, tiene una expresión suave, casi una sonrisa, si se ofendió no lo demuestra.
"Supongo que, por comodidad, por pereza, falta de dinero, miedo, o una mezcla explosiva de todo".
"Explosiva de hecho", confirmo, asintiendo con la cabeza, como acentuando el peso de las palabras.
"Cuando me separé, no podía quedarme con la casa, tenía demasiados recuerdos y era demasiado cara para mí. Ir a la casa de mis padres fue la solución obvia. Era para ser provisorio, quedarme uno o dos meses hasta alquilar un apartamento. Parece que lo provisorio se volvió definitivo, ¿no?"
"¿No sientes falta?"
"¿De tener una casa? No. Pero, siento mucha falta de tener un gato".
La conversación es interrumpida por la llegada de los platos. Mientras comemos hablamos de cosas mundanas, del concierto que tendrá lugar el próximo fin de semana, y de la fecha de las elecciones que se aproximan.
"¿Pedimos otra botella?", pregunta cuando divide entre nuestras copas la pequeña cantidad de vino que aún quedaba.
"Creo que no. Ya bebí lo suficiente".
"Vamos, por favor, no quiero beber sola. No viniste en carro, yo tampoco, por eso podemos beber".
Creo que la pregunta no admitía una respuesta negativa. Sin más, ella le hace señas al mesero y pide otra botella.
Ya estamos en el postre cuando Jennifer vuelve al tema anterior. "En Londres, y después en París, yo tenía un gato, que nos acompañó en el viaje de regreso. Murió pocas semanas antes de

que nos separáramos. Iba a conseguir otro, pero no dio tiempo. En casa de mi madre es imposible, ella no tolera ningún tipo de animal, siempre fue así", interrumpe solo para beber un poco más, y continúa, "Cuando estuve en tu casa para ir a buscar los lentes, o mejor en la casa de Valerie, no vi a Udon".
"Está conmigo, él vivía conmigo, me acompañó cuando me mudé, y ahora volvió conmigo".
Voy al baño y cuando regreso a la mesa, Jennifer está absorta mirando el teléfono.
"¿Otra vez tu ex-marido?", pregunto, no escondiendo la ironía.
"Sí y no".
"Disculpa, estoy siendo indiscreta", afirmo rápidamente, presintiendo su incomodidad.
"Nada de eso. Puedes preguntar con confianza. Tenía un mensaje de Peggy pidiendo si podía ir allá el fin de semana y quedarme, otra vez, con Yvan. No sé si ahora creen que, además de todo lo demás, ¿soy niñera? No sería sorprendente, John nunca escondió que cree que yo nunca seré capaz de escribir ni un cuento, mucho menos una novela, por eso niñera podría ser una buena opción. En una cosa él tiene razón, con el salario de la Universidad es difícil conseguir sustentarme sola".
Intento imaginar cómo será el ex-marido de Jennifer. Me recuesto en la silla, el vino comienza a hacer su efecto, y ni lo dulce del pastel de chocolate es suficiente para atenuarlo.
"Ese tu ex-marido, parece una persona encantadora, creo que deberías agradecerle a Peggy por haberse quedado con él".
Jennifer suelta una carcajada, y extiende la mano, posándola sobre mi brazo.
"Gracias".
"¿Por qué?"
"Por hacerme reír, por estar aquí".
"Yo soy quien debería agradecerte. Hace varios días que cenaba los restos que había en casa, lo que en los últimos quería decir pan empacado y leche con chocolate. Estaba casi experimentando una de las latas de salmón de Udon".
Esta vez reímos al unísono, y más por las circunstancias que por la calidad de la broma, acabamos con lágrimas corriendo por la cara.
El mesero nos trae los cafés, y no esconde una sonrisa, siendo también él contagiado. Cuando, por fin, recuperamos la calma y el aliento, Jennifer le da secuencia a la conversación, como si no hubiera sido interrumpida.
"No fue solo Peggy quien dejó mensajes..."
"¿Alguien más necesitando servicios de niñera? Puedes abrir una agencia".
"Mi alumna, Theodora".
"Pensé que tus alumnos ya eran adultos, ¿todavía necesitan niñera?"
"Theodora está en mi clase de escritura creativa. El otro día vino a hablar conmigo y me dijo que, además del curso, tiene un proyecto propio, está escribiendo una novela, y quiere que yo la ayude".
"Eso es bueno, ¿no?", cuestiono no entendiendo el porqué de su expresión ahora grave.
"Sí y no".
"Wow, cómo te gustan las contradicciones. En pocos minutos es la segunda vez que das esa misma respuesta. Anticipo que lo que me vas a contar sea más complicado que una tarde cuidando a un niño, aunque ese niño sea el hijo de tu ex-marido y de tu ex-amiga, Peggy". Miro a Jennifer, su expresión es cerrada y contrae los labios, tal vez necesite hablar sobre el asunto. Sin que ella diga nada más, prosigo "La cena estuvo genial, pero podríamos salir de aquí. ¿Quieres venir a casa? No es para todos, en menos de un mes, te invito dos veces a venir a mi casa, y 'mi

casa' ya es un apartamento diferente. ¿Será que, de aquí a un mes, ya compré otra casa?"
Siempre es igual, cuando me siento herida, triste, el refugio seguro es bromear, burlarme de la situación, y hasta de mí misma, esperando que la risa ocupe el espacio vacío.
"Me encantaría, ¿vamos?"

Sabiendo que, si no quiero despertar con un valiente dolor de cabeza, no podré continuar bebiendo, cuando entramos a mi apartamento, sugerí un té. Con las tazas en la mano, nos sentamos lado a lado en el sofá con Udon enrollado en el medio.
"Cuenta, me quedé curiosa, ¿no es bueno que tu alumna quiera que tú seas su mentora para la escritura del libro? ¿O ella es una persona así tan horrible?"
"Theodora, no tiene nada de horrible".
Jennifer describe a una mujer joven, atractiva y dotada de una energía contagiosa.
"Por la descripción estoy casi queriendo conocerla, ¿quién sabe no sería interesante, ahora que estoy sola?"
"Podrías tener suerte..." Es el turno de ella sonreír, cuando me mira.
"¿Por qué?"
"Porque a ella le gustan las mujeres".
Cambio de posición en el sofá, aparto a Udon hacia un lado, lo que lo hace despertar asustado y casi me araña.
"¿Le preguntaste eso el primer día de clases?", cuestiono armándome de un tono pretendidamente solemne.
"Ella me lo dijo".
Las respuestas de Jennifer son cortas, hasta lacónicas, pero mi entusiasmo es suficiente para desbloquear la conversación. "Cómo así, ella te lo dijo. Es extraño, incluso para mí, que siempre viví relaciones a las claras, que siempre asumí que soy homosexual, es raro pensar que una alumna llega donde una profesora, y dice, hola buenos días mi nombre es Theodora, soy lesbiana. O entonces quiere invitarte a salir".
"Deja de ser tonta".
Jennifer me lanza un almohadón y, en un gesto automático lo desvío con el brazo, haciéndolo caer sobre la taza de té que estaba encima de la mesa. Por suerte el líquido ya no era mucho, aun así, es suficiente para mojar la alfombra.
"Rayos, disculpa", dice ella afligida levantándose. "Yo limpio. ¿Dónde hay un paño?"
Me pongo también de pie, y por un instante nos quedamos aquí lado a lado, en el ínfimo espacio entre el sofá y la mesa de apoyo.
"No te preocupes, no es nada", digo, poniéndole la mano en el hombro. No sé por qué, pero mi gesto no es tan simple, tan banal, como el de alguien que solo quiere confortar a otra persona. En un movimiento rápido, y hasta brusco, retiro la mano, y rápidamente avanzo hasta la cocina para venir a buscar el bendito paño.
"Cuando, al inicio de las clases, pedí que escribieran un texto, Theodora, escribió sobre un primer encuentro de dos jóvenes chicas. Un texto bonito, lleno de emoción. Después de eso, entregó otro, que nada tenía que ver con el primero, un texto bien escrito, pero árido. Cuando la cuestioné, acabó diciendo que el primer texto era real, era un retrato de su propia vida".
"¿Y ella va a escribir una novela sobre eso? ¿Es una novela lesbiana?"
"No sé, ella quedó en enviarme lo que ya escribió, pero todavía no envió nada. Por lo que me dijo, me quedé con la sensación de que podría ser, pero acabé por no preguntarle directamente. ¿Entiendes por qué te digo que tal vez yo no sea la persona correcta para ayudarla?"
"No", respondo, sin agregar nada más.

"¿Cómo no? Yo no soy lesbiana".
"No es necesario ser lesbiana para escribir sobre personajes lesbianos, ¿o me vas a decir que todos tus personajes son mujeres blancas y heterosexuales?"
"Siempre digo, en las clases, que tenemos que conocer aquello sobre lo cual escribimos. Puede ser porque vivimos la situación, o porque estudiamos sobre ella, pero lo que escribimos tiene que ser real a los ojos de quien lee".
"Yo sé quién te puede ayudar".
"¿Cómo así?"
Antes de responder, no dejo de constatar que Jennifer parece realmente a gusto, se sacó los zapatos, puso las piernas dobladas sobre los almohadones del sofá, y dejó que Udon se instalara en el medio para un sueño tranquilo.
"Val".
"¿Qué tiene Valerie?", pregunta sin entender adónde quiero llegar.
"Val fue durante años, quién sabe todavía lo es, la reina de los bares lésbicos de esta ciudad. Ella puede llevarte en una visita de estudio. Así, cuando hables con Theodora vas a saber de lo que hablas con toda la realidad posible".

**

8 de noviembre

A pesar de haber bebido té durante parte de la noche, el efecto del vino se hace sentir, y despierto con un dolor de cabeza monumental. Cuando llego al consultorio estoy un poco mejor, pero el brillo del sol es suficiente para dejarme aturdida.
"La noche debe haber estado buena". Fred no perdona. Me mira, se encoge de hombros, sonríe y me extiende una taza de café.
"Una amiga".
"Ya le he oído llamar otras cosas".
"En serio, fui a cenar con una amiga y bebimos demasiado, solo eso. ¿Y tú?"
"¿Yo qué?"
"¿Cuándo vas a aparecer con cara de resaca, y hablarme sobre una noche con un amigo?"
"Nunca. Primero tú sabes que yo no bebo, segundo mi tiempo de tener amigos pasó y no quiero más". Fred se calla momentáneamente como si evaluara la importancia de las palabras que acaba de decir. "No sé si volvería a sobrevivir".
No respondo, porque sé que el comentario no espera respuesta.
"¿Y Amy?", pregunta mirándome.
"¿Te acordaste de ella a propósito de decir que no sobrevivirías?"
"Qué bueno que te parece gracioso", dice, "Pero, no huyas de la pregunta, ¿hablaste con ella?"
"Voy a hablar, pero no esta semana. Le mandé un mensaje y le dije que estaba enferma, no llega a ser mentira, mírame. Fue más fácil convencerla de lo que yo esperaba. Por lo que parece ella misma va a estar fuera de la ciudad por unos días, quedó en enviar un mensaje cuando volviera".
"Genial, pareces tranquila".
La ficción tiene que parecer real, pero la realidad puede ser apenas, y solo, ficción. Me acuerdo de que Agatha Christie dijo algo así: 'escribo libros policíacos sin saber nada de policía, podría escribir sobre astronautas y no sabría describir un cohete'. Si Fred supiera cómo me siento en relación con un posible encuentro con Amy nunca elegiría la palabra 'tranquila' para describir mis sentimientos.

Capítulo 10

No hago planes

Valerie

"¿No te vas a ir?", me pregunta Luiz cuando nos despedimos después de otro turno.
"Todavía no, tengo que ir allá dentro", digo apuntando hacia el edificio central del hospital. "¿Y tú, alguien nuevo?"
"Hoy no, hoy voy a cenar con mi madre. Sabes cómo es, de vez en cuando es bueno ir allá, recibir un abrazo, ser tratado como si tuviera quince años, y hacer de cuenta que mi vida es lo que ella quería que fuera", él sonríe, sé que a pesar de las palabras adora a su madre, y ella sabe perfectamente cómo es su vida. "No deberías ir", profiere como si se le hubiera quedado esto por decir.
"¿Dónde? ¿Al hospital? Tengo que tratar un asunto".
"Tu asunto tiene nombre, y es casada. ¿Por qué?"
"¿Realmente quieres saber?"
"Me lo puedo imaginar", responde, esta vez con una breve carcajada. "Aun así, ¿cuánto tiempo lleva eso, dos años? ¿Tres?"
"Casi cuatro".
"Te hace mal".
Paso la mano por el cabello, quedando con el gel preso en los dedos. Resisto la tentación de limpiarla en los pantalones, y la agito en el aire con la esperanza de que al menos el gel pueda secarse. "No lo hace. Ambas sabemos lo que queremos y cómo funciona, sin expectativas, sin cobros. Un beso, un orgasmo, solo eso".
Para mi suerte Luiz está retrasado para la cena en casa de su madre, y desiste de argumentar. A paso rápido avanzo por entre los pasillos, subo la escalera, sin esperar por el ascensor, y me detengo a la puerta del despacho de Martha. Sin tocar, empujo ligeramente la puerta que está entreabierta y miro hacia adentro. Martha está de espaldas a la puerta, de pie junto a la ventana hablando por teléfono, y no se da cuenta de mi presencia, hasta colgar.
Trabando la puerta detrás de mí, avanzo en su dirección y sin decir nada la beso. Es un beso correspondido, repleto de cariño, repleto de intimidad. Nos quedamos allí, ella con la espalda apoyada contra la pared, y yo frente a ella. Desvía su boca de la mía, y trae los labios a mi cuello, mordiéndome la oreja. Pone las manos en los bolsillos traseros de mis pantalones y me atrae más cerca, forzando a que los cuerpos se unan.
Cuando nos alejamos, arregla la falda y la camisa, volviendo a su apariencia inmaculada. "Tengo que ir a casa. El más pequeño cumple años hoy, ya hace cinco años. Están todos solo esperándome".
No tengo cómo decir nada, no le puedo pedir que se quede, no puedo decir que tenía planes para una noche mágica, no sería justo, y por eso digo apenas: "Felicidades".

En casa, ceno sentada en el sofá frente al televisor, una pizza calentada en el microondas. Siento su falta. Miro el teléfono apoyado a mi lado, podría llamar, pero ¿llamar para decir qué? En realidad, no hay nada para decir, porque no quedó nada pendiente, ninguna pregunta, ningún asunto para resolver. Isabella simplemente se fue, no se fue enfadada, no se fue ofendida, simplemente se fue, y eso es lo más difícil, porque es todo aquello sobre lo cual yo nada puedo hacer.
Vuelvo a intentar seguir la película que están dando, pero es imposible, acompaño los diálogos durante un minuto, y enseguida me ausento por tanto tiempo que, cuando vuelvo, tengo

dificultad en entender qué es lo que está pasando.
Recuerdo una época, antes de Isabella, los tantos años en que, con Luiz y otro amigo, dominábamos la noche de la ciudad. Salíamos todos los días, recorríamos los bares y las discotecas, conocíamos a cada guardia de seguridad, cada esquina, y éramos felices. O al menos vivíamos bajo ese supuesto, nunca me faltaba compañía, la dificultad era elegir, como quien, ante una lista de buenos vinos, no sabe si quiere un sabor más dulce y suave, u otro más agreste y violento. No me enamoré de Isabella de un día para otro, no fue una historia de película, en que ella entra en mi vida y yo dejo todo lo que hacía, todo lo que era, para lanzarme perdidamente a sus pies. No fue una historia de traición y celos, donde ella deja a la novia de toda una vida para quedarse conmigo, fue simplemente un encuentro casual en una fiesta, otro, y después uno o dos más, hasta que empezamos a salir juntas casi todos los días, hasta que ella dejó unas cuantas cosas en mi casa, y yo tener un cepillo de dientes en su casa. Nunca acordamos vivir juntas, porque las palabras nunca fueron necesarias, sucedió y ya está, un día ella se quedó aquí, otro, después otro, Udon vino también, y cuando nos dimos cuenta habían pasado meses y esta era "nuestra casa".
Dejo el plato con los restos de pizza en el fregadero, me ocuparé de esto después. Vuelvo en dirección a la sala, pero me detengo en el vestíbulo, miro el casco guardado en un rincón, y un deseo incontrolable de salir se apodera de mí.

La noche aún está empezando, pero la confusión es enorme. Afortunadamente hay cosas que no cambian, y cuando considero irme debido al tamaño de la fila, escucho la voz del guardia llamar mi nombre: "¡Val! Val, qué bueno verte de nuevo, cuánto tiempo."
A pesar del cuerpo muy musculoso y una cara de pocos amigos, es un tipo simpático. Me saluda con un beso y aparta la cinta roja para darme paso.
"Los amigos siempre son bienvenidos, incluso los que andan desaparecidos", afirma guiñándome el ojo.
Me toma un momento adaptarme a la penumbra y al sonido de la música que hace vibrar el suelo. Avanzo hasta la barra y me siento en uno de los taburetes vacíos, pidiendo una cerveza. Un grupo de tres mujeres, sentadas a mi izquierda, conversan y ríen animadamente, ya deben estar bebiendo desde hace un rato, considero, levantando el vaso en el aire, en su dirección, cuando me miran.
Sin que me hubiera dado cuenta, un tío se acercó hasta quedar casi pegado a mi espalda. En un gesto repentino, acerca su boca a mi oído y susurra: "¿Puedo sentarme?".
No sé si se acercó para hacerse oír, lo que no es fácil dado el volumen de la música, o si la razón es otra.
Hago una señal con la mano y señalo el taburete a mi lado.
"¿Estás sola?", pregunta, pidiendo una cerveza. "Qué desperdicio", añade entre dientes, pero de forma que se asegura de ser escuchado.
"Acabo de llegar", respondo, sin cortar ya la conversación, pero sin dar ninguna otra información.
Bebe toda la cerveza de una vez, se gira hacia mí y pone su mano sobre mi muslo. "Podemos ir adentro, ¿conoces? O si quieres también podemos salir de aquí."
Aparto las piernas, cruzándolas una sobre la otra, "Oye, solo vine a tomar una cerveza, es mejor que busques otra compañía."
"Disculpa, no quise ofenderte, déjame pagar otra ronda."
Hace una señal al camarero, que nos trae dos chupitos de tequila y dos cervezas.
Odio el tequila, pienso cuando tomo el vaso y trago el contenido, con una mueca de repulsión.

Agarro el vaso de cerveza y, esta vez, soy yo quien bebe más de la mitad de una sola vez.
"No quiero ser grosera, pero estoy segura de que no es conmigo con quien querrás estar esta noche."
"¿Por qué? Todo lo que estoy viendo me dice exactamente lo contrario", afirma volviendo a avanzar con su mano en mi muslo, pero esta vez inclinándose sobre mí y casi tocando mis labios con los suyos.
Estiro el brazo y coloco la mano abierta sobre su pecho impidiéndole concretar sus intenciones.
"No eres mi tipo, lo siento. Me gustan las mujeres", afirmo como si dijera me gusta más la cerveza que el vino.
No puedo contener una carcajada al ver la expresión atónita en su rostro.
"Disculpa, no lo sabía. Disculpa, no quise ser grosero. No lo sabía."
"Puedes dejar de disculparte, no tenías por qué saberlo, no está escrito en mi frente. Y en realidad no fuiste grosero, como mucho un tanto impetuoso. Podemos terminar esta cerveza juntos, pero después es mejor que busques otra compañía", me río, y poco a poco él se relaja y se ríe conmigo.
Acabamos quedándonos más de media hora conversando, bebiendo cerveza mezclada con tequila, y riéndonos de la situación. Cuando por fin decide ir a probar suerte en otro lugar, vuelvo a quedarme sola. Pido otra cerveza, hasta porque necesito quitarme el sabor amargo que tengo en la boca.
A mi lado está ahora solo una de las tres mujeres que antes estaban sentadas. Sin nada que hacer, entablo conversación: "¿Se fueron?"
"¿Quién? ¿Mis amigas?"
"¿Te dejaron sola?", pregunto de forma nada inocente.
No tengo dudas de que ella sabe interpretar el tono de la pregunta, y como confirmando eso mismo, cambia de taburete y se sienta justo a mi lado, trayendo consigo una copa de vino blanco medio llena.
"Me quedé esperando a que terminaras la conversación."
Por esta no me lo esperaba, estoy perdiendo cualidades, o tal vez es la falta de práctica.
"¿Estoy siendo inconveniente? Él no fue precisamente discreto, y tú hablaste lo suficientemente alto para que yo oyera."
Sin dar muestras de debilidad, tomo la iniciativa, "¿Te quedaste esperándome para qué, exactamente?"
"No hago planes", al decir estas palabras, suelta una carcajada como si tuviera gracia. "Es decir, todo lo que hago en la vida es hacer planes, previsiones, probabilidades, soy corredora de bolsa. Pero, tengo para mí que la noche es lo que tenga que ser, sin planes, sin estrategia..."
No la dejo terminar e intervengo: "Pero con la misma dosis de riesgo."
"¡Touché!", exclama tocando su copa con la mía, haciendo tintinear el vidrio.
"No sé qué es lo que oíste de mi conversación con ese tipo, pero voy a usar las mismas palabras que él me dijo, podemos ir adentro, o si quieres podemos salir de aquí."
No sé quién es esta mujer, pero siento que estoy jugando en su terreno. Se inclina hacia mí apoyando el codo en la barra y me da un beso. Un beso con todo lo que implica besar a alguien y depositar en ese beso la excitación contenida de un encuentro fortuito. Desliza la lengua dentro de mi boca, roza suavemente mis labios, y sin necesidad de instrucciones me toma del brazo y avanza hacia la parte trasera de la sala, mostrando que conoce el camino.
Sin preocuparse por ser discreta, me empuja contra la pared del pasillo, casi vacío y prácticamente sin luz, deslizando sus manos sobre mi cuerpo. Me toca, desvistiéndome lo

suficiente para poder palpar mi piel. Desabrochando el cinturón y la cremallera de los pantalones, agarra mi mano y la coloca en su propio cuerpo, revelando claramente lo que pretende. Intercala besos con palabras obscenas murmuradas junto a mi oído, llevándome a una realidad de contornos difusos. Cierro los ojos, siento las rodillas temblar, y me entrego, dejándola hacer todo lo que planeó, o lo que no planeó.

No sé cuánto tiempo pasó, pero cuando vuelvo, la sala está casi vacía. Después de un increíble orgasmo ella se despidió, diciendo que nos encontraríamos por ahí, o no, pero sin planes.
Pido otra cerveza. Debería dejar de beber, siento la cabeza dar vueltas, y unas ligeras náuseas. Siento las lágrimas en los ojos, y sin haberme dado cuenta aún, noto que tengo la cara mojada, que las lágrimas corren sueltas y, probablemente, ya desde hace algún tiempo. Miro el teléfono para ver la hora, tengo que volver a casa. Un mensaje. Ya tiene más de tres horas, es Isabella para saber si todo está bien, y cuándo puede ir a casa a buscar algunas cosas que le hacen falta. Sin dudar presiono el botón y la llamo.
"¿Estás bien?", pregunta de inmediato, sin ocultar su aflicción.
"Te necesito."
"¿Dónde estás?"
Le digo dónde estoy y le imploro que venga a buscarme, hasta que finalmente acepta.
Apoyada en la barra voy bebiendo el resto de la cerveza que ya se ha calentado, hasta que siento una mano en mi hombro, Isabella. Me giro: "¡¿Luiz?!"
"Vamos, ya has bebido suficiente."
"¿Isabella?"
"Isabella está en casa durmiendo, o al menos intentándolo. Me llamó para que viniera a ocuparme de ti. Vamos, ¿puedes ponerte de pie, o voy a tener que llevarte en brazos?"

Capítulo 11

¿Cuándo dejé que mi vida se pusiera así?

Jennifer

10 de noviembre

Vuelvo a enfocarme en lo que debería estar escribiendo, pero todo lo que tengo frente a mí es una página en blanco. Irritada cierro la computadora y voy hasta la cocina. Dos bolas de helado y un analgésico se encargarán de los dolores que tengo en el hombro. Debería renunciar al helado, pienso sirviéndome solo una bola y volviendo a guardar la caja en el congelador. Pongo la mano en la cintura del pantalón, estos también se están poniendo apretados, cualquier día no tendré ninguno que me sirva, pero me niego a comprar la talla de arriba. En cuanto estos dolores mejoren voy a inscribirme en el gimnasio.

Me siento otra vez frente a la computadora, vuelvo a abrir la pantalla, y me siento más animada. Mientras saboreo el helado, antes de volver al trabajo, el teléfono suena: "¡Theresa! Te iba a llamar. ¿Todo bien?"

Desde la ida a la clínica hemos hablado casi todos los días. Nunca fui muy cercana a mi hermano, incluso de niños teníamos amigos diferentes, intereses diferentes, y vidas que casi no se tocaban. Cuando él comenzó a salir con Theresa, nuestra empatía fue inmediata, por primera vez había alguien interesante en la vida de el.

"Estoy genial, Jenny. Te extraño, sin que sea así por teléfono. Quiero saber más novedades. ¿Tu alumna ya te envió los textos?"

"Estuve ahí anteayer, no puedes extrañarme tanto..."

"¡Pero te extraño!", insiste, solo para hacerme hablar.

Le conté a Theresa sobre la propuesta de Theodora y le mostré el primer texto que ella escribió. A Theresa le encantó, además de todo lo demás, concluyó que eran homónimas, ya que ambas firman solo 'Theo'.

"Podrías venir a dormir aquí, tu hermano está fuera, solo vuelve la próxima semana. ¿Qué te parece? ¿Palomitas, una manta y una película?"

"Tenemos que aprovechar", respondo, "Cuando nazca mi sobrino vamos a dejar de tener tiempo para estos programas. Pero hoy, solo puedo ir si es más tarde, quedé en cuidar a Yvan para que ellos fueran a una inauguración. Eso es temprano, para las diez ya deben estar de vuelta. ¿Qué te parece?"

"Creo que eres completamente tonta. No sé cómo los aguantas".

"Tienes razón", digo sin más argumentos.

"Sé que sí. Ven a la hora que puedas, te espero con las palomitas. Hablando de cosas alegres, ¿el lunes vienes conmigo a la cita?"

"Claro".

*

El edificio de John queda en una de las calles más caras de la ciudad, saludo al portero que, de inmediato, me abre la puerta del ascensor, aunque el apartamento sea en el primer piso.

"Estás maravillosa", me saluda John con un abrazo, del que me libero lo más rápido posible, sabiendo lo falsas que son estas palabras. Mirando atrás, no sé cómo es que estuvimos juntos tanto tiempo. Yo soy lo opuesto a lo que él valora en una mujer. Ya Peggy parece agregar todas las cualidades, delgada, alta, siempre arreglada como quien va a desfilar en una pasarela, adora hablar sobre la vida de otras personas, y tanto mejor si son personas famosas.

"Tienes que buscarte un novio. Esa manía de solo trabajar no puede hacerte bien", comenta Peggy dando dos besos al aire, para no correr el riesgo de estropear el maquillaje.
"Yvan se quedó dormido allí en el sofá", dice señalándolo, y haciéndome mirar también, como si fuera necesario asegurarse de que entendí su comunicación. "Volvemos pronto. Tienes comida en el frigorífico, solo es cuestión de calentarla, o si no una ensalada", añade ya en el rellano de las escaleras.
Cuando la puerta se cierra, me quito el abrigo y dejo el bolso, dejándome caer sobre el sofá. Aprieto la cabeza entre las manos, apoyando los codos en las rodillas. ¿Cuándo dejé que mi vida se pusiera así?
Yvan parece haber decidido dormir ahí hasta mañana. Sin hambre para pensar en cenar, me instalo en la mesa de la sala y saco del bolso los textos que los alumnos me entregaron. Voy pasando uno y otro, hasta encontrar el de Theodora. Empujo los restantes hacia un lado, agarro el bolígrafo y leo cada página con cuidado. No escribo nada, ninguna corrección, ninguna anotación, simplemente me dejo perder en la profundidad de las frases, en la emoción de cada momento. Cuando termino vuelvo al inicio y releo la historia. ¿Quién será Theodora? ¿Lia? ¿Sophia?

*

Llego a casa de Theresa poco antes de medianoche. Es francamente tarde para empezar a ver una película, como en muchas otras noches, nos instalamos en su cama, ella en su sitio habitual y yo, en el de mi hermano. Con la televisión encendida solo porque forma parte del contexto, le cuento los comentarios sarcásticos de Peggy y John y le leo el último texto de Theodora.
"¿Crees que ella es Lia o Sophia?", me pregunta.
"¿Cómo puedo saberlo? Ni siquiera sé si es una de las dos."
"Claro que lo es. ¿No dijiste que ella te había dicho que esta historia era sobre ella?"
"Sí, pero eso no quiere decir que sea la historia real, puede ser solo inspirada en algo que haya sucedido", respondo, sabiendo que yo también me cuestioné exactamente lo mismo.
Theresa se desliza hacia abajo en la cama, apaga la luz y la televisión. "¿Nunca has pensado en una mujer?"
"¿Qué quieres decir con eso? Pienso en mujeres muchas veces", afirmo, acomodándome bajo el edredón.
"Tú sabes a lo que me refiero. ¿No tienes curiosidad? Mira a Isabella, y..., ¿cómo se llama su mujer?"
"Valerie. No sé si es su mujer o exmujer, te conté que se separaron."
"Es increíble que Isabella estuviera en el coche detrás del tuyo cuando tuviste el accidente", comenta.
"Ya lo has dicho", respondo riendo. "Nunca he estado con ellas, las dos juntas, pero todas las veces que he estado con Isabella, me pareció una mujer fantástica, ya Valerie..."
"¿Podrías enamorarte de Isabella?"
"¡Claro que no!", respondo de inmediato. "¿Qué clase de pregunta es esa? Yo estuve casada con John, nunca se me pasó nada de eso por la cabeza."
"Pues..., a veces creo que podría ser posible."
"¿Qué hizo mi hermano?"
"Nada, nada en absoluto, solo creo que podría ser posible."
Como ella no hace ninguna pregunta más, aprovecho el momento para cerrar los ojos y darme la vuelta hacia el otro lado, no estoy segura de querer que esta conversación continúe.

**

15 de noviembre

Me encuentro con Theodora en la terraza del Jardín Botánico. Cuando llego, ella ya está instalada en una mesa bajo el toldo de lona amarilla. Aparentemente ya está aquí hace algún tiempo, al menos a juzgar por el plato vacío y las dos tazas de café.
"¿Llegué retrasada?", pregunto, dejando el bolso y el abrigo de forma atarantada en una de las sillas, ahora dudando si habré entendido bien la hora.
Inmediatamente, ella se levanta para saludarme. Es la primera vez que la veo con el cabello suelto, es bonita. El rostro se ve más suave enmarcado por los rizos y sus ojos negros se destacan en la piel de un castaño cobrizo, que fruto de un maquillaje muy discreto, realza no solo los ojos, sino también la sonrisa.
"Claro que no, yo aproveché para venir a trabajar aquí. Me gusta la tranquilidad de este lugar. ¿Leíste mi último texto? Fue basándome en él que escribí estas páginas", me pasa a la mano algunas hojas impresas. "Como solo me gusta leer en papel, lo imprimí para ti, pero también te envío el archivo por email", dice, mientras hojeo las páginas leyendo solo algunas palabras sueltas.
"¿Estás segura de que soy la mejor persona para ayudarte?", pregunto, a pesar de saber que me estoy repitiendo.
"No sé si eres la mejor, pero eres la que yo elegí. Lee esas páginas, si no te gustan puedes desistir, pero si no, cuento contigo para discutir la estructura del texto. Tengo tantas ideas, y al mismo tiempo tantas dudas."
La presencia de Theodora, su calma, me ponen nerviosa. Se apodera de mí una necesidad imperiosa de un momento a solas, disimulando el embarazo, me levanto y voy hasta el mostrador, no sin antes golpear con fuerza con el pie la silla donde había dejado mi bolso, que con el golpe se desliza y cae al suelo con estruendo.
Siento que me sonrojo, al mismo tiempo que Theodora ríe, recogiendo del suelo el bolso, que afortunadamente no se abrió.
Regreso minutos después, y le extiendo una de las dos copas de helado que pedí. "Traje para ti también, no me gusta ni beber, ni comer helados sola", digo con una sonrisa, sintiendo su mano tocar la mía cuando sujeta el helado.
"Me encanta. Acertaste de lleno, limón."
Su respuesta parece sincera, y es confirmada poco después por la expresión cuando se lleva a la boca la primera cucharada, "Sublime. Si no tuviera ya la certeza de que eras la mejor persona, ahora me habrías convencido."
Saboreamos los helados y ella va recorriendo una a una las páginas que me entregó, explicando lo que está escrito. Inicialmente, me quedo un tanto confusa, la narrativa transcurre en la década de los cincuenta. Al final ella no es ni Lia, ni Sophia. Opto por no hacer preguntas e intentar seguir lo que me dice. Theodora habla en un tono más acelerado, y me pierdo en los nombres y personajes que ya no sé quiénes son, pero poco a poco, las palabras cobran sentido, el puzle se va armando, y las piezas toman forma. Me dejo llevar y me sumerjo en la historia, siendo completamente sorprendida por su gesto, cuando coge la servilleta y me toca la barbilla.
"Iba a gotear", dice de forma relajada, volviendo a lo que estaba enunciando antes.
La tarde pasa rápido, y si no fuera porque la luz comienza a disminuir, y los empleados a nuestro alrededor recogen las últimas cosas para poder cerrar, habríamos continuado entrada la noche.
"¿Quieres ir a cenar y continuamos?", pregunta, juntando las hojas para poder guardarlas.
"¿No tienes otros planes? Debes tener a alguien esperándote, ¿no?" Tan pronto como hago las

preguntas me arrepiento, después de todo ella es una alumna. Intentando enmendar la situación añado, "Quiero decir, yo también tengo cosas que hacer, tengo que ir a casa."
"Podemos solo cenar, al fin y al cabo, tenemos que comer. Aprovechamos unos minutos más, y luego vas a hacer lo que tengas que hacer", insiste, poniendo su mano sobre la mía que está posada en la mesa, aún sujetando el bolígrafo con el que estaba tomando notas. "Yo invito. Si no quieres ir a un restaurante, podemos ir a mi casa, mis padres están fuera, la casa está a mi cargo."
Ni pensarlo, reflexiono, no puedo, y no quiero, ir a casa de sus padres, estén ellos allí o no.
"Está bien, podemos comer una hamburguesa aquí cerca, y después yo me voy a casa. Tengo realmente cosas que hacer aún hoy." Llamo a mi madre para informarle que no voy a cenar y seguimos a pie hasta el restaurante.
No dejo de estar impresionada incluso con una hamburguesa con queso en la mano, y una gota de kétchup junto al labio, Theodora no pierde la elegancia, es una chica especial.
"Creo que entendí el contexto", afirmo cuando damos por terminada la segunda pasada por el texto. "Ellas están juntas en la escuela, se enamoran, un primer amor."
"Exactamente", interrumpe entusiasmada, "Un primer amor que las compañeras no respetan, que los adultos condenan, un primer amor que no resiste."
"Cierto, describes bien el cariño entre ellas, y también la agresividad de todo a su alrededor", digo tomando notas en el borde de la hoja en algunos pasajes.
Theodora deja la hamburguesa y habla apasionadamente, gesticulando al mismo tiempo: "Damos un salto en el tiempo, Sophia crece, y nunca más ve a Lia. Es una mujer brillante que, a pesar de la presión social, hace un curso superior, comienza a escribir y se impone en un mundo de hombres. Va a París, vive con la misma avidez con la que escribe, se entrega a cada pasión como si fuera la única, y se vuelve la figura central de un pequeño núcleo de poetas. Un día es invitada a una fiesta, una fiesta secreta, una fiesta de la 'Sphere'. Esa noche percibe que hay mucho más a su alrededor de lo que puede ver y oír en el día a día. Conoce a otras mujeres como ella, mujeres con poder, mujeres que garantizan espacios seguros, y que se ayudan mutuamente. De a poco Sophia se vuelve una de las más poderosas mujeres de la 'Sphere'."
Incluso cuando ella se calla, no soy capaz de desviar la mirada, es magnético, su carisma, su entusiasmo, me transportan a una realidad que, definitivamente, no es la mía, pero que me fascina.
"¿Es verdad?", pregunto.
"Podría serlo", me devuelve.
"Podría, ¿pero lo es?"
"Mi abuela cuenta la historia así...", suspira profundamente y prosigue, "Así no, repleta de detalles, de pormenores íntimos que no tuve el coraje de describir."
No estoy segura de estar acompañando lo que ella está diciendo. "¿Por qué?"
"Por qué, ¿qué?"
"¿Por qué no tuviste el coraje de escribir los pormenores íntimos?", fuerzo.
"No es exactamente que no haya tenido el coraje de escribirlos, yo los escribí, solo no los incluí en esta versión de la historia que hice para ti".
Cada vez estoy más confundida, y vuelvo a repetir la misma pregunta: "¿Por qué?"
"Pensé que podría no gustarte", responde de inmediato, "Podrías pensar que era excesivo, hasta perturbador. Al final..."
Theodora no termina la frase y no parece tener intención de hacerlo, por lo que avanzo yo: "Al final, no soy lesbiana".

Después de una cena rápida, pero no por ello menos emotiva, nos despedimos en la puerta de mi

casa, con la promesa de que ella me enviará por email el texto completo, sin cortes ni censura. Aunque insistí en que vendría en taxi, Theodora fue inflexible. Cuando aparca, sale del coche, lo rodea, y me abre la puerta, en un gesto de cortesía al que estoy poco acostumbrada.
"Gracias", me dice, ya en la calle, "No vuelvas a pensar que puedes no ser la persona adecuada, estoy segura de que nadie haría este papel mejor que tú", se acerca, me abraza, y deja que el abrazo se extienda durante unos instantes, para luego apartarse ligeramente y darme un beso en la mejilla.

*

"¿Quién es?" Mi madre está sentada en la sala esperándome, y por la pregunta deduzco que estaba en la ventana cuando llegué.
"Una amiga", afirmo con una pizca de culpa por no decir que es mi alumna.
"Parecían muy íntimas."
No sé qué quiere decir ella, pero no tengo paciencia para sus ironías, no ahora, no después de haber estado escuchando la historia de Theodora, quiero ir a la habitación y perderme en divagaciones, en sueños de otras historias, quizás pueda escribir.
Pero mi madre no parece dispuesta a darme tregua y aun sin que yo le responda, prosigue en el mismo tono sarcástico, "No entiendo lo que quieres, nunca sales con nadie y ahora apareces a esta hora con una amiga. Hace un rato tu hermano llamó y dice que Theresa quiere que seas tú quien la acompañe a cita al médico. Él estaba enfadado, y con razón."
Por más que no quiera discutir, es demasiado: "¡¿Con razón?! Él no estaba aquí el día de la inseminación, no estaba aquí cuando ella recibió el resultado de la prueba y por lo que sé no está aquí otra vez", afirmo a gritos sin ocultar la irritación que siento.
"Ella podría haber pospuesto esta cita."
"Claro que podría", contesto, devolviendo la ironía.
"No me gusta que te quedes allí con ella. El apartamento es muy pequeño, no hay sitio para que duermas, no tiene sentido que compartan la cama. Tu hermano no dice nada, pero no le gusta la situación."
"¿Tienes algo que quieras decirme?", me muerdo el labio y agarro con fuerza la correa del bolso, en un intento de controlarme. Tengo que pedir instrucciones a Isabella sobre qué hacer para no explotar en estos momentos. Ya sé que me va a decir que tengo que hacer meditación, si ayuda, juro que lo intentaré.
"La gente empieza a comentar, tú sabes." Mi madre se levanta y mira por la ventana, como si las personas de las que habla estuvieran afuera mirándonos.
No sé nada, ni quiénes son las personas de las que habla, pero opto por mantener el silencio.
"Te casaste a toda prisa para viajar con John, no estuve de acuerdo, pero bueno, ya está hecho. Le dije a tu padre que no duraría ni un año, se prolongó un poco más, pero todo el mundo veía cómo iba a acabar... Cuando os separasteis, pensé que sufrirías durante unos meses, pero podría ser tu oportunidad para encontrar otro chico y rehacer tu vida." Su imagen, con su cabello cuidadosamente peinado por el peluquero, uñas rojas, y una bata que le llega por debajo de las rodillas, parece una caricatura. "Mira lo que ha pasado", prosigue irritada, "Han pasado dos años, y nada, sigues aquí, con tus cosas de la Universidad, siempre en secretitos con tu cuñada, o por teléfono o en su casa. Y ahora..., ahora apareces con esa amiga."
Es imposible contener lo que siento durante más tiempo, a gritos, teniendo la certeza de que voy a despertar a mi padre, doy un paso en dirección a la silla donde ella se ha vuelto a sentar e insisto: "Di de una vez lo que quieres decir."
"La gente puede pensar que eres lesbiana", responde, sonrojada.

Capítulo 12

Me fui de casa

Isabella

16 de noviembre

"Calma Jennifer, no consigo entender la mitad de lo que estás diciendo. No puedo salir ahora, todavía tengo dos consultas más. ¿Por qué no vienes aquí? Voy a avisarle a Fred, mi colega aquí del consultorio, y él te abre la puerta, aunque yo esté en medio de la consulta".
Cuelgo el teléfono y entro en el despacho de Fred. En pocas palabras le describo lo que pasó. Él sabe quién es Jennifer, ya le he hablado de ella varias veces.
"Ve a tu consulta tranquila. No te preocupes, si ella llega mientras tanto, yo me encargo", me garantiza.
Tengo dificultad en mantenerme concentrada, y espero sinceramente haber hecho lo suficiente para que mi paciente no se haya dado cuenta. Cuando por fin termina, lo acompaño a la puerta y en vez de volver al despacho, entro en el de Fred, que tiene la puerta abierta.
"¿Ella no llegó?"
"No, todavía no. Pero tal vez no tuvo tiempo, ¿te dijo que venía enseguida?"
"Nunca vi a Jennifer tan alterada, podría jurar que estaba llorando", declaro preocupada.
"Nunca la viste..., piénsalo bien, ¿cuántas veces estuviste con ella? No debe ser nada grave, vuelve a la consulta, yo ya terminé las mías y me quedo aquí alerta". Fred se levanta y viene junto a mí, empujándome cariñosamente hacia la puerta.
Esta vez, es aún más difícil mantener la concentración y, en varias ocasiones me veo obligada a pedirle a la joven sentada frente a mí que repita lo que acaba de decir. Miro el reloj, faltan quince minutos para la hora de terminar, no puedo continuar así. Aprovechando una pausa, intervengo: "Disculpa, no me estoy sintiendo muy bien. Tengo un dolor de cabeza que se empeña en no mejorar. Si no te importa interrumpimos y continuamos la próxima semana".
Ella asiente con la cabeza en un gesto de concordancia. Y yo concluyo, aliviada: "Claro que no te voy a cobrar la cita".
Espero por un momento dentro del despacho, dando tiempo para que la joven salga. Cuando oigo el golpe de la puerta de la calle, salgo al pasillo, Fred y Jennifer están sentados en la sala de descanso.
"¿Estás bien? ¿Pasó algo?", cuestiono, antes de que ella tenga tiempo de voltearse en mi dirección.
"Más o menos. Disculpa por haber invadido tu tarde, y aparecido así. Empiezo a creer que eres mi ángel de la guarda". Jennifer intenta esbozar una sonrisa, pero no lo consigue, está pálida y tiene los ojos rojos y hundidos, marcas indelebles de quien estuvo llorando.
"Voy a dejarlas solas", dice Fred poniéndose de pie. "Aunque la ocasión pueda no ser la mejor, fue un gusto conocerte", afirma poniendo la mano en el hombro de Jennifer, en un gesto de consuelo.
Lo dejo alejarse y abro los brazos, envolviendo a Jennifer en un abrazo, no sé por qué, pero siento que ella lo necesita. Ella se deja abrazar, sin moverse, no consiguiendo evitar el temblor de los sollozos contenidos.
"Me fui de casa. Arreglé un bolso con algunas prendas de ropa, y di un portazo. No vuelvo para allá", dice de repente, cuando me siento en la silla a su lado.
"¿Te fuiste de la casa de tu madre?", cuestiono confirmando que estoy entendiendo lo que está pasando.

"No vuelvo a hablar con ella. Ni con ella, ni con mi hermano".
"¡Calma! Cuéntame qué pasó". Tiene que haber un motivo muy fuerte para que ella esté así. Fred tiene razón, la conozco hace poco tiempo, pero lo suficiente para saber que algo grave sucedió.
Después de tener que obligarla a beber un vaso de agua, consigo que se calme lo suficiente para hacerme un resumen de lo que pasó anoche.
"No sabía que tu madre era ese tipo de persona".
Si yo no conozco a Jennifer, imagínate a su madre, nunca vi a la señora, y lo poco que sé es de uno o dos comentarios que Jennifer fue haciendo, pero ante lo que ella está contando es inevitable imaginar.
"Parece la persona más querida, más tranquila, pero en el fondo, en el fondo, es venenosa. Es peligrosa. Mi madre es de esas personas que ven el mundo en blanco y negro, y divide a las personas en buenas y malas. Ella no quería que John y yo nos casáramos, pero a pesar de todo, del mal el menor, los padres de ellos eran personas que ella admiraba, exitosos, con mucho dinero. Podían no tener el peso de la historia, el apellido de familia, pero aun así, no era para despreciar. John no era médico, ni ingeniero, era escritor, en ese momento, aspirante a escritor, pero era un hombre guapo y simpático. Sin gran alternativa, y después de muchas discusiones, ella acabó sino convencida al menos vencida por el cansancio. Como yo estuve fuera prácticamente cinco años, no hubo grandes oportunidades para que nos desentendiéramos. Cuando John y yo regresamos, mi madre quería meterse en todo. Se pasaba la vida en casa, criticándome por estar haciendo un doctorado en vez de tener hijos y darle una familia a John, citando sus palabras. ¿Te imaginas lo que pasó cuando nos separamos?"
"¿Te dijo que la culpa era tuya?", me arriesgo, conociendo demasiado bien historias como esta.
"Según ella, él me traicionó porque yo no le di suficiente atención, no le di hijos. Su teoría fue confirmada cuando Peggy quedó embarazada de Yvan". Jennifer fuerza una sonrisa, pero su semblante es triste.
Miro el reloj, es tarde, por eso tengo tanta hambre, reflexiono.
"Quiero oír esa historia hasta el final, pero tengo hambre", acabo admitiendo.
"Me voy", dice inmediatamente levantándose. "Disculpa. Disculpa por estar estorbándote, y gracias por haberme escuchado, ya me siento mejor".
"Ni hablar que te vas así. Ya te dije, quiero oír el resto de esa historia. ¿Qué te parece si vamos para casa? Estamos más a gusto, y podemos comer algo", declaro sin dar margen para otra opción. Miro al suelo y veo un bolso de viaje, debe ser de esto que ella estaba hablando. "¿Es tuyo?"
Ella asiente con la cabeza, y sin más demora pongo su bolso al hombro, agarro mi abrigo, colgado en el perchero, y avanzo hacia la salida.

*

Solo volvemos al asunto después de cenar. En un instante, preparamos una lasaña congelada, una ensalada, acompañadas por una cerveza bien fría, me supo a manjar.
Jennifer parece ahora mucho más calmada. Sentada en el sofá, descalza de piernas cruzadas con Udon en el regazo, asumió la posición que empieza a ser la suya.
"Después de la escena de mi madre anoche, hoy, cuando volví de la Universidad, ni ella ni mi padre estaban en casa. Theresa me llamó como hace casi todos los días a la hora del almuerzo. Cuando colgó, el teléfono volvió a sonar, era mi hermano, hasta pensé que habían hablado mientras tanto, pero no. En cuanto atendí, él empezó a los gritos, primero ni entendí qué estaba pasando, porque no decía cosa con cosa. Me acusaba de ser falsa y mentirosa, de estar llevando una vida sin salida y sin retorno. La voz estaba cargada de rabia, como no recuerdo haber oído

antes. Me harté de preguntar qué estaba pasando, pero él solo me acusaba, decía que yo estaba intentando acosar a su mujer, que era una sinvergüenza, y que entendía bien por qué John me había dejado. Voy a ahorrarte otro tipo de lenguaje, que no merece ser repetido", concluye, mirándome, buscando ver el efecto de sus palabras.
Antes de conseguir hablar, desvío el cabello hacia el otro lado, y suelto una carcajada nerviosa, tal es mi incredulidad. "¡Él está loco!"
Jennifer cambia de posición y apoya la cabeza en el brazo, "Theresa es como una hermana para mí, y él está cansado de saber eso. ¡¿Cómo puede ser tan estúpido?! Mi madre hizo bien su trabajo, no sé qué le dijo, pero consiguió ponerlo en mi contra".
No conozco ni a uno ni a otro, pero en este momento, los detesto con todas mis fuerzas.
Antes de que yo diga algo, Jennifer continúa: "Sabes, él seguía hablando, ofendiéndome, y yo, me sorprendí disculpándome, diciéndole que nunca traicionaría su confianza, que nunca haría nada de ese tipo".
A pesar de sentir pena por la situación en la que ella se encuentra, no resisto cuestionar: "¿De qué tipo? ¿Enamorarte de una mujer?"
"No. O sea, no de la mujer de mi hermano". Jennifer desvía la mirada y se sienta más derecha despertando a Udon, que enojado maúlla de forma exuberante y se aleja.
"Y al final, ¿cómo terminó la conversación con tu hermano?", pregunto intentando retomar lo que es de hecho más importante.
"Él siguió acusándome, me dijo que yo vivía a costa de mis padres, y que era hora de irme de casa", Jennifer respira profundamente antes de continuar, "¿Sabes esos momentos en que la sangre te hierve en las venas, y no hay nada ni nadie que te pueda contener? Fue lo que pasó. Le colgué el teléfono en la cara, agarré algunas cosas, las puse en ese bolso, dejé una nota y las llaves sobre la mesa, y salí dando un portazo. No voy a volver. Aunque ellos quisieran hablar conmigo, y creo que no van a querer, no hay nada que me haga retornar. Tal vez él, sin querer, me haya dado el empujón que necesitaba para finalmente tomar las riendas de mi vida".
"¿Adónde vas? Puedes quedarte aquí", aseguro, en un impulso.
"¿En serio? Si puedo quedarme esta noche lo agradezco, mañana ya veo qué voy a hacer", me responde, inclinándose para darme un beso en la mejilla.
"No, puedes quedarte aquí conmigo por un tiempo".
"Ni hablar, no tienes que hacer eso, si puedo quedarme esta noche ya es genial".
Me levanto y voy hasta la entrada trayendo su bolso. "Por el peso, no trajiste mucha cosa", afirmo en una mezcla de broma y preocupación.
"Y no tengo cómo ir a buscar el resto", responde, "Dejé la llave allá, y realmente no quiero volver a dar de cara con mi madre".
"No te preocupes con eso ahora, después pensamos en una solución". No sé por qué, pero siento la situación como si fuera mía, hablo en plural porque me siento parte, si no del problema, al menos de la solución. Cada vez más creo que el tiempo no tiene nada que ver con la amistad, conozco a Jennifer hace media docena de días, y me gusta como si nos conociéramos hace años.
"Tienes la computadora, los textos de los alumnos, ¿cierto?", indago, haciendo una lista mental de lo que le puede ser más esencial.
"Sí, fue lo que traje, eso, cargadores, dos libros, el cepillo de dientes y algo de ropa. No sé si ya te diste cuenta, pero no voy a conseguir ponerme la tuya, realmente tengo que ir al gimnasio". Ahora así, suelta una carcajada sentida, mientras se pone la mano sobre la barriga.
"Hablando de eso, ¿qué tal una bola de helado?", la pregunta la hago cuando ya voy camino a la cocina.

"Me estás provocando, sabes que no puedo resistir", hace pucheros, se levanta del sofá, y corre detrás de mí. No dejo de notar que, cuando se levanta, hace un gesto de dolor y se lleva la mano al hombro.
Le sirvo un tazón de helado y veo que toma un comprimido, antes de empezar a comer. Tengo que estar atenta, puede no ser nada, pero también puede ser, pienso para mí misma.
"¿Y tu cuñada, hablaste con ella?"
"Me llamó varias veces, pero no atendí. No sé qué decir. Por un lado, quería contarle, por otro..., ella está embarazada."

Capítulo 13

La fiesta

Valerie

16 de noviembre

La fiesta de los cincuenta años de Luiz es en un espacio nuevo que abrió en el centro. Como siempre, él pasó de 'no quiero hacer fiesta ninguna' a más de cien invitados. La sala está cerrada para nosotros, y decorada fielmente al estilo de los años ochenta. Luiz parece un adolescente, saltando de un lado a otro. Llegué temprano para poder ayudar, pero ahora ya no hay nada más que hacer, sólo puedo sentarme e intentar disfrutar.

Después de la resaca y de la vergüenza del otro día, me prometí a mí misma no beber, pero esta noche voy a tener que abrir una excepción, reflexiono, acercándome a la barra y pidiendo un gin, "Mucha agua tónica y poco alcohol", le digo a la joven que hace girar la botella, pasándola hábilmente de una mano a la otra.

Me siento en una de las mesas que fueron dispuestas en filas ordenadas a un lado de la sala, y me quedo observando a las personas que ya están bailando en la pista. Los amigos de Luiz ocupan mucho espacio, el contraste es inmenso, una mezcla de lentejuelas, pantalones de cuero pegados al cuerpo, pechos musculosos con pelos a la vista, versus otros tantos de pantalones planchados y camisas blancas.

¡¿Martha?! Frunzo el ceño, e intento fijar la mirada, es ella misma. Aunque esté oscuro, y la persona aún esté lejos, nunca dejaría de reconocerla. No esperaba encontrarla aquí. No recuerdo que Luiz siquiera hable con ella.

Mostrando que ya me vio, ella se acerca y se sienta en la silla a mi lado, posando en la mesa un vaso que deduzco sea de whiskey.

"Salió bien el cumpleaños de tu hijo", ironizo.

"Ya supe que esa noche también fuiste a celebrar", devuelve, sin perder la pose.

No sé cómo, ni qué es lo que ella sabe, pero me abstengo de cualquier comentario.

"No voy a poder quedarme, estoy de guardia. Ice tea con hielo", ríe agitando el vaso en mi dirección. "Cuando Luiz me invitó la semana pasada ya no conseguía cambiar, pero imaginé que estarías por aquí y no resistí verte", afirma pasando discretamente la mano por mi muslo. "Me gustan esos pantalones, ¿son nuevos?"

De hecho, pero ella no tiene cómo saberlo, medito, son exactamente iguales a otros dos que ya tengo hace algún tiempo. "Lo son, tengo algunas cosas más nuevas que tal vez quieras probar, pero si estás de guardia, tendrá que quedar para otro día".

"Deja de provocarme", dice bajito pasando la lengua por el labio inferior, en un movimiento tan lento como provocador.

Durante algunos minutos nos quedamos aquí conversando, un flirteo discreto, un toque más íntimo, nada que alguien pueda ver. Cuando se levanta para irse, y me da un beso, Martha gira ligeramente la cabeza, lo suficiente para un roce de labios. Su perfume es inconfundible y lo bastante para hacer que mi cuerpo se estremezca.

No se cruzaron meramente por casualidad, reflexiono, cuando instantes después de que Martha salga, oigo la voz de Isabella. Llega acompañada de Jennifer y de Fred, ya no lo veía hace mucho tiempo, en estos últimos meses, yo raramente voy al consultorio.

"¡Val!", dice Isabella no acercándose, creo que para evitar tener que decidir cómo saludarme. Al contrario, Jennifer sonríe y me da dos besos.

"No esperaba verte aquí", declaro sin contenerme, mirándola. ¿Es impresión mía o tiene puesto

un abrigo de Isabella?
Dándose cuenta de mi mirada, ella se apresura a aclarar "Es justo lo que estás pensando, Isabella me prestó este abrigo. Afortunadamente está de moda usar ropa holgada, es lo que me salva".
Cada vez entiendo menos, ¿qué está haciendo Jennifer aquí? ¿Vino con Isabella? Y, ¿por qué tiene un abrigo de ella puesto?
Es inevitable que el asunto se centre en el hecho de que Jennifer está viviendo en el apartamento de Isabella. Poco a poco ella se pone más cómoda, tal vez fruto de lo gin que va bebiendo, y se empeña en contarnos detalles sobre la conversación con su hermano y la discusión con su madre. Tal vez la familia sea la justificación para que ella misma sea como es, reflexiono.
Aprovechando la ida de Jennifer hasta la barra, Isabella me mira directamente, "Val, creo que Jennifer necesita tu ayuda".
Admirada con la afirmación, no dejo pasar el momento para ser irónica: "¿Qué quieres decir con eso, quieres que la acoja en mi casa?" Así que profiero estas palabras me doy cuenta de cuán agresivas son, pero ya está dicho, no las puedo retirar, y en realidad si me preguntan no puedo decir que me guste la circunstancia de que Jennifer esté durmiendo en la casa de Isabella.
No haciendo caso de lo que acabo de decir, Isabella prosigue, "Jennifer está orientando a una alumna que está escribiendo un libro. Por lo que me contó el libro es sobre la historia de varios personajes lésbicos".
Interrumpiendo a Isabella, Jennifer, que mientras tanto retornó a la mesa con un gin más en la mano, toma ella misma la palabra, "Nunca voy a entender por qué Theodora piensa que yo soy la persona correcta para ayudarla. Ella está escribiendo una historia ambientada en los años cincuenta, cuenta la intimidad de algunas mujeres, yo aún sólo vi algunos capítulos, pero..."
"Pero, no sabes qué esperar. No sabes dónde comienza la ficción y termina la realidad", es mi turno de no dejarla terminar.
"¿Ves, por eso me acordé de ti!", afirma Isabella, en un tono que no me permite descifrar si está o no siendo irónica. "¿Quién mejor que tú, para mostrarle a Jennifer el mundo lésbico de esta ciudad?"
"¿En serio, quieres que dé clases sobre mujeres lesbianas?", suelto una sonora carcajada y Fred, hasta entonces callado, se ríe conmigo.
"Yo no puedo ayudar mucho", comenta él sin dejar de reír. "Voy a circular y las dejo a gusto", prosigue alejándose, aún a carcajadas.
"Si estás en la casa de Isabella, tal vez ella te pueda dar algunas explicaciones particulares".
"Para con eso Val, no tiene gracia. El asunto es serio, ¿vas o no a dar una ayuda?" Claramente, a Isabella no le gustó mi provocación.
"Estás equivocada, el asunto tiene gracia, tiene mucha gracia", comento volviendo a reír, aún no dispuesta a abdicar de mi posición. "Pero, si crees que yo puedo ayudar, cuenten conmigo. ¿Pensaste en alguna cosa en concreto?"
"Llévala a salir contigo una de estas noches. Intenta no beber hasta vomitar". Isabella se enojó y no lo esconde.
Fingiendo que no entiendo, dirijo la mirada y la pregunta a Jennifer: "¿Qué sabes sobre el libro, puedo verlo?"
Ella se acerca antes de responder, como si necesitara estar más cerca para hacerse oír: "Puedo darte las páginas que Theodora me dio. Cuando me envíe las otras que dijo que ya escribió yo te las hago llegar. Empezamos hace poco tiempo, primero pensé que era un libro autobiográfico, pero, esta semana cuando conversamos, ella me explicó que se estaba basando en una historia de su abuela. No sé si es exactamente así, pero por lo que escribió y por lo que me dijo, el texto es

sobre algunas mujeres influyentes que, en los años cincuenta, estaban unidas por una especie de club, un espacio seguro. No sé si te estoy dando todos los detalles, pero es lo que consigo decir así de memoria".
"Un grupo de mujeres lesbianas en la década del 50, ¿y tú crees que está basado en hechos verídicos?" Es mi turno de enderezarme en el sofá y acercarme.
"Eso, creo que es exactamente eso."
"Sólo puede estar basado en la 'Sphere'".
"¿Qué?", interviene Isabella que se había remitido al silencio, dejando a Jennifer hacer los gastos de la conversación.
"La 'Sphere', ¿te acuerdas de Analise?"
"Claro, tu amiga de Berlín".
Pienso para mí misma, que Analise es mucho más que 'mi amiga de Berlín', pero, por ahora, eso no es relevante.
Isabella hace chasquear la lengua, como quien se acordó de algo, y sin darme tiempo para continuar lo que iba a decir, se voltea en mi dirección: "Hablando de amigas, ¿no viste a Martha Jones?"
Me siento sonrojar de la cabeza a los pies, pero con esta luz espero que ella no se dé cuenta.
"¿Quién?"
"Martha, la de radiología, trabaja allá en tu hospital y fue mi compañera de curso".
"Claro, Martha, digo pensando que es mejor fingir que me acordé de que querer hacer parecer que no la conozco. Debe ser amiga de Luiz, no la vi".
"Se cruzó con nosotros cuando llegamos, iba con prisa, estaba de guardia".
Ya basta de hablar de Martha pienso, intentando encontrar un pretexto para cambiar de tema. Acabo por no necesitar hacer nada, ya que Jennifer retoma la conversación anterior.
"¿Cómo sabes lo que es la 'Sphere'? ¿Eso existe realmente? Pensé que podía ser una divagación de Theodora, una adaptación libre de alguna cosa que su abuela le pudiera haber contado".
Interrumpiendo la conversación, que por una razón u otra parece condenada a no fluir, Fred vuelve a la mesa.
"Creo que me voy yendo".
"¿Por qué?", pregunta Isabella agarrándole la mano, "Es temprano".
"Ya no sé qué hacer en sitios como este, la falta de práctica es fatal. No es que alguna vez haya sido profesional de este tipo de fiestas, pero ahora, ahora me siento más desplazado que en un baile de graduación", declara sin perder el sentido del humor.
"No te vayas. Déjame encontrar a Luiz,", afirmo levantándome, "Estoy segura de que él te presenta a algunos amigos chéveres, te va a gustar conocerlo".
Minutos después, dejo a Fred entregado a los cuidados de Luiz. Antes de volver a la mesa, me acerco a él lo suficiente para tener la seguridad de que nadie más me va a oír, y murmuro: "Por lo que sé, tuvo un desengaño amoroso, cuidado con él", cuando me alejo Luiz me guiña el ojo mostrando que comprendió el mensaje.
"¡Estoy de vuelta!", declaro como si fuera necesario, obligando a interrumpir lo que sea que ellas estuvieran diciendo. "Voy a buscar más bebidas, ¿qué les puedo traer a ustedes?"
Cuando, de regreso, me siento, extendiendo un vaso de vino a Isabella y un gin a Jennifer, noto que ella aprovecha para tomar un comprimido.
"¿Estás con dolores?"
"Tienes que tratar eso, no puedes quedarte tomando comprimidos para siempre, si tienes dolores puedes intentar otras alternativas. Podrías intentar la meditación, estoy harta de decírtelo",

interviene prontamente Isabella, antes de que Jennifer responda.
"Odio los comprimidos, pero vuestro colega allá en el hospital insistió en que los usara por lo menos durante estos primeros días. Creo que no estoy lista para meditar..."
No permitiendo que ella complete el razonamiento, intervengo, este es un tema que motivó profundas discusiones entre Isabella y yo, hasta que ella dio el asunto por perdido y dejó de intentar. "No eres sólo tú que no estás lista. Yo intenté decenas de veces y nunca conseguí. Sólo pensar en cerrar los ojos y vaciar la mente, me da ganas de sacudir el cuerpo y gritar bien alto. No sé, es alguna cosa dentro de mí, hasta me parece interesante el concepto, pero no consigo. ¿Puede haber una especie de intolerancia a la meditación? Debería ser estudiado".
Isabella me lanza una mirada fulminante, "Tú eres quien debería ser estudiada, tal vez se descubriría por qué tienes tantas intolerancias".
Ésta me la merecía. La extraño, pienso fijando por momentos su mirada. Podría jurar que ella también me estaba mirando.
"¿Quieres bailar?", pregunto de la nada, poniéndome de pie y estirando la mano en su dirección.
La música cambió y ahora suena una balada. Yo sé que ella no va a rechazar, adora bailar. Caminamos lentamente hasta la pista, pongo las manos alrededor de su cintura y nos vamos moviendo suavemente al ritmo de la melodía. Siento a Isabella tensa, y le agarro un brazo y después el otro, colocándolos alrededor de mi cuello. El movimiento siguiente es espontáneo, y ella deja la cabeza posarse en mi hombro.
Las canciones se suceden y nosotras vamos bailando, sentir su cuerpo pegado al mío, su aroma con un toque de vainilla no hace más que aumentar mi nostalgia. Es imposible que ella no sienta lo mismo, pero ¿cómo puedo saber? Los sentimientos no piden palabras, porque las palabras no son suficientes para abarcarlos. La verdad de los sentimientos es indescifrable, y por más que intente encontrar pistas que me muestren que estoy en lo cierto, de que Isabella sigue enamorada de mí, nada nunca podrá darme la verdad absoluta de ese sentir.
Dejo deslizar las manos por el vestido, deteniéndome en la curva al final de su espalda. Acompañando mi movimiento, ella hace lo mismo, y desliza sus manos hasta mis pantalones, el tacto del cuero siempre le ha gustado. Poco a poco, nos vamos moviendo cada vez menos, hasta que el baile es apenas la oscilación tenue de dos cuerpos unidos. Inevitablemente, la secuencia musical llega a su fin, pero antes de que ella tenga tiempo de alejarse, la atraigo hacia mí y la beso. Isabella apoya sus labios en los míos, y con un ímpetu que me sorprende, desliza su lengua al interior de mi boca, jugando con la mía. Lame, mordisquea y vuelve a besarme, besos llenos de emoción y, sin duda, repletos de deseo. Me agarra con más fuerza, el calor de su cuerpo en el mío, el susurro de su voz en mi oído, murmurando palabras que no distingo, es casi demasiado. Siento que las rodillas me flaquean, la respiración se acelera y me aferro a ella con más fuerza.
Ella emite un gemido, pero enseguida se aleja, empujándome suavemente hacia atrás con la mano: "No podemos."
"Claro que podemos", afirmo llena de certeza.
"Yo no quiero", declara, quitándome cualquier posibilidad de respuesta.

Capítulo 14

Eso no es literatura

Jennifer

22 novembro

Ocho de la mañana, una clase más. Durante los últimos días no volví a hablar con Theodora y ella acabó por no enviarme el resto de los textos que dijo que ya había escrito. Una pena, estaba curiosa por saber qué detalles omitió, qué se autocensuró.
La clase de la semana pasada fue tranquila, leímos algunos extractos de autores clásicos, hicimos analogías y ejercicios cortos, nada digno de mención, pero anticipo que hoy será diferente. Tienen que entregar otro texto, una historia contada en primera persona y cuya acción transcurra íntegramente en el espacio de una hora.
Con el paso de las semanas se acostumbraron a cumplir el horario, y al cabo de diez minutos estamos listos para empezar.
Esta vez no pido voluntarios y elegimos por sorteo quién va a leer su texto. Llevándome a creer que las coincidencias existen, el primer nombre en ser sorteado de un conjunto de papeles doblados, con los nombres de todos los alumnos de la clase, es el de Theodora.
La miro, confirmando con un gesto si está lista para leer, por su expresión percibo que no está muy tranquila, pero asiente confirmando que va a continuar. Ella lee el texto, y los colegas escuchan en completo silencio, para luego atropellarse en críticas y elogios.
"Eso no es literatura", dice una de las colegas, sin ocultar su desagrado.
"¿Por qué? ¿Quién define los límites?", cuestiona de inmediato otro alumno.
"No hay historia, no hay un arco narrativo. Hay..., hay...", afirma la colega sin concluir.
"Hay escenas de sexo", se escucha desde el otro lado del salón.
"Y el sexo no forma parte de la literatura, vaya novedad."
"Forma parte, pero si es sólo eso, entonces no es literatura, es otra cosa. Tal vez el límite está en definir si el sexo surge porque encaja en la historia que estamos contando, o si es la historia la que encaja en el sexo para que pueda ser relatado."
Escribo en mi cuaderno el nombre del chico que acaba de hablar, es una reflexión digna de mención. Dejo que la discusión se prolongue por algunos minutos más, sin que ni yo, ni Theodora, intervengamos. Pero me siento aliviada cuando llega la hora del receso. En la segunda parte es otro alumno quien lee, un momento de guerra, un tema muchísimo menos polémico.

**

Ayer, al final de la clase, acordamos encontrarnos hoy aquí, para hacer un balance de la situación y crear un plan de trabajo. En cuanto la escuché empezar a leer, ayer, percibí que aún no me había enviado más textos porque los iba a entregar como trabajo práctico del curso. Lo que, ni ella ni yo, podíamos anticipar es que sería ella la seleccionada para leer. Por un lado, fue bueno. Es muy útil percibir el impacto que los textos tienen en quien los lee, en este caso en quien los escucha. Aquello que los colegas dijeron puede ser incorporado para mejorar la historia. Esa es una de las cosas que quiero hablar con ella hoy, pienso, tomando nota de este punto más en mi lista de asuntos. Tengo que estar segura de que ella entiende la importancia de saber escuchar e incorporar la crítica, incluso cuando ésta parece destructiva.
Sentada en la terraza del café del Jardín Botánico, que elegimos nuestra sala de trabajo, voy registrando mis pensamientos en una hoja del cuaderno. Cuando escribo 'importancia de ser resistente ', me detengo con el bolígrafo en la mano, acordándome de la última vez que hablé

sobre mi libro con John. La realidad, es que sus palabras causaron daños, creo incluso que daños irreparables. Nunca más logré volver a escribir sin que me vinieran a la cabeza aquellas palabras duras: "Estás escribiendo por la voz de otros. No es más que un conjunto de adaptaciones de personajes de otros libros. No veo originalidad, deberías parar y pensar cuál es tu voz, quiénes son tus personajes, y qué es lo que realmente quieres contar en esa novela."
Theodora llega ligeramente retrasada, disculpándose con el tráfico. Sin detenerse en conversaciones circunstanciales, va directo al asunto: "Me gustaría que hubieses leído el texto en otro contexto."
Hago uso de inmediato de las notas que escribí hace minutos, como si adivinase que ella estaba insegura. Durante casi media hora voy intentando moralizarla, haciendo uso de mi experiencia personal, y contándole parte de lo que John me dijo a lo largo de los años.
Después de ir a buscar nuestras dos copas de helado, Theodora toma las riendas de la conversación, hasta aquí dominada casi exclusivamente por mí. "Me gustaría ver lo que estás escribiendo", afirma, mirándome a los ojos.
"¿El libro?"
"Sí. No importa si tienes mucha cosa, me gustaría leer."
Hace mucho, mucho tiempo que no le muestro el texto a nadie, ni siquiera a John. Reviso mentalmente las páginas que están escritas, "No vale", declaro.
"¿Por qué?"
Curiosa la pregunta, no intenta convencerme de que estoy equivocada, o de que, seguro, es genial, acepta mi premisa de que el libro no vale.
"Si quieres que te diga, ni yo lo entiendo. En mi cabeza hay una historia, pero no logro pasarla al papel, no avanza. Por más que me irrite decirlo, John tiene razón en una cosa, los personajes no son lo suficientemente originales."
"Me gustaría leer. Prometo que seré honesta, si creo que es una porquería, te lo digo, pero no puedes estar aquí media hora convenciéndome de que las críticas son el trampolín para la excelencia, y luego ser tú quien evita que yo te pueda dar mi opinión.
A falta de más argumentos, accedo a enviarle los pedazos del texto que ya escribí y volvemos a enfocarnos en su libro.
"Hablaste mucho, sobre muchos temas, hasta importantes lo sé, pero aún no dijiste nada sobre lo que pensaste del texto que leí en clase."
"Demasiado crudo", digo sin dudar, siendo yo misma un tanto ruda.
"El deseo es crudo, el placer es crudo."
"Tal vez tengas razón, pero cuando lo pasamos a las páginas de una novela, gran parte del arte es transformar el placer en magnetismo, el sexo en seducción. Puedes decirlo todo, o dejar que se adivine parte, manteniendo un juego de sombras y luz."
"Me gusta la idea", confirma vehementemente Theodora, tecleando apresuradamente en su computadora.

*

Cuando llego a la casa de Isabella, Udon viene a recibirme a la puerta. Ella sólo debe volver a la hora de la cena. Miro el reloj, tengo tres horas enteras por mi cuenta. Opto por tomar un baño, antes de sentarme a trabajar. Sin nada de lo que eran mis cosas, uso el champú y el gel de Isabella, esparciendo un agradable aroma a mentol por el baño. Salgo envuelta sólo en la toalla, y vengo hasta la sala, mi nuevo cuarto improvisado, aprovechando el privilegio de tener la casa sólo para mí.
Más despierta, y de buen humor, instalo la computadora en la mesa de la cocina, esparzo mis

cuadernos, me sirvo un jugo de naranja, y vuelvo a leer el texto de Theodora. Tal vez yo no haya sido completamente honesta con ella, no estoy segura de que le habría dicho lo mismo si los personajes fueran un hombre y una mujer, la realidad es que todo es muy nuevo para mí. Leo y releo algunos pasajes, no sé si lo que ella describe es realmente así, o si es fruto de su imaginación. Sé que la historia sólo va a funcionar si quien la lee se puede identificar, si quien la lee la reconoce como suya, y definitivamente yo soy la peor persona para poder evaluar eso.
Decido dejar el texto de Theodora de lado, tal vez Isabella me pueda dar una opinión cuando llegue. Abro el archivo de mi libro y releo las últimas páginas. Sólo uno de los personajes es creíble, todos los otros son demasiado banales, demasiado parecidos a alguien que ya conocemos. Decido partir hacia una hoja en blanco y colocar como objetivo escribir tres páginas con este personaje como eje central, tres páginas de una historia suelta.
Udon se instala a mis pies, y para mi sorpresa las palabras van llenando la hoja en la pantalla, que poco a poco se vuelve menos vacía. El esfuerzo inicial, desapareció, y escribo a buen ritmo sin darme cuenta del tiempo. Termino exactamente en el momento en que escucho a Isabella girar la llave en la cerradura.

Pedimos la cena en un servicio de comida a domicilio, y mientras comemos, juntas, le leo a Isabella algunos pasajes del texto de Theodora.
"¿Qué te parece?"
"Seductor", responde pestañeando los ojos. "Erótico."
"No sé, tengo tantas dudas. ¿Crees que es...?"
"¿Realista?"
"Sí, realista. No sé, hay partes donde me parece que hay demasiada conversación, demasiadas palabras, los personajes son muy lentos, muy enredados, y luego, de repente se vuelven directos, rápidos y hasta demasiado..."
"¿Hasta demasiado qué?", pregunta Isabella, con su sonrisa irónica que aprendí a reconocer.
"Demasiado directo, demasiado crudo."
"Hiciste una excelente descripción sobre relaciones entre mujeres lesbianas. ¡Deberías pensar en escribir sobre eso!", exclama con una carcajada. "Hablan, conversan, y vuelven a discutir por décima vez el mismo asunto, y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, actúan, seducen y se dejan seducir, acabando en la cama, o quién sabe viviendo en la casa de la novia. Escucha lo que te digo, es un excelente retrato de la realidad."
Tocan otra vez a la puerta, "¿Estamos esperando a alguien más? ¿Pediste más comida?", pregunto, dándome cuenta de que no estoy en mi casa, y no debería haber hecho la pregunta así.
"Disculpa..."
Sin dejarme terminar, Isabella se levanta y abre la puerta, dejando entrar a Valerie.
A pesar de que, esta vez, yo no digo nada, estoy segura de que mi cara no disimula la sorpresa.
"¿Vamos?", interroga Valerie mirándome.
"¿Vamos a dónde?", no estoy entendiendo nada. ¿Será que combiné alguna cosa de la que me olvidé?
"¿No le avisaste?", esta vez la pregunta de Valerie se dirige a Isabella.
"No tuve tiempo. Estábamos cenando, luego Jenny me habló de Theodora y de sus textos, me quedé pensando en las relaciones lesbianas que conozco, y en medio de todo, me olvidé de avisarle que tú venías a recogerla."
No me pasa desapercibida la mirada de Valerie hacia Isabella cuando ésta me trata por Jenny. En realidad, fui yo quien le pidió, hace dos o tres días, Jennifer es demasiado solemne, demasiado profesional.

"No hay problema, yo saldré de todos modos, por lo que estás a gusto Jennifer, si quieres venir genial, si no combinamos otro día." Valerie deja bien claro que aún no se siente cómoda para un trato menos formal, acentuando la tónica cuando profiere mi nombre.
Giro la cabeza en su dirección, con el cabello cuidadosamente despeinado por el gel, viste pantalones de cuero, una camisa negra y tiene en el brazo la chaqueta de siempre, pero por alguna razón que no logro identificar, está diferente de cuando la vi en otras ocasiones.
No puedo dejar de aprovechar esta oportunidad, medito, es una visita de estudio, un proyecto de trabajo. Si quiero tener la noción del realismo de los textos de Theodora, tengo que conocer a más mujeres lesbianas, no puedo partir de la idea de que todas son iguales a Isabella, hasta porque las mujeres de la historia de Theodora no podrían ser más diferentes.

*

Entramos en un bar, que Valerie describe como siendo uno de sus favoritos cuando salía todas las noches. Es un sitio simple y discreto, con mesas y sofás dispuestos a lo largo de una sala amplia. Al fondo, alguien toca en un piano, dando a la sala una atmósfera intimista extraordinariamente agradable. Nos sentamos en una de las mesas vacías. Claro que la empleada conoce a Valerie, y antes de traernos las bebidas se queda conversando, enumerando nombres que no conozco, pero que hacen sonreír a Valerie. Cuando ella se aleja, Valerie me mira y suspira: "La conozco hace muchos años, pasamos noches y noches aquí, la vi llorar cuando terminó con la novia con la que estaba desde la adolescencia, y la vi festejar cuando se volvió a enamorar, aunque haya durado poco", concluye riendo.
"¿Estuviste con ella?", cuestiono un poco aprensiva. A pesar de que el bar es aparentemente igual a todos los otros, esta noche todo me parece desconocido, me siento perdida. Parezco una niña, que quiere saber todo, pero que no sabe cómo comportarse o qué decir.
Valerie, que aún no paró de reír, suelta una carcajada estridente. "¿Qué es lo que quieres preguntar?"
"Tú sabes", respondo, sintiéndome sonrojar.
"Crees que las mujeres lesbianas andan por ahí, todas unas con las otras, ¿no?"
La pregunta me deja sin respuesta, de hecho, es exactamente lo que se me ocurre.
Imagino que ella no sea siempre así, incluso porque ya vi otro lado de Valerie, pero hoy ella parece concentrada en educarme sobre este tema.
"Las mujeres lesbianas son iguales a las otras mujeres, hay de todo, quien tiene docenas de relaciones, y quien tenga un amor para toda la vida."
Por detrás de su espalda, se aproximan a nosotras dos mujeres, que sonríen y me hacen señal para no delatarlas. Surgen, una de cada lado de Valerie, y gritan '¡Hola!' mismo junto a sus oídos, haciéndola literalmente saltar del sofá.
Sin ceremonias, se sientan con nosotras. "Hace mucho tiempo que no nos dabas el honor de tu presencia, Val."
"Vamos, no ha sido tanto tiempo, Jane."
"Si dos años no es mucho tiempo..., ¿qué pasó? Estás más delgada, no me digas que te separaste de Isabella, ¿fue ella quien te cambió, o tú quien dejaste la pose de mujer fiel y hiciste honor a tu fama?"
La mujer que está con Jane le da un golpe en el brazo, en un gesto de desaprobación, "Estás siendo inconveniente, amor. Deja a Val tranquila", dice frunciendo el ceño.
Son una pareja de más de cincuenta años, pero eso no les impide darse un beso cuando Jane hace pucheros, como si hubiera sido reprendida.
"Está bien, disculpa, no pude resistirme. Es extraño no verte por aquí, creo que en el fondo te

echo de menos." Jane me mira, como si solo en este momento se hubiera percatado de mi presencia, y luego vuelve a girar la cabeza hacia Valerie, "¿Nuevos amores?"
Antes de que ella tenga capacidad de reaccionar, intervengo: "Nada de eso, somos amigas."
"No te ofendas, Val ha cambiado, pero aun así no es para desaprovechar. En otros tiempos ser 'su nuevo amor' era uno de los grandes elogios que se podía hacer a alguien en este bar", dice Jane riendo, contagiando a su mujer y a la propia Valerie.
Con la llegada de otra ronda de bebidas, la conversación cambia de tema y recae sobre el trabajo, por lo que entiendo, ambas son médicas, cirujanas. Hablan de los hospitales, de casos complicados, y chismorrean sobre los colegas. Una conversación que podría ocurrir en cualquier lugar, en cualquier grupo de amigas. Poco a poco dejo de pensar en lo que vine a hacer aquí y tomo parte activa en el diálogo. Poco después soy yo el centro de atención. Jane no oculta su entusiasmo cuando descubre que doy clases de escritura.
"¿No tienen cursos para aficionados? Me encantaría hacer uno."
"¿Escribes?", pregunto sorprendida, aunque no tengo por qué encontrarlo extraño.
Al mismo tiempo que su mujer y Valerie dicen "Sí", Jane responde "No", lo que provoca una carcajada general.
"Entiendo", digo riendo. "En verano siempre hay talleres, podrías probar, cuando salgan los temas te los envío. El año pasado hubo uno especial sobre cómo escribir letras para canciones, fue fantástico, reunió a varios músicos conocidos, y el último día dieron un concierto improvisado."
Intercambiamos contactos, y estoy segura de que ella se inscribirá.
"¿Y tú, no escribes?", pregunta, de repente, la mujer de Jane mirándome fijamente.
Voy a responder que no, cuando encuentro la mirada de Valerie. Por su expresión entiendo que no me queda alternativa sino revelar la verdad. En pocas palabras explico el proyecto de Theodora, y mi necesidad de conocer más sobre un universo que no domino.
"¿Ya has estado enamorada?" Es Jane quien hace la pregunta y parece hablar muy en serio.
"Sí."
"Entonces no hay nada en este 'universo' que no conozcas", me responde, dando un beso en los labios a su mujer, que corresponde, atrayéndola hacia sí en un abrazo.
Nos despedimos ya de madrugada.

Capítulo 15

"¿Por qué ahora?

Isabella

23 novembro

Ayer no escuché a Jennifer llegar y hoy cuando desperté ella ya no estaba en casa. Espero que la noche haya ido bien. Val me dejó un mensaje de madrugada, una bonita declaración de amor, diciendo cuánto me extraña, yo también la extraño, pero eso no cambia la necesidad de estar separadas.
Pospuse por semanas el encuentro con Amy, pero hoy no hay nada que hacer, después de todo, es mejor encontrarla de forma programada, que dejar que aparezca por sorpresa, confieso que después de casi dos años, no esperaba que me buscara.
Cuando, sentada en mi escritorio, escucho un golpe seco en la puerta del consultorio, mi corazón se dispara: "Puedes entrar."
Amy cruza la puerta y avanza hacia mí. No ha cambiado nada, la misma pose, la misma seguridad, y el mismo perfume. Me da dos besos en la mejilla y se sienta, en el mismo sofá donde se sentó cuando estuvo aquí el otro día, en el mismo sofá donde siempre se sentó durante todas nuestras consultas.
No le doy oportunidad de ser la primera en hablar, me siento en el sofá al lado del de ella, en el que es mi sofá de siempre, e incluso antes de cruzar la pierna profiero: "¿Por qué ahora? ¿Qué es lo que pasó?"
"Deberías preguntar qué es lo que no pasó."
El paso del tiempo no cambió nada, Amy es exactamente la misma persona que se sentaba en este mismo sofá, oírla es como hacer un viaje en el tiempo. Representando el papel que sé que es el mío, cuestiono, "¿Y qué es lo que no pasó?"
"Escucha Isabella, comenzábamos nuestra historia de una forma poco original, una psiquiatra que busca ayuda de otra psiquiatra. Es común, todas tenemos que tener a alguien, es una profesión demasiado pesada para seguirla sola."
"Tú no viniste a buscarme por cuestiones de trabajo, de lo que recuerdo", hago una pausa pensando cómo me acuerdo de cada momento, de cada detalle, "...no necesitabas ayuda para lidiar con los casos clínicos de tus pacientes."
"No, es verdad, sabes que no. El caso era yo. Cuando entré por esta puerta por primera vez y me senté en este sofá, no podía imaginar." Amy me mira, no sonríe, pero la curva de los labios es suave, su expresión dice aquello que las palabras no traducen.
"Ni yo. Nunca, en tantos años, me había pasado nada parecido, y estoy segura de que no volverá a pasar."
No es fácil estar aquí sentada hablando con ella, todo lo que sentía en aquel momento vuelve a hacerse presente como si siempre hubiera estado aquí, solo guardado esperando el momento exacto.
"¿Crees que habría sido diferente si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias?"
Amy vino a buscarme diciendo que estaba en la ciudad hace poco tiempo, había ocupado una de las vacantes de psiquiatría del hospital, y necesitaba una colega para hacer su propia psicoterapia. Nada extraordinario, nada nuevo para mí. Durante las primeras semanas eso fue lo que dominó nuestras sesiones, casos clínicos, adaptación a un nuevo contexto, ansiedades e insomnios, a los que no di importancia. Hasta el día en que, bañada en lágrimas, me contó que la razón por la que había cambiado de ciudad era porque su compañera de muchos años se había suicidado. Tenía

una depresión, y por más que intentaran todo tipo de abordaje, nada funcionó. Amy perdió muchas cosas en una sola, perdió el amor, la compañera de todos los días, y con ella la autoestima y la confianza en sí misma. Después de darle espacio para hablar, entendí que en realidad no había vuelto a dar consulta, estaba trabajando en el hospital solo medio turno, dando apoyo al equipo de urgencias.
"No lo sé, Amy, esa es la respuesta que nunca vamos a tener. Tú eras mi paciente, y no podía pasar nada entre nosotras." Incluso antes de que ella abra la boca para contestar, sé cuán hipócrita es mi afirmación.
"Pero pasó. Puedes haber evitado las acciones, algunas al menos, pero no pudiste evitar los sentimientos..., ni yo." Ella se levanta del sofá y camina por el consultorio hasta la ventana, es una mujer elegante, sobria en su sentido estético refinado. Como es su costumbre viste en tonos tierra, llevando una falda larga, abierta a un lado, dejando ver gran parte de la pierna, del tobillo hasta el muslo, cuando se mueve.
Sé que no está esperando que sea yo quien hable, y por eso mantengo el silencio hasta que ella recomienza: "Estoy mejor, retomé la actividad a tiempo completo, abrí mi consulta, e incluso me mudé de casa. Tal vez esa sea la respuesta a tu pregunta. '¿Por qué ahora?' Ahora, porque ahora me siento capaz de hacer esto."
"Me alegra que estés bien..."
"Puedes parar. Hoy no eres mi psiquiatra, hoy yo no soy la paciente por quien sentiste lo que no querías haber sentido. Si me dices que olvidaste, que no volviste a pensar en mí, y que nada de esto tiene ningún significado, yo me voy, y no volveré a buscarte, pero vas a tener que mirarme a los ojos y decir cada palabra."
Ella vuelve a sentarse y cruza la pierna, al mismo tiempo desvío la mirada hacia la falda que sube con el movimiento, hacia el muslo que queda expuesto, y acto seguido hacia sus ojos. No serían necesarias palabras, pues estoy segura de que mi rostro me traiciona, es obvio que ella no me es indiferente, es obvio que no olvidé.
Después de la revelación de Amy, pasamos a hacer psicoterapia todas las semanas, y yo pasé a esperar ansiosamente cada una de las sesiones. Al principio ella hablaba sobre su vida y cuán difícil era aceptar la pérdida, cuánta culpa cargaba por haber sido incapaz de hacer la diferencia. Poco a poco nuestras sesiones se transformaron en conversaciones, ella hablaba, yo respondía, ella exponía su lado más íntimo y yo..., yo me dejé involucrar. No hacía preguntas por creer para darle espacio para hablar, sino porque quería saber más. Como una mujer extraordinariamente inteligente que es, Amy se dio cuenta, pero ni por eso cambió su forma de estar.
"No te puedo decir que olvidé, y menos aún que no tuvo significado", pronuncio finalmente, "Tú sabes que tuvo, sabes que tiene, y lo sabes mejor que nadie, porque aprendiste a conocerme. Tal vez fruto de las circunstancias, tal vez por ser buena en lo que haces, lograste conocer lo más íntimo de mí en poco tiempo y eso..."
"Eso es muy seductor, eso nos hace enamorar. Era lo que ibas a decir, ¿no?"
"Tal vez", respondo, escudándome.
Las cosas entre nosotras se volvieron demasiado intensas para poder ser contenidas. En una tarde de verano, fui yo quien, al despedirme de ella junto a la puerta, le tomé la mano entre las mías, no dejándola partir. Fue la señal, el gesto que le permitió reaccionar, retiró la mano, me tocó levemente con los dedos en el rostro y, sin desviar nunca la mirada, me besó. Cerré los ojos y me dejé besar, intentando que el momento se eternizara, que no fuera necesario volver a abrirlos y constatar que estábamos en mi consultorio.
Amy se inclina en mi dirección, y solo su aproximación es suficiente para que mi corazón vuelva

a dispararse. Pone la mano sobre mi rodilla, y antes de hablar, hace una caricia, dejándola deslizarse un poco más hacia arriba. "Tú no permitiste que pasara, me alejaste y yo dejé."
"Más o menos, es lo que quieres decir. Si bien recuerdo, me llamabas varias veces por día, mandabas mensajes, y, por tres veces, viniste hasta aquí", respondo en un tono áspero recordando tiempos difíciles.
"Dejé que no pasara", repite. "En mi imaginación, reinventé aquel día, te imaginé desnuda, inventé noches de placer, frases dichas al oído, creé un mundo de fantasía, donde el 'no puedo' fue sustituido por 'yo quiero'. Por eso sí, yo dejé que tú te alejaras, respeté la decisión e intenté convencerme de que era la correcta."
"Y lo es", intervengo, perturbada con lo que está diciendo.
"Déjame invitarte a cenar. Vamos a salir esta noche, conversamos, cenamos, como si las circunstancias fueran otras, hasta porque hoy las circunstancias son otras", la mano que estaba quieta sobre mi rodilla presiona con un poco más de fuerza, y mi cuerpo reacciona.
Cuando intento hablar, me doy cuenta de que mi respiración también ha cambiado. "Ok, voy a cenar contigo."

*

Cuando ella sale, no me siento capaz de hacer las consultas que aún tengo programadas para esta tarde, pero sé que no tengo otra opción, afortunadamente son solo dos. Cuando termino, salgo apresuradamente del consultorio, entrando en el despacho de Fred, que tiene la puerta abierta.
"¡No lo creo!", exclama estupefacto. "¿Aceptaste cenar con ella hoy?"
"Algún día tendríamos que hablar, ¿por qué no hoy? Amy ya no es mi paciente, yo estoy separada de Val, ¿por qué no?"
"No sé si estoy entendiendo el alcance de tu pregunta, ¿por qué no qué? ¿Vas a cenar con Amy porque estás separada de Val?"
"Sabes que no es eso."
"Yo no sé nada, no te pregunté nada en su momento, y no te voy a preguntar ahora." Fred se levanta y empieza a recoger sus cosas, mirando el reloj. "No te olvides que yo vi cómo te quedaste. Cómo te quedabas cada vez que ella aparecía, y ni siquiera voy a decir que imagino lo que sentías, o lo que pensabas con cada llamada telefónica, con cada mensaje, porque sé que no puedo imaginarlo. Pero no te hagas daño, estás hablando con alguien que sabe de lo que habla."
Veo lágrimas brillar en sus ojos y le doy una palmadita en el hombro antes de despedirme.

*

Cenamos en un restaurante sencillo, por lo que entiendo cerca de su nueva casa. Amy nunca deja de tener tema de conversación, y sin esfuerzo la charla fluye mientras comemos. Tanto yo como ella sabemos que hay cosas que tienen que ser dichas, pero es difícil empezar.
"No vamos a poder hablar aquí, ¿verdad?", pregunta como si leyera mis pensamientos.
"Ni siquiera sé si deberíamos hablar. Tal vez no haya nada que decir." Mi corazón late desacompasado, cuando llegué ella ya estaba sentada, es impresionante cómo solo de mirarla mis manos sudan. Me dieron ganas de dar media vuelta, huir de aquí, pero acabé quedándome.
"Vamos a tomar algo a un bar aquí cerca, son dos minutos. Ven, por favor."
Sin alternativa, accedo a su petición. Me encuentro sentada en un pequeño espacio, acogedor por el ambiente y la música. Una joven canta en un pequeño escenario improvisado, y al son de su voz cálida, algunas parejas bailan.
Sentadas lado a lado en un sofá, en una mesa de esquina, siento su cuerpo demasiado cerca del mío.

"Te echo de menos", afirma, sin moverse, ni mirarme. Tiene los ojos fijos en el vaso, que agita en la mano, haciendo que los cubitos de hielo choquen unos contra otros.
"¿Echas de menos qué?"
"Lo que nunca tuvimos."
"No puedes echar de menos lo que nunca existió."
"Puedo, porque existió dentro de mi cabeza."
No sé si ella es consciente de cuánto me excitan estas conversaciones, creo que fue lo primero que me atrajo, su capacidad de mantener un juego de preguntas y respuestas, que no dice nada y lo deja todo entre líneas.
"Solo en la cabeza", no resisto provocar.
"No." La respuesta es tan lacónica como explícita.
"Amy,", empiezo en el tono complaciente de quien va a traer la razón y el sentido común a la mesa. Sin dejarme decir nada más, ella se inclina sobre mí y me besa, un beso que quita el aliento, un beso que me impide no solo hablar, sino incluso pensar.
Cuando se aleja, vuelve a la exacta posición en la que estaba, pero yo no soy capaz de continuar lo que iba a decir. En mi cabeza giran imágenes que intenté borrar, la veo entrar en el consultorio aquella tarde, ya casi noche. Fred ya se había ido, y estábamos solas. Aquel día fui a abrir la puerta cuando ella llamó, y en el instante en que entró me abrazó, me besó, y sin necesidad de palabras se dejó caer sobre mí en el sofá donde solía sentarse. El espacio era demasiado pequeño, en menos de nada rodamos sobre la alfombra. La tuve en mi cuerpo, me entregué en sus brazos, me rendí a su boca. Recuerdo que nos quedamos un tiempo tumbadas en el suelo y, ya en la oscuridad, nos levantamos, arreglamos la ropa, y ella salió, dándome un beso de despedida, y diciendo junto a mi oído, hasta la semana que viene.
"Isabella, Isabella, ¿dónde estás? Ven, baila conmigo", me sobresalta el toque de su mano en la mía. Amy está de pie a mi lado, y me extiende la mano para que la acompañe.
Bailamos con los cuerpos pegados, porque no hay otra forma de bailar este tipo de música, como si supieran cuánto es esencial la penumbra para que pueda relajarme, las luces sobre la pista bajan, dejándonos inmunes a cualquier mirada. El calor de su cuerpo, el perfume, las manos en mi espalda, es mucho más de lo que puedo resistir y, esta vez, soy yo quien la besa, tomándola en un abrazo que se intensifica. Mis manos se deslizan, encontrando espacio para, a través de la raja de la tela de su falda, tocar la piel desnuda, ella susurra bajito en mi oído, en una mezcla insana de palabras y gemidos.
"Vamos a salir de aquí", dice de repente, agarrando con fuerza mi mano.
A paso rápido atravesamos dos manzanas, parando en la puerta de un edificio que deduzco sea el suyo.
"No puedo Amy. Lo siento, pero no puedo."
Sin darle tiempo a reaccionar corro en la dirección contraria, haciendo señas a un taxi que va pasando. A lo lejos la oigo gritar "No te vayas, Isabella."

Capítulo 16
Tómalo como una clase

Valerie

23 novembro

Terminamos el turno como de costumbre, pero hoy Luiz parece tener prisa. Sin darle tregua, avanzo: "¿Alguien que yo conozca?".
Esperaba que me mostrara otra fotografía en una de las muchas aplicaciones que tiene en el móvil, pero me sorprende: "De hecho, sí la conoces".
"¿Quién es?", pregunto entusiasmada agarrándole el brazo y haciendo que me mire.
"Invité a Fred a tomar una copa".
"¿Fred? ¿El Fred de Isabella?", pregunto sin ocultar mi asombro.
"Sí, ¿por qué te sorprendes?"
"La sorpresa no es que lo hayas invitado, sino que él haya aceptado", digo riendo.
"¿¡Tú también!? ¡No lo soporto!"
"¿De qué estás hablando?"
"Tuve que llamar a Isabella para pedirle su número, no te imaginas cuántas instrucciones me dio. Una cosa es segura, Fred tiene buenas amigas. Pero no te preocupes, sólo vamos a tomar unas copas, me gustó hablar con él en la fiesta".
"Uhm, uhm, ¡hablar!"
"Puedes parar. El hombre no parece estar preparado para nada más que una conversación y unas cervezas, mantiene una distancia prudente y corta de inmediato cualquier avance. Así que sí, vamos a salir a conversar".
"Voy a fingir que te creo", afirmo, encogiéndome de hombros y pasándome la mano por el cabello que aún está mojado.
"¿Y tú? Por favor, no me digas que vas a salir por ahí a beber otra vez. Si es necesario ir a buscarte, puedes llamarme directamente, no necesitas despertar a Isabella", las palabras son suaves pero el mensaje es duro.
"Nada de eso, hoy voy a ver a Jennifer a su universidad, tengo que continuar mi misión didáctica".
"¿Hablas en serio? Pensé que no te gustaba, que era boba y, peor aún, homofóbica".
"Todavía no lo he decidido".
"¿Qué cosa?"
"Si me gusta o no. No sé si es homofóbica, lesbiana o simplemente demasiado ingenua, pero en lo que a mí respecta, va a conocer a tantas mujeres lesbianas como quiera, ya sea para usarlas en su ficción o, quién sabe, descubrir nuevos intereses en la vida real".
Me despido de él, no sin tener que escuchar sus bromas, y me apresuro a hacer el recorrido hasta la universidad, ya llevo más de media hora de retraso.

"¿Tomamos una cerveza? Conoces el bar y uno de nuestros jardines, luego volvemos aquí a buscar las cosas y podemos ir a cenar", instaladas en la sala donde trabaja Jennifer, leemos juntas el último texto que le entregó Theodora. La chica escribe bien y, a mi parecer, sabe de lo que habla.
"El otro día te burlaste de mí porque pensaba que las mujeres lesbianas tenían mil romances, mil relaciones, y ahora crees que el texto de Theodora es muy realista. No lo entiendo, ¿no es exactamente lo que ella describe?", pregunta Jennifer, sacudiendo la cabeza, "Nunca podré

entenderlo".
"Lo entenderás perfectamente el día que te des cuenta de que no existe eso del 'mundo lésbico', '¿qué hacen las mujeres lesbianas?', es igual a todas las mujeres, e incluso similar a muchos hombres", agrego con una carcajada. "Son personas, todas diferentes entre sí, con muchos mundos y muchos universos paralelos".
"Si eso es cierto, significa que cualquier cosa puede ser real".
No respondo y, deteniéndome un momento a pensar en lo que acaba de decir, "Sí, si puedes pensarlo, si puedes hacerlo, entonces sí, creo que puede ser real. Estamos hablando de amor, de relaciones entre personas, no sé si existen límites. ¿Puedes decirme que esto es verdad, pero aquello, con seguridad, es mentira, es ficción? Yo ya he escuchado tantas historias que me parecieron ficción y, sin embargo, eran la más pura realidad".
Estamos sentadas en el bar, con dos vasos de cerveza helada, cuando veo dirigirse hacia nosotras, con una sonrisa de oreja a oreja, a una de las chicas más bonitas con las que me he cruzado en los últimos tiempos.
"¡Theodora!", profiere Jennifer, confirmando mis sospechas, "No sabía que todavía estabas aquí a esta hora".
"Tuve un seminario, terminó más tarde. ¿Puedo unirme o molesto?"
Hasta yo me quedo impresionada con su desenvoltura, es confiada sin ser arrogante o mínimamente inadecuada.
Después de que Theodora nos deje, optamos por venir a cenar a mi casa. Hago un salteado de verduras y, en menos que nada, estamos sentadas a la mesa. No dejo de notar que vi a Jennifer tomar una pastilla en el bar y ahora está haciendo lo mismo, tomo nota mental para tocar el tema en otro momento.
"¿Qué te pareció?"
"¿De verdad?", pregunto riendo, entre dos bocados.
"¡Claro!"
"Que podría dar una vueltecita con ella".
Mi respuesta hace sonrojar a Jennifer, por lo que me apresuro a decir "Estoy bromeando, es una niña. Pero es impresionante".
Jennifer ya no está siguiendo mis palabras y me sorprende: "¿Crees que las cosas entre tú e Isabella no se van a resolver?"
"No sé", digo automáticamente sin pensar, bebiendo el resto del vino que aún tenía en el vaso y volviéndolo a llenar.
"Ella te extraña".
"¿Por qué, comentó algo?"
"No, no dijo nada, pero..."
"Pero, ¿qué?"
"Anda callada. Parece preocupada. No es que la conozca tanto, pero me parece inquieta". Cambiando de tema, antes de que yo intervenga, prosigue: "Ayer hablé con ella, tengo que salir de su casa. Por más que me guste estar allí, no puedo quedarme en la casa de Isabella para siempre".
Esta vez es Jennifer quien llena mi vaso cuando lo vacío.
"¿Hablaste con tu madre?"
"No. Hablé con Theresa. Ella y el bebé están muy bien. De mi hermano y mi madre quiero distancia".
"¿No tiene solución?"

Veo a Jennifer rodar el hombro y colocar la mano por encima, frotando.
"¿Te duele?", cuestiono, sabiendo que no me respondió a la pregunta anterior.
"Todos los días".
"Deberías hablar con el médico", respondo como si yo misma no fuera médica.
"Pareces Isabella, siempre me dice eso. Eso, o que debería intentar hacer meditación. ¡Como si yo fuera capaz, es imposible! Creo que tú me entiendes, ella dijo que hace años intenta convencerte y que tú te burlas de ella".
Interrumpo, "¡No me burlo nada! Simplemente no puedo. Ella no lo sabe, porque no tuve el coraje de decírselo, pero hubo un tiempo en que lo intenté, realmente lo intenté. Podía unos días, otros no, me frustraba y desistí".
"Por ahora voy siguiendo lo que me dijo el ortopedista", concluye, volviendo a frotar el hombro.
"¿Abrimos otra botella?" La pregunta es retórica, me levanto y hago lo que acabo de decir, sirviendo sólo en mi vaso ya que el de ella permanece lleno. Mientras tanto, Jennifer se levantó, acercándose a la estantería, y tiene en la mano una fotografía. "¿Hace cuánto tiempo fue esto?", pregunta.
"En Año Nuevo, hace cinco años. ¡París!"
"¡Podríamos habernos encontrado!", exclama como si fuera un evento probable.
"Al final, ¿qué fue lo que dijo ese ortopedista? Sólo te veo tomar pastillas, una tras otra".
"Fue exactamente lo que me dijo, que tomara cuando tuviera dolor, y puedes creer que sólo tomo la mitad de las veces que me gustaría".
El tono de su voz traduce su irritación con mis palabras. Pero ahora que empecé no estoy lista para desistir.
"No puedes tomar tantos analgésicos, ¿sabes cómo va a terminar eso? Hace pocas semanas vi a un tipo joven casi morir en medio de la calle".
"¿Estás insinuando algo? ¿¡Es eso!? No sé si te estoy entendiendo, ¡explícamelo!"
"Calma, no te enojes. Esos medicamentos causan dependencia, tú lo sabes, yo lo sé, pero siempre creemos que no nos va a pasar a nosotros, sólo estoy diciendo que tengas cuidado".
Pongo música para tocar, y durante largos minutos ni ella ni yo decimos nada.
"¿Quieres bailar?"
"Estás loca, ¿bailar?"
"¿No quieres aprender lo que hacen las mujeres lesbianas? Bueno, tómalo como una clase". Me pongo de pie y le extiendo la mano, tirando de ella para que se levante del sofá.
La música que está sonando es lo suficientemente animada para que bailemos cada una por su lado. Poco a poco Jennifer se va soltando, hasta estar completamente dentro del ritmo. Para mí es automático, en cuanto mi cuerpo siente la música, entra en una cadencia propia. Cuando la pista termina, sigue otra mucho más lenta, impidiendo el movimiento que anticipo, no la dejo volver a sentarse y la envuelvo en un abrazo, dejando que los cuerpos se sincronicen. Me encanta bailar, y Jennifer demuestra ser una buena compañía, vamos alternando estilos y nos quedamos por más de media hora, hasta que ella se detiene jadeando, sentándose con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá.
No sé si movida por el efecto del alcohol que claramente se hace sentir, o fruto de la noche y la música, voy junto a ella y, aprovechando un momento en que cierra los ojos, junto mis labios a los suyos.
Esperaba que se asustara, tal vez que se enojara conmigo, pero nada de eso sucede, y ella simplemente se deja besar.
Es un beso tímido, que dura pocos instantes, e inmediatamente después me siento a su lado,

tomando su mano entre las mías y depositando otro beso.
"Lo esperaba", confirma, como para explicarme lo que acaba de pasar. "Yo sabía que ibas a intentar dar 'clases prácticas'. No es que fuera necesario, pero Isabella también ya me había avisado".
"¿Avisado sobre qué?", pregunto mientras me recuesto sobre los cojines ligeramente mareada.
"Sobre tus dotes. Por cierto, hablando de eso, tengo una pregunta para hacerte desde la fiesta de Luiz. Cuando estábamos hablando sobre Theodora, y aquella historia descabellada de la abuela, dijiste que sabías lo que era la 'Sphere'".
Hablo, sin esperar a que Jennifer haga la pregunta: "Yo misma ya estuve en una fiesta de la 'Sphere'".
"¿Qué? ¿Tú ya estuviste en una de esas fiestas? ¡Cuéntame! ¿Dónde? ¿Con quién?"
"Tantas preguntas", comento riendo, pero teniendo que recostarme otra vez enseguida para contener un vómito.
"Prometo que te cuento, pero no hoy, tengo que ir a dormir, definitivamente bebí demasiado".
Cuando Jennifer se va, vuelvo a la sala y sostengo en las manos el marco que ella agarró. Paso los dedos por el vidrio y deposito un beso en el rostro de Isabella, la extraño.

Capítulo 17

La curiosidad vence

Jennifer

25 novembro

Hoy llegamos exactamente al mismo tiempo, elegimos una mesa a la sombra y soy yo quien entra. Ni siquiera necesito preguntar qué es lo que quiere Theodora, asumo que nuestras tardes de trabajo implican dos bolas de helado de limón.
Ella esparció varias hojas escritas a mano sobre la mesa e intenta hacer un esquema, una cronología para ser más precisa, en una de ellas.
"Quería construir el flujo de la historia, ¿qué te parece? No es que ya tenga todo en mi cabeza, hay cosas que sé que quiero decir y hay partes para las que sólo tengo un espacio en blanco".
Admiro su organización, si yo hubiera tenido la misma cuando empecé a escribir mi libro, tal vez habría llegado al final, reflexiono, sin interrumpirla.
"No tengo dudas de que la historia comienza con ellas ya adultas, cada una con su vida estructurada. Sophia casada, con hijos ya crecidos, viviendo en Londres y Lia sola, en Nueva York. Dos destinos diferentes, al menos así le parecerá al lector en el momento en que la historia comienza". Theodora se detiene y dirige su atención al helado, intentando evitar que se derrita.
"Está frío", analizo.
"¿El helado? ¡Se está derritiendo!"
"No, el tiempo", corrijo riendo, poniéndome la chaqueta. "Había sol, y ahora sólo se ven nubes. Pero, volviendo a lo que estabas diciendo", prosigo, al mismo tiempo que le quito el lápiz de la mano, marcando una cruz sobre la línea temporal que estaba dibujando en la hoja, "..., si aquí fuera el presente, ¿vamos a empezar por retroceder en el tiempo y saber qué pasó cuando eran adolescentes?"
"Creo que sí. La historia que te di al inicio de nuestras clases era contada por un narrador en tercera persona, he estado pensando y creo que ganaría fuerza si fuera una de ellas hablando en primera persona. Es más fuerte leer 'besé porque era lo único posible en ese momento' que 'ella la besó porque era lo único posible en ese momento'. ¿No crees?"
"Sí", creo. Pero sé lo difícil que puede ser escribir en primera persona. No queriendo disuadirla no hago comentarios, diciendo apenas: "Si son dos, y si no están juntas, ¿cómo vamos a saber lo que le pasa a quien no está contando la historia?"
Theodora se echa el pelo hacia atrás, haciendo que las trenzas toquen mi brazo en el movimiento, respira profundamente como considerando lo que acabo de decir, y responde: "Pueden contar la historia en voces alternadas. Oímos a Sophia y Lia, alternativamente, juntas o separadas, viviendo el presente, o recordando el pasado. Eso es, me acabas de hacer entender cómo se va a contar esta historia".
Embriagada por el entusiasmo, Theodora se gira en mi dirección y me da un abrazo.
"Bien, ahora sólo tienes que entender qué tienes para decir en doscientas páginas", bromeo cuando ella se aleja.
"En el presente están distantes, ya sea porque viven en ciudades diferentes, o porque sus vidas tuvieron recorridos divergentes. Nadie es víctima, ninguna de ellas fue oprimida, al menos no más que la generalidad de las personas, hicieron elecciones, esa es la historia que quiero contar. Una historia buena, de esperanza, una historia de quien conquistó el poder de hacer lo que quiere con su vida".
Theodora vuelve a hacer una pausa, a veces me pregunto si sus pausas casi teatrales son

espontáneas o premeditadas.
"En realidad, no es sólo una cuestión de lo que yo quiero contar, fue así como sucedió la historia, o al menos es así como mi abuela la recuerda. Claro que voy a agregar detalles que son puramente ficción, pero lo esencial es verídico..., y es una historia de amor bonita", concluye.
Cuando me preparo para dar feedback sobre lo que acaba de decir, gruesas gotas de lluvia empiezan a caer, obligándonos a recoger apresuradamente las hojas, lápices y bolígrafos, no evitando que algunas de ellas queden con marcas de gotas, a pesar de tener la protección del toldo. Nos abrigamos dentro del pequeño espacio interior, nosotras y otras personas que también estaban en la terraza.
"Qué pésimo momento para empezar a llover", afirma, tirando del pelo hacia atrás con irritación.
"No es grave, no se mojó nada, ¿verdad?", indago, sacudiendo con la mano el agua del pelo y de la chaqueta.
"No es eso, quería continuar esta conversación. Estábamos avanzando un montón".
"Podemos continuar, sólo tenemos que descubrir otro sitio, aquí no va a dar". Miro alrededor y somos más de diez en un espacio de pocos metros cuadrados.
"¿Quieres venir a mi casa? Ya te había dicho, mis padres están fuera así que allá nadie nos va a interrumpir, y no llueve encima de nosotras", concluye aliviando la expresión del rostro.
Reflexiono ponderando las varias opciones, podríamos continuar mañana, tal vez en la Universidad, pero al mismo tiempo no quería tratar de este asunto allí, al final no tiene nada que ver con las clases y puede parecer extraño. Tampoco la puedo invitar a casa de Isabella.
"Ok, vamos a tu casa, también quiero llegar al final de esta línea de raciocinio, me está gustando la forma que está tomando".
Seguimos hasta su coche, no dejando de mojarnos un poco más. La casa de los padres de Theodora queda a unos quince minutos del centro. Cuando llegamos, ella estaciona el coche en la entrada y me encamina por debajo del alero. Ni sabía que había casas como esta aquí, pienso para mí misma.
Dejamos las cosas en el vestíbulo de entrada, lo que en mi caso incluye, además de la chaqueta, los zapatos, totalmente empapados. Nos instalamos en la enorme mesa de la sala y para mi sorpresa me doy cuenta de que no estamos de hecho solas. Un hombre, de quien no logro adivinar la edad, entra discretamente, para preguntar: "Señorita Theodora, ¿puedo mandar a servir la cena?"
"Gracias, Edward, creo que comemos dentro de un rato", dice brindándole una sonrisa, para luego dirigirse en mi dirección: "¿Tienes hambre? ¿Comemos dentro de un rato? ¿Media hora?"
"Podrías haberme avisado. Mira mi figura", afirmo, estirando las piernas y sacudiendo los pies cubiertos por unos calcetines con estrellas amarillas.
"¿Advertido de qué? ¿Que Edward iba a entrar, o que él existía?"
"No sé, tienes que estar de acuerdo en que no es la situación más común".
"Sé que no, pero es la mía. Además de Edward, también trabaja aquí su mujer. Vas a tener oportunidad de saborear sus maravillas".
Afuera la lluvia no da tregua y los truenos ahora se hacen oír de forma más intensa.
"Lo mejor que haces es dormir aquí, no faltan habitaciones".
No sé si la invitación va en serio, pero de inmediato descarto la idea, me voy a casa, aunque sea bajo una tormenta.
"Háblame más sobre tu abuela, o mejor sobre la historia que vas a escribir".
No es necesario insistir, Theodora vuelve a esparcir sus hojas sobre la mesa y empieza a describir todo lo que su abuela le fue contando y mucho de lo que creo que es obra de su

imaginación. "Sophia fue a estudiar a un colegio en Inglaterra, se escribió con Lia durante años, hasta que ella dejó de responder a sus cartas. Era una alumna muy por encima de la media y aun siendo mujer fue invitada a Oxford. Se graduó en economía y empezó a trabajar, primero en el sector bancario, después para el propio gobierno inglés. Conoció a un chico y se casó. Según sus palabras, él fue y será siempre su mejor amigo. Era mi abuelo". Refuerza, como si fuera necesario aclarar. "No me acuerdo de él, murió cuando yo era muy pequeña, pero por lo que dicen era un hombre divertido, de buen humor y siempre listo para satisfacer todos los deseos de mi abuela. A finales de la década de los 70, la invitaron a la Comisión Europea y se mudó a París. En el libro la historia comienza aquí, ella vive en París, está casada, pero el marido y los dos hijos se quedaron en Londres".
"¿Eso es verdad?"
"¿Interesa?"
"No, sólo curiosidad. ¿Y Lia? Dijiste en el café que Lia estaba en Nueva York..."
Somos interrumpidas por Edward. En cuanto abre la puerta miro el reloj, no pasó media hora, en realidad pasaron dos horas, son casi las diez de la noche.
"Disculpe molestar, pero sabe cómo es mi esposa, está inquieta que ustedes deben tener hambre. ¿Van a querer cenar ahora? Puedo traer los platos aquí, si prefieren".
"Gracias, Edward, no sé qué haría sin ella, y sin usted, me miman demasiado. Nosotras vamos al comedor", ella se levanta, y yo hago lo mismo, no dejando de considerar lo ridícula que debo parecer con estos calcetines.
La cena oculta, detrás de una simplicidad aparente, una sofisticación digna de los mejores restaurantes en los que ya estuve. Comemos una crema de zanahoria, un bistec con panceta, espinacas y patatas fritas y, por fin, profiteroles. No sé qué vino es, pero nunca bebí nada parecido, es delicioso. Lo único que estropea la perfección son mis dolores preexistentes en el hombro, disimuladamente me trago dos pastillas, tengo la sensación de que cada vez hacen menos efecto.
Llevamos las copas de vino a la mesa donde estábamos trabajando y Theodora vuelve a sumergirse en la descripción de la historia.
"Lia también era una mente brillante. Estudió Derecho en la Universidad de Nueva York y fue contratada por una de las principales firmas de abogados de la ciudad. Mantuvo su vida privada discreta, nunca se casó y nunca tuvo hijos".
Durante horas escucho las descripciones de Theodora, y hago algunas preguntas ajustando detalles que podrían comprometer la veracidad de la historia.
Estoy cansada, la mezcla de las pastillas con el vino está causando estragos, no es habitual sentirme tan somnolienta.
"No hablaste nada sobre la tal sociedad secreta", digo con una sonrisa mordaz, a pesar de que Val me confirmó que existe, sigo teniendo mis dudas.
"La 'Sphere'".
"Eso".
"No es una sociedad secreta, es un grupo de mujeres que se protegen, nada más. O mejor, tiene algo más sí, hacen fiestas inolvidables".
"¿Cómo lo sabes, tu abuela también te lo contó?"
"Claro que lo contó. Si alguien sacó provecho de esas fiestas fue ella..."
Interrumpo, manteniendo la sonrisa que uso para situaciones que me parecen insólitas, "Ella y Lia".
"Sí, ella y Lia. Pero yo ya tuve oportunidad de presenciar, por eso cuando te digo que son

fantásticas, créeme, son realmente indescriptibles".
"Eso viniendo de la boca de alguien que pasó la tarde y la noche describiendo todo al más mínimo detalle, es como mínimo contradictorio", respondo aún bromeando, pero menos sarcástica. "Debería irme yendo", profiero, no conteniendo un bostezo, "Estoy exhausta".
"No puedes irte, mira cómo llueve". Theodora se levanta de la silla a mi lado y camina hasta la ventana apartando las cortinas. Afuera la lluvia no parece querer aminorar, la tormenta regresó y varios relámpagos cortan el cielo. "Quédate aquí, yo le pido a Edward y él prepara la habitación de huéspedes al lado de la mía. Todos mis amigos la usan cuando se quedan aquí, tiene una puerta de comunicación por dentro, por eso, si necesitas algo, ya sabes", dice riendo, añadiendo "No te crees cómo esa puerta dio juego cuando yo era adolescente", haciéndome reír también.

Me acuesto en la cama, constato cómo todo es mullido y suave y me duermo de inmediato. Me despierto en la oscuridad, sin tener noción de las horas. Extiendo el brazo hasta la mesilla de noche y a tientas localizo el teléfono, tres y veinte. Completamente despierta, me siento en la cama e intento distinguir algo en la oscuridad. La cortina está abierta y la ventana deja entrar un rayo de luz, me levanto y me acerco. Afuera el jardín brilla fruto del reflejo de las farolas en el césped aún mojado. Dejó de llover y la Luna marca presencia, redonda y amarilla, es como si ni siquiera acabara de haber una enorme tormenta. Sólo ahora me doy cuenta de que tengo puesto un pijama que no es mío, qué extraño que no me acuerde de haber venido a la habitación, me acuerdo de que estábamos conversando en la sala, de haber aceptado quedarme aquí, y que llovía mucho, pero la memoria sobre cómo llegué aquí o por qué estoy así vestida se desvaneció completamente.
Cuando decido volver a la cama e intentar dormir lo que resta de la noche y, ya acostumbrada a la penumbra, constato que la puerta de comunicación entre las dos habitaciones está abierta. Camino lentamente, en pequeños pasos, no porque sea necesario, ya que la alfombra evitaría cualquier ruido, sino porque me parece lo adecuado en estas circunstancias. Pensándolo bien, nada es adecuado en estas circunstancias, porque las circunstancias son, ellas mismas, inadecuadas.
La curiosidad vence al sentido común, y atravieso la puerta hacia el otro lado. Theodora duerme totalmente cubierta por el edredón, dejando ver solo el cabello rizado suelto sobre las almohadas. La habitación es enorme y la cama es proporcional. No tengo el valor de avanzar y me quedo de pie simplemente mirándola. Cuando, por fin, doy media vuelta para regresar a mi cama, oigo su voz: "No te vayas."
Me detengo sorprendida. Theodora enciende la luz de la mesita de noche e ilumina el espacio, sentándose en la cama. Me mira con una sonrisa y con la mano hace señas para que me acerque y me siente.
"¿Un insomnio?", pregunta, mientras camino en su dirección.
"No lo sé bien. Me desperté con la sensación de que ya sería de mañana."
"¿Estás mejor?"
No sé qué responder, pues en realidad no me acuerdo de no estar bien. "Óptima", acabo por decir.
"¿El dolor en el hombro, pasó?"
Acto seguido pongo la mano en el hombro, en este momento no siento nada. Theodora se acerca inclinando el cuerpo y apoya su mano en mi hombro, deslizándola sobre los músculos de mi cuello, en un masaje dulce y agradable. No sé qué pensar, pero por ahora me contento con sentir la presión suave de su mano. Ni me di cuenta de lo tensa que estaba hasta sentir los músculos relajarse. Ella se levanta ligeramente apartando el edredón. Lleva puesto un camisón de satén

azul oscuro, cuando vuelve a sentarse deja expuestas ambas piernas. Fijo los ojos en la piel morena, brillante, en los muslos musculosos y bien torneados. Cierro los ojos, y respiro profundamente, no es un gesto premeditado, es solo fruto del contexto.
"Acuéstate y déjame hacerte un masaje, cuando viví en Londres aprendí con una mujer tailandesa maravillosa, no prometo hacerlo igual, pero tal vez ayude", dice, apartándose para darme espacio.
Nunca podría imaginarme en esta situación, pero ante los hechos, no tengo forma de hacer diferente, y obedezco a su petición.
"Quítate la camiseta, déjame poner un poco de crema, la piel se calienta y sentirás la diferencia."
Debería levantarme y salir de aquí cuanto antes, Theodora es mi alumna, es una joven, y yo..., yo no debería estar aquí. A pesar de todas las razones para huir, hago exactamente lo contrario, me quito la camiseta por la cabeza, intentando cubrir el pecho con las manos, y tan rápidamente como puedo, me dejo caer sobre la cama boca abajo. Ella va esparciendo la crema y masajeando el cuello. El frío de la crema y el contacto de sus manos me hacen estremecer. Sintiendo el movimiento, ella frota con más fuerza, y el frío rápidamente se transforma en un calor agradable. Las manos caminan entre mi cuello y los hombros en un trayecto de ida y vuelta, con puntos en los que se detiene para hacer mayor presión. No hay duda de que sabe lo que está haciendo, reflexiono, intentando convencerme de que todo es completamente normal.
Pasan largos minutos antes de que ella deje la zona de los omóplatos y se aventure a descender a lo largo de la columna, de un lado y del otro, va haciendo fuerza hasta casi hacerme daño, para luego aligerar y transformar el movimiento en una suave caricia.
"Creo que hemos terminado", dice sorprendiéndome. No sé qué esperaba, pero creo que me gustaría quedarme aquí hasta el amanecer.
Me levanto rápidamente, volviendo a poner las manos sobre el pecho. Sin mostrar ninguna incomodidad, ella me extiende mi camiseta, pero no desvía la mirada mientras me visto.
"Podemos ir a la cocina a comer algo, ¿qué te parece? Tengo hambre."
"No vas a llamar a Edward, ¿verdad?", pregunto, haciéndola estallar en carcajadas.
"Sé hacer una leche caliente y unas tostadas, ¿por quién me tomas?"
Regresamos a su habitación, con una cena improvisada, y nos sentamos en los sofás frente a la cama.
"Tu habitación es del tamaño de la sala y la cocina de la casa de mis padres, las dos juntas."
Ella no me responde, y en cambio hace una pregunta: "¿Te gustaría ir a una fiesta de la 'Sphere'? Estoy segura de que te gustaría. Puedes verlo como parte de la preparación para nuestro proyecto."
No puedo creer que esté hablando en serio, doy un mordisco al pan y bebo unos sorbos de leche antes de hablar: "¿Estás bromeando? Yo no puedo ir a una fiesta de esas."
"¿Por qué?", indaga, volviendo a cruzar la pierna y dejando, otra vez, el muslo totalmente expuesto.
"Primero porque nunca sería invitada y segundo..."
"Ya sé", me interrumpe, "..., segundo, porque no eres lesbiana. ¡Ya lo sé! Siempre me lo estás repitiendo, pero para que lo sepas, hay varias mujeres que frecuentan las fiestas de la 'Sphere' que no son lesbianas. En cuanto a no ser invitada, tal vez no te hayas dado cuenta, pero yo acabo de invitarte."

Capítulo 18

"¡Tú no eres lesbiana! ¡Ya sé!"

Isabella

26 noviembre

"Calma, por favor habla más despacio", digo frotándome los ojos y mirándola, "Es sábado, son las nueve de la mañana, acabo de despertarme y no estoy consiguiendo entender nada de lo que me estás diciendo. Por cierto, ¿dónde te metiste ayer? Esperé hasta tarde, estaba preocupada, te llamé miles de veces. ¿Te quedaste atrapada en la lluvia? La red se cayó, lo sé, pero estaba realmente preocupada contigo. ¿A qué hora llegaste? Ni siquiera te oí entrar".

Paro de hablar y me veo obligada a respirar profundamente. Miro a Jenny parada en la puerta de mi habitación, ya totalmente vestida, y me doy cuenta de que no le di oportunidad de explicar nada.

"Disculpa, me desperté aturdida, empezaste a hablar y...", continúo, hasta que ella me interrumpe.

"Isabella, para", dice riendo, yendo hasta la ventana y abriendo la cortina, dejando entrar el sol. "Yo soy la que pido disculpas, llegué y entré aquí de golpe, claro que no puedes entender lo que pasó. Yo hago el desayuno, date una ducha, cuando acabes tendrás un bello desayuno esperándote", con esta promesa se da vuelta y sale, cerrando la puerta detrás de sí.

Me quedo pensando en lo que me acaba de decir, 'llegué', ¿será que ella llegó ahora de la calle? ¿O simplemente me estaba diciendo 'llegué', 'aparecí' aquí en tu habitación a las nueve de la mañana?

Sentada en la mesa de la cocina escucho, ahora con calma, todo lo que ella tiene para contarme y, pese a tener ganas de interrumpirla, no lo hago.

"No lo estás entendiendo, me quedé acostada en su cama, medio desnuda, con ella haciéndome masajes, que por cierto hace muy bien, pero imagina la situación".

Si Jennifer es, muchas veces, confusa al hablar, hoy está logrando superarse. Necesito poner a prueba todas mis capacidades como psiquiatra para conseguir acompañarla y, aun así, creo que muchas cosas se me escapan.

Ya terminamos de comer cuando decido entrometerme: "¿Estás diciendo que ella te invitó a una fiesta de la 'Sphere'?"

"Exactamente".

"Y tú aceptaste, ¿cierto?"

"Obvio que no. ¿Crees que yo podría ir a una fiesta de esas? Y además ella es mi alumna, te estás olvidando de ese pequeño detalle".

"La descripción que acabas de hacer del masaje que ella te hizo no me pareció precisamente una clase, ¿qué fue lo que no entendí?"

La expresión en el rostro de Jenny se modifica, los labios se contraen, pero no dice nada.

"Jenny, creo que puede ser el momento de mirar de frente lo que está pasando, fingir que no está sucediendo no va a modificar los hechos, te lo digo por experiencia propia y porque me gustas".

"¿Qué es lo que estás queriendo insinuar?", devuelve en un tono agresivo, levantándose.

"No te enfades. No te vayas, ven aquí". Me levanto también y la agarro de la mano. Está helada. "Siéntate aquí", digo sentándome con ella en el sofá.

"No estoy enojada, pero detesto las insinuaciones. Últimamente estoy harta de decir eso y parece que nadie me escucha. Si tienen algo para decir, ¡que lo digan!" Vuelve a levantarse y esta vez no me da tiempo de reaccionar, entra al baño y da un portazo.

Espero unos minutos antes de ir allá. No era para nada así como esperaba despertar hoy, pero lo mejor es enfrentar la situación. Golpeo suavemente la puerta con los nudillos: "Jenny, no vas a quedarte ahí todo el día, ¿verdad? Parece una rabieta de niña, por favor sal de ahí, vamos a conversar. ¿Quieres que sea honesta? Pues bien, lo seré".
Sin ser necesario insistir más, ella sale del baño, tiene los ojos rojos, de quien estuvo llorando. No me encara y se sienta con las piernas cruzadas encima del sofá.
"Creo que tienes sentimientos por Theodora", afirmo, sabiendo que mi frase no dice rigurosamente nada.
"Obvio que tengo sentimientos. Es una chica inteligente, simpática y escribe muy bien, por eso sí me gusta, es mi alumna".
"Estoy segura de que tienes otras alumnas inteligentes, simpáticas y que escriben bien, pero ya no tengo la misma certeza de que te gusten de la misma manera".
Jennifer volvió a levantarse, me siento aturdida sólo de verla caminar de un lado a otro. "Ve a tomar una ducha, te va a hacer bien. Cuando acabes, si quieres, continuamos esta conversación".
No esperaba que fuera tan fácil, pero ella acata mi propuesta, dejándome sola en la sala. Escucho el ruido del agua y me doy cuenta de que ya está bañándose. Cuando gritó que estaba harta de insinuaciones habló en plural, en un 'ustedes' que sólo puede estar dirigido a Val, reflexiono.
Es temprano, pero estoy casi segura de que Val está de turno en la ambulancia, agarro el teléfono y la llamo.
"¿A qué debo el honor? No me digas que te despertaste con nostalgia de mí. Por cierto, ¿por qué ya estás despierta? Hoy es sábado", Valerie no me deja hablar y va haciendo preguntas y seduciendo como es su costumbre. Echo de menos conversar con ella, echo de menos despertar con ella acostada a mi lado.
"Puedes parar. Estás trabajando, no puedes decir esas cosas", bromeo, "¿Tienes a Luiz ahí a tu lado? Dile que Fred quedó muy impresionado con él".
"¿Me llamaste para dar un recado de Fred a Luiz?"
"No exactamente". Agudizo el oído, intentando percibir si Jenny todavía está bañándose, el agua continúa corriendo. Hago un resumen de su llegada y de sus palabras.
"Tú sabes que nosotras fuimos a cenar la semana pasada".
"¿Y tú hiciste algo?" Yo conozco a Val demasiado bien. Sólo su tono de voz ya es suficiente para que yo intuya que debió pasar más que una simple cena.
"Bebí demasiado".
La interrumpo otra vez "Se está volviendo un hábito, deberías ponerle un freno a eso".
Ella ignora mi comentario y prosigue: "Bebí demasiado y le dije que creía que se estaba volviendo adicta a los analgésicos. Ella se puso furiosa, yo pedí disculpas y acabé dándole un beso".
"Claro, muy lógico, cenas con una amiga, haces una acusación como esa y acabas besándola, ¿cómo no lo adiviné?", suspiro, "Nunca vas a dejar de ser quien eres, ¿verdad?", concluyo profundamente irritada.
"No pasó nada. Yo estaba mareada y ella se fue enseguida. No la volví a ver. Durante la cena me di cuenta de que está muy entusiasmada con esa Theodora, yo la vi cuando fuimos al bar de la Universidad y puedo decirte que cualquiera se entusiasmaría. ¿Realmente crees que tiene contactos en la 'Sphere'?"
"Ni idea. No sé qué es la 'Sphere', no me gustan esas cosas ni esta conversación. Gracias por las informaciones, buen trabajo", me despido de forma seca, no dándole oportunidad de decir nada más, porque Jennifer vuelve a entrar aquí en este momento.

"No es contigo con quien estoy enojada, ni podría", declara mirándome a los ojos, "Tú casi no me conoces y mira cómo son las cosas, estoy aquí durmiendo en tu sofá y abusando de tu paciencia un sábado por la mañana". Jennifer tiene otro aspecto, cabello mojado y ropa limpia, definitivamente el baño le hizo bien.
"Me gusta que estés aquí y a Udon también", sonrío mirándolo que ya se instaló en su regazo. "Tal vez en el fondo tengas algo de razón, ¿quieres que sea directa? Lo seré: ¿ya pensaste que puedes estar enamorándote de..."
Soy sorprendida por el tono del teléfono. Jennifer mira la pantalla, se encoge de hombros y frunce el ceño, para enseguida dar vuelta la pantalla hacia abajo, dejando que el sonido se extinga cuando quien está del otro lado desiste.
"John", responde sin que yo haya preguntado.
"¿Y no atiendes? Eso sí que es una novedad".
"Me estoy hartando de ser la amiga buena onda. Creo que tengo derecho a tener mi papel de ex esposa, de amiga traicionada, de aquella que no atiende el teléfono". Aunque se ríe, es una risa cargada de dolor.
"Haces bien, John no te da nada bueno, por lo que he visto sólo te derriba. A propósito, ¿cómo va la escritura?"
"Mucho mejor que en los últimos años, aun así lenta y desarticulada. Theodora me pidió leer algo mío y como no tenía nada reciente, escribí unos cuentos nuevos. Hacía mucho tiempo que no le daba nada mío a nadie para leer, no te imaginas lo nerviosa que me puse".
Sé que ella preferiría que yo no volviera al punto donde estábamos antes de que sonara el teléfono, pero fue ella misma quien pidió honestidad. "Creo que puedes estar enamorada de ella", afirmo concluyendo la frase suspendida.
"¡No!"
"¿Por qué?"
"Ya te dije mil veces, ella es mi alumna y..."
"¡Y tú no eres lesbiana! ¡Ya sé!"

**

Durante el resto del fin de semana no vuelvo a hablar con Jennifer, ni sobre Theodora, ni sobre sentimientos. El sábado, después de nuestra conversación, ella salió con la laptop en la mochila diciendo que iba a escribir, cuando volvió estaba sonriente y de buen humor. Había pasado por el supermercado y comprado todo lo que necesitaba para cocinar una lasaña, no le conocía estos dotes.
El domingo fui a visitar a mis padres, hacía tiempo que no iba allá. El viaje de una hora de tren para cada lado es muchas veces razón suficiente para hacerme desistir, pero en los últimos tiempos es más que eso. Sé que van a preguntar por Val y no quiero contarles lo que está pasando.

**

28 noviembre

El lunes, sentada en el sofá del consultorio, voy perezosamente leyendo un libro, mi primer paciente recién está agendado para dentro de una hora. Sólo tengo tiempo para leer media docena de páginas antes de que Fred asome por la puerta.
"¿Puedo entrar?"
"Claro, no sabía que venías tan temprano, ¿tienes consulta?"

"Sólo más tarde. Esperaba poder hablar contigo antes de que empezaras".
"Lo lograste", miro el reloj para confirmar la hora, "tienes cuarenta y cinco minutos".
"Alcanza. Fui a casa de Luiz", dice sin contexto y sin expresión.
"¿Eso es malo? ¿Fue desagradable?" Tengo a Luiz como alguien simpático y cariñoso, pero nunca se sabe.
"No".
"¿Entonces? Me estás poniendo nerviosa", digo, tirando el libro encima de la mesa. Sé lo difícil que es hacer hablar a Fred.
"Dejé que sucediera".
"¿Y?"
"Y no puedo". Sus ojos brillan, conteniendo las lágrimas.
Sus palabras son suficientes para que la imagen de Amy y de nuestro último encuentro surjan en mi mente. Hago un esfuerzo para no perderme en divagaciones, hasta porque este momento es de Fred: "¿No puedes qué?"
"No puedo..."
"¿No puedes estar con nadie? ¿No puedes enamorarte? ¿No puedes sentir? ¿Qué es lo que no puedes?"
"Estuve con varias personas desde que Alan me dejó. Pero ayer fue diferente". Fred cruza y descruza la pierna en un tic nervioso.
"¿Diferente cómo?"
"Luiz me invitó a cenar. Estuvo bien, comimos, vimos una película, hablamos bastante. Me contó historias de la ambulancia, historias de Val. Me habló de sus casos de una noche y de su decisión de no atarse a nadie. Mientras él hablaba, yo me cuestionaba por qué estaba allí, yo no era un caso de una noche, de hecho en las últimas semanas salimos casi todos los días, no era lindo y musculoso como los jóvenes de las fotografías que me mostró y, sobre todo, no era un desconocido de una ciudad distante, entonces, ¿qué estaba haciendo yo allí?"
No digo nada porque sé que ahora no serán necesarias palabras para que él llegue hasta el final.
"No bebimos casi nada porque él no había comprado cerveza y, completamente sobrio, después de una conversación tan tierna como íntima, me besó y, como si yo fuera virgen, fue pidiendo permiso a cada gesto, a cada avance. Fue hasta el final y me llevó con él. Enfrentó a mis fantasmas y ganó. Pero después..."
Es mi señal: "Después el día amaneció, Luiz salió a trabajar y tú, solo, descubriste que los fantasmas todavía están ahí".
"Sí, algo así", dice con una sonrisa entre lágrimas.
Diez minutos antes de la hora en que mi paciente está agendado, Fred se va, no sin antes pedir disculpas y dar un sentido agradecimiento.
Bendito Luiz, espero sinceramente que pueda funcionar. Es inevitable volver a pensar en Amy, en su sonrisa, en su perfume. No debería haberla dejado así, reflexiono. No tenía el derecho de herirla gratuitamente. Una mezcla de culpa y deseo me dan el coraje para escribirle un mensaje: 'Sé que debes estar enojada, y con razón, pero fue más fuerte que yo, no pude. Me gustaría hablar contigo, realmente creo que tenemos que conversar.' Presiono la tecla de envío y me quedo mirando la pantalla, esperando que ella esté al otro lado y me responda de inmediato. Claro, eso no sucede.

Capítulo 19

Tienes que descansar

Valerie

2 de diciembre

"Hoy nadie debería necesitarnos", digo en dirección a Luiz, extendiéndome a lo largo del sofá.
"Sal de ahí, perezosa", reclama, empujándome hacia el lado para poder sentarse frente a la televisión. "¿Qué anduviste haciendo anoche? ¿Clases prácticas?"
"No exactamente. Salí con Jennifer, contra todas las expectativas, se ha revelado una óptima compañía. Pero ayer no estaba bien. Por lo que entendí habló con su cuñada, ella le contó que había discutido con el hermano de Jennifer y, ya sabes, Jennifer se puso en pánico enseguida, el embarazo, el bebé. Tuve que usar todos mis argumentos para que no apareciera de golpe en casa de la cuñada".
"De experta en mujeres lesbianas, pasaste a psicoterapeuta, ya veo", dice con ironía, cambiando de canal. "Ella no está viviendo en el apartamento de Isabella, debería aprovechar y pedirle unas consultas. Isabella sí, se puede decir que es especialista en los dos temas". Suelta una carcajada y por más que no me esté gustando el rumbo de la conversación, me veo obligada a reír también.
"Lo peor ni siquiera fue la historia de la cuñada y del hermano, lo que más me preocupa es la forma en que toma esas pastillas, traga analgésicos como si fueran *smarties*".
Luiz desvía los ojos de la televisión y me encara, estoy segura de que piensa lo mismo que yo, pero antes de retomar la conversación, se hace oír la señal de emergencia. Ahí se va mi deseo, pienso mientras me levanto con rapidez.
Una discusión en casa, los vecinos llamaron a la policía y ellos nos activaron. Cuando salimos de la ambulancia nos deparamos con un escenario digno de película. Dos agentes intentan calmar a un hombre que se debate a pesar de estar esposado, mientras una tercera policía se esfuerza por no dejar acercarse a una mujer que grita incesantemente diciendo que fue "un equívoco". Alrededor, como siempre sucede, se formó un círculo de curiosos.
"¡Dejen pasar! Aléjense", vocifera Luiz, claramente con poca paciencia para la situación.
Entro dentro del edificio y aparentemente la casa en cuestión es uno de los apartamentos de la planta baja, que tiene la puerta abierta. Adentro la policía que vi en la calle está ahora sentada junto a la mujer que estaba a los gritos.
"Todo fue un malentendido, él no hizo nada. Me tropecé, me caí, me corté con la botella que se cayó y me asusté, no pasó nada más".
"Tenga calma", profiero poniéndome los guantes y agarrando varias gasas para intentar detener la sangre que le escurre de la frente.
"Debería presentar una denuncia. Esta vez sus vecinos fueron rápidos en llamar ayuda, pero la próxima pueden no llegar a tiempo". La policía le habla en un tono sereno, de quien ya lidió con situaciones similares muchas y muchas veces.
La herida en la cabeza es extensa pero no muy profunda. La convenzo de acostarse en el sofá y dejarme examinarla. Cuando levanto la camiseta me encuentro con un enorme hematoma en el flanco izquierdo. Se ve que es reciente, tiene un color rosado, pero pronto se pondrá púrpura. En cuanto toco, la mujer se retuerce de dolor.
"Luiz, trae la camilla, tenemos que irnos ya. Posible rotura de bazo". La miro, está sudada y parece más pálida, pero tal vez sea sólo una impresión mía.
Con la ayuda de los agentes de policía, es rápido el transporte hasta la ambulancia. Canalizo una vena, pongo un suero, mientras Luiz avisa a la central y enciende las sirenas.

Aunque no logro ver la carretera, siento que avanzamos a gran velocidad y tengo que agarrarme en las curvas más cerradas. Mejor así, la situación parece estable, pero puede complicarse en cualquier momento. Sin darme tiempo para hacer absolutamente nada, la ambulancia es golpeada por algo que me hace desequilibrar y caer, e inmediatamente después se inmoviliza súbitamente, haciendo que los armarios de la parte superior se abran, derramando parte del contenido.
Intento ponerme de pie tan rápido como puedo, asegurándome de que nuestra paciente no sufrió nada con el choque. La puerta trasera se abre y Luiz mira hacia adentro, pareciendo asustado.
"¿Estás bien? ¿La paciente está bien?"
"Creo que sí", digo, aunque me sienta un poco mareada.
"Hay cosas increíbles. Se cruzó por delante de mí y en vez de desviarse nos chocó y aceleró, espero que la policía lo agarre".
"¿Tú estás bien?", cuestiono, apenas ahora acordándome de que él puede haber sufrido algo.
"Estoy, pero tú tienes la cabeza sangrando".
Luiz avisó a la Central y no tardó cinco minutos en llegar otras dos ambulancias al lugar. La paciente siguió con el equipo de una de ellas y Luiz y yo con la otra. Por gran insistencia de la colega, acabo accediendo a acostarme en la camilla, dejando que me haga un vendaje provisorio en la cabeza.
Cuando entramos en urgencias, Isabella está esperando y viene a mi encuentro, ¿cómo habrá sabido?, me pregunto sin poder saberlo.
"¿Estás bien? ¿Qué pasó? ¡Estás llena de sangre!", visiblemente afligida me agarra la mano, mientras uno de los enfermeros empuja la camilla hasta una de las salas de observación.
"No toda la sangre es mía", es lo que se me ocurre decir en un intento de calmarla.
Luiz, que no tiene ninguna herida, se une a nosotros.
"Fuiste rápida, deberías conducir ambulancias", afirma dándole un beso a Isabella.
Está explicado, fue él quien le avisó.
"Val debe haberse caído cuando el coche nos chocó y se golpeó la cabeza con el armario", dice aún mirándola, para enseguida girarse en mi dirección y confirmar: "Fue eso, ¿no es así, chica?", pregunta mirándome.
"No sé. Estaba preparando un analgésico y después ya estaba en el suelo. Ni siquiera me acuerdo de golpearme la cabeza en ningún lado", afirmo llevando la mano a la venda atada alrededor de mi cabeza.
Ya después de seis puntos en la zona occipital y a pesar de yo asegurar que estoy óptima, nadie parece convencido de dejarme salir sin los resultados de la TAC. Luiz se fue a casa, pero Isabella permanece sentada en la silla a mi lado, cuando Martha se aproxima con paso apresurado.
"Me dijeron que habías tenido un accidente, ¿estás bien?" Sólo después de haber proferido estas palabras es que se da cuenta de la presencia de Isabella. "Hola Isabella, no te había visto. ¿Ella está bien?"
Esbozo una sonrisa, sin saber exactamente qué decir.
"Creo que sí. Estamos aguardando el resultado de la TAC, aparte de eso sólo unos puntos en la cabeza, puede ser que el golpe le dé más juicio".
Se ríen ambas, como si compartieran algo que me excluye.
"Voy a tratar de apresurar ese resultado".
Cuando Martha sale me quedo esperando la pregunta de Isabella, pero no dice nada.
Poco después, es Martha quien regresa, con un semblante serio. ¿Qué pasa? No siento nada, ¿será que tengo una hemorragia intracraneal? Muchas veces no dan ninguna señal. ¿Será que descubrieron alguna otra cosa?

Ella no resiste y suelta una carcajada. "¡Deberías ver tu cara! Está todo óptimo, o por lo menos, tan bueno como siempre fue. El examen no muestra nada, puedes irte. Aprovecha antes de que te llamen para hacer otro turno", agrega aún riendo. "¿Vas con ella?", pregunta dirigiéndose a Isabella.
"Claro, voy a llevarla a casa".
Hacemos el camino hasta mi casa en silencio. ¿Qué habrá pensado Isabella de todo lo que acaba de pasar? El otro día en el bar yo di a entender que casi ni conocía a Martha, y ahora... ahora ella viene a buscarme y claramente se muestra bien informada sobre nosotras. Sería más fácil si Isabella preguntara algo.
Entramos y sigo directo al baño, necesito tomar una ducha.
Cuando vuelvo a la sala, Isabella improvisó una cena y puso la mesa, de repente parece que el tiempo retrocedió y que vivimos aquí las dos.
"¿Estuviste con Jenny?", pregunta cuando ya estamos comiendo.
"No después de aquel día en que cenamos".
"¿Le pregunté si estaba enamorada de Theodora?"
"En serio, ¿se lo dijiste así? Pobre Jennifer". Cuando me río me duele la cabeza.
"¿Estás bien?"
Mi expresión no pasa desapercibida a Isabella. "Sí, sólo un dolorcito. Por cierto, ese es otro asunto sobre el cual alguien debería hablar con ella. Un día de estos Jennifer va a tener un problema grave, no con el hombro, sino con los analgésicos".
"No puedo estar más de acuerdo", afirma Isabella, haciendo su gesto característico de pasarse los rizos de un lado a otro. "Volviendo a Theodora, la situación es compleja. Ella es mucho más joven que Jenny y es su alumna, como si eso no fuera suficiente, Jenny se niega a admitir la posibilidad de estar enamorada de ella".
"¡Me asustaste!"
"Te extraño".
"No puedes hacer estas cosas".
"Te amo", profiero continuando un diálogo sin lógica, al menos aparente.
"No sé qué haría si te hubiera pasado algo".
"Te deseo".
"No puedes".
"¿Qué?", pregunto creyendo que está respondiendo a lo que acabo de decir.
"Andar por ahí así, beber hasta caer. No puedes".
Inesperadamente, Isabella se levanta y termina siendo ella quien me lleva a la habitación. Cariñosamente me ayuda a acostarme y se extiende a mi lado.
Levanto ligeramente el torso e intento quitarme la camiseta del pijama que llevo puesta, pero ella no me lo permite. Delicadamente me empuja hacia atrás, haciendo que vuelva a quedar acostada de espaldas. Tira ligeramente de mi camiseta hacia arriba y, no sé si con intención, desplaza el elástico de los pantalones unos centímetros hacia abajo. Sus dedos tocan la piel de mi vientre. Me giro intentando alcanzarla, pero una vez más no me lo permite. Estoy demasiado cansada para protestar y me dejo relajar sintiendo sus caricias, el toque suave en la cintura, en el pecho, los dedos que juegan con los elásticos, ahora de forma no solo explícita sino provocadora. Con la otra mano me acaricia el rostro, dibujando la línea de las cejas y posando el índice sobre mis labios, dejando que lo bese, que lo introduzca en la boca y lo sienta con la lengua.
La mano de Isabella se mueve por debajo de mi camiseta, tanteando zonas que conoce bien. "No hagas eso", susurro, cuando ella juega con uno de mis pezones entre los dedos.

"¿Quieres más, es eso?"
La pregunta es puramente retórica, abandona mi pecho y avanza con la mano por debajo del elástico de los pantalones del pijama.
"¿Aquí?"
El contacto de sus dedos me hace arquear el cuerpo y, con el movimiento, vuelve a dolerme la cabeza. Nada que importe en este momento.
"Al final voy a ayudarte a quitarte los pantalones, hace calor, ¿no crees?" Acto seguido los tira hacia abajo, dejándome en bragas. Ahora tiene el camino libre para lo que pretende, con una de las manos junto a mi boca, usa la otra para tocarme tan completamente, tan intensamente, que es imposible evitarlo y me derrito para ella.
"Déjame tocarte", profiero, cuando vuelvo a ser capaz de articular más de dos palabras.
"Tienes que descansar."
Con la suavidad que solo ella consigue poner en una caricia, va recorriendo mis muslos, mi vientre, dejándome, si es posible, cada vez más relajada.

Me despierto aturdida. Todavía está oscuro, debo haberme quedado dormida sin darme cuenta. Miro el reloj al lado de la cama, son las cinco de la mañana, estiro el brazo hacia la otra almohada, pero la cama a mi lado está vacía.

Capítulo 20

Un final feliz

Jennifer

12 de diciembre

Todos parecen haber decidido marcar reuniones para esta época, es verdad que se acercan evaluaciones, pero ¿será necesaria tanta reunión? Unas de preparación, otras de reflexión sobre los resultados y otras tantas que ni siquiera tienen un propósito definido. En estos últimos días, ha sido fácil encontrar tiempo para estar con Theodora.

Por insistencia de ella, quedamos en el bar de la Universidad, no es que me agrade, pero, viéndolo bien, no tiene nada de malo. Cuando me siento ella aún no ha llegado, aprovecho y releo los últimos textos, son fantásticos. No sé si es sólo el hecho de que ella escribe bien o si es el contexto de la historia.

"Hola Jennifer", profiere mientras me saluda con dos besos.

"¿Leíste?"

"Leí, claro que leí. Está bueno".

"¿Sólo eso?" Theodora me mira y enseguida baja los ojos mirando las hojas esparcidas en la mesa. El capítulo que está justo frente a mí tiene una escena intensa entre Sophia y Lia, ya adultas, en Nueva York. Después de años sin corresponderse, Sophia busca a Lia y vuelven a intercambiar mensajes, en un juego de seducción, muchas veces explícito. Aprovechando una reunión de trabajo, Sophia marca un encuentro. Juntas, años después, la magia no desapareció. Las inhibiciones están ahí, el peso del tiempo, los desencuentros de vidas distintas, la dificultad en mantener una conversación, pero todo eso es nada comparado con el deseo que sienten.

Miro el texto antes de responder, ¿qué puedo decir cuando ni siquiera para mí misma admito lo que realmente las palabras me hicieron sentir?

"Escribes bien. Tenemos que pensar en qué punto debe ser el clímax de la historia. Ellas van a estar juntas, ¿cierto?"

"¿Juntas cómo?", si el objetivo es hacerme sonrojar, lo consigue de inmediato.

"Van a involucrarse".

"No sé si leíste todo, pero ellas ya están involucradas".

Theodora no va a facilitarme la vida. "Sé que sí, pero mi pregunta..."

"Tu pregunta es si va a haber una escena de sexo entre ellas. Claro, es lo que los lectores esperan, después de tantos capítulos que lo prometen, ¿no?"

"Creo que sí", afirmo tímidamente. "¿Y después? Ellas se quedan juntas...", cuando pronuncio estas palabras me doy cuenta de que estoy otra vez escondiéndome detrás de eufemismos, pero ¿qué hacer? Es más fuerte que yo y por ahora tampoco importa nada. "¿Y después? ¿Sophia se separa? ¿Se va a Nueva York? ¿O convence a Lia de ir a París? No me vas a decir que después de eso nunca más se ven, no puede ser, estas historias tienen que acabar bien".

Es la primera vez que se me ocurre que los planes de Theodora pueden no ser dejar que Sophia y Lia tengan un final feliz.

"Sophia no se separa porque adora a su marido, tiene a los hijos y su vida entre París y Londres. Lia no puede volver, ¿por qué lo haría? ¿Para ser la amante escondida? No es ese su papel".

"¿Entonces?", cuestiono inquieta, cambiando de posición en la silla.

Dejándome a propósito sin respuesta, Theodora se levanta: "Voy a buscar un café, ¿quieres?"

Qué momento tan inoportuno, reflexiono, respondiendo afirmativamente. Mientras espero, miro alrededor, el bar tiene ahora casi todas las mesas ocupadas y en una de ellas está un grupo de

alumnos míos de escritura creativa, compañeros de Theodora, que me saludan mostrando que ya nos habían visto.
Cuando Theodora vuelve a sentarse, no parece dispuesta a volver a hablar del libro. "¿Pensaste en mi invitación? ¿Puedo confirmar?"
"¿Confirmar qué?", devuelvo, eludiendo la cuestión.
"La fiesta. Esta vez estoy hablando en serio, te estoy invitando a la fiesta de Fin de Año de la 'Sphere', ¿vienes?"
Fin de año es dentro de dos semanas, es lo que se me ocurre. "No puedo".
"¿Por qué, ya tienes planes?"
"No". Qué estúpida, pienso. Debería haber dicho que sí y acabar de una vez con este asunto. Me duele el hombro, reflexiono frotando con la mano.
"Necesitas otro masaje", dice de inmediato Theodora, mostrando que estaba atenta, pero enseguida vuelve al tema anterior: "Si no tienes otros planes, entonces está decidido, vienes conmigo. ¿No dijiste que querías saber más? ¿Que era importante entender lo que era verosímil? Entonces, no vas a tener mejor oportunidad de verlo con tus propios ojos".
Ella no va a desistir fácilmente y continúa dando argumentos para que yo acepte, pero es imposible, no puedo, en verdad no quiero ir a una fiesta como esa.
Para mi alivio mi teléfono suena, interrumpiendo sus alegatos. Miro la pantalla, es mi cuñada. Ya la llamo, pienso dejando que el sonido se extinga. Segundos después, vuelve a sonar.
"Disculpa, tengo que atender, puede ser algo urgente", digo dirigiéndome a Theodora, levantándome enseguida para contestar. ¿Será algún problema? ¿Será que pasó algo relacionado con el embarazo? En breves instantes se me ocurren una cantidad infinita de posibilidades, todas ellas catastróficas.
"Era mi cuñada. Voy a tener que ir", afirmo recogiendo las cosas cuando vuelvo a la mesa.
"¿Ella está bien? Está embarazada, ¿verdad?"
"No es nada con el embarazo, pero tengo que ir allá".

*

Theresa me abre la puerta y me abraza, como si no nos viéramos hace meses. Aunque la barriga aún no se nota, hay algo en ella que está diferente, reflexiono cuando por fin nos sentamos en la sala.
"¿Estás bien?", cuestiono, aún sin haber entendido exactamente qué pasó.
"Estoy, pero no quiero volver a mirar la cara de tu hermano".
"¿Dónde está él?"
"Creo que en casa de tu madre. La culpa es toda tuya". Por suerte el tono quita el peso que su afirmación podría tener. Cruzo las piernas encima del sofá y aguardo la continuación.
"¿Te acuerdas de que hace más de un mes me enviaste los textos de Theodora?"
"Claro", respondo sin entender nada de la conversación.
"Y yo te envié de vuelta algunos pasajes comentados".
"¿Puedes ser más explícita? ¿Qué tiene que ver el libro de Theodora con mi hermano?"
"Parece que en ese momento él vio un e-mail mío para ti que sólo tenía el texto y estaba firmado Theo".
En un instante entiendo lo que pasó. "¿Él creyó que estábamos intercambiando mensajes de amor, un flirteo?"
"Algo así".
Al menos ahora hay una explicación para las tonterías que él me dijo. "¿Y por qué recién te lo dijo ahora?"

"Influencias de la señora tu madre. Él no iba a decir nada, pero ayer por la noche empezamos a discutir. Él había dicho que estaba en casa para cenar y llegó pasada la medianoche. Yo estaba preocupada e irritada. Lo acusé y él no resistió decir todo lo que tenía atorado".
"¿Aclaraste la situación?"
La miro y no evito una carcajada. "Disculpa, pero al mismo tiempo es muy cómico. Tú misma dijiste que eran homónimas, mira lo que eso dio".
"No aclaré nada y no lo voy a hacer. Si él cree que nosotras tenemos algo, peor para él". Pero tu madre ya entendió que fue un equívoco. Ahora mismo, antes de que tú llegaras, él llamó todo con vocecita mansa pidiendo disculpas. Por cierto, tu madre también se puso al teléfono y me pidió que te dijera que quiere hablar contigo. Ni parecía ella, llena de cuidados y delicadezas, casi imploró para que yo te convenciera de perdonarla. Me dijo que te había dicho cosas horribles, pero que nunca en ningún momento había pensado que tú podías ser lesbiana". Theresa respira hondo y me mira, buscando una reacción. Me muerdo el labio, pero no digo nada, por lo que ella continúa. "Mira Jenny, no sé si hice bien, ella es tu madre, pero le dije unas cuantas. Esto de estar embarazada parece que nos da un coraje extra. Le dije que era falsa y retrógrada, que se metía en la vida de los demás y que sólo no había logrado estropear la tuya porque eres una persona fuerte y con muchos amigos, pero que a ese paso iba a arruinar la vida de su hijo. En cuanto a si eres lesbiana o no, era una cuestión tuya con la cual nadie tenía nada que ver, pero si fueras feliz con una mujer, entonces era exactamente eso lo que yo deseaba para ti".
"¿Tú dijiste eso? ¿Y después?", reacciono, sorprendida con las palabras de Theresa.
"Después le colgué el teléfono en la cara, sin que ella hubiera conseguido decir una sola palabra".

*

"Qué bueno que viniste a cenar", grito desde la cocina cuando escucho a Isabella entrar.
"Qué bella recepción, espero que las palabras vengan acompañadas de comida, estoy hambrienta", afirma mientras se aproxima.
Después de comer le cuento primero todo lo que pasó en casa de mi cuñada.
"Tu madre logra superar mis expectativas, ¿entonces pensar que tú podías ser lesbiana es algo por lo cual ella te debe un pedido de disculpas? Espero nunca tener el placer de conocerla". A pesar de las palabras, la reacción de Isabella es contenida, pero no deja de darme la clara noción de cuánto todo esto la incomoda.
"Basta de hablar de mi madre, tengo otra cosa para contarte". En pocas palabras resumo mi encuentro con Theodora y la invitación para la fiesta. "No puedo ir, realmente no", reafirmo en un tono que deja en el aire si se trata de una afirmación o una pregunta.
"Deberías ir".
"¿Por qué? Tú nunca fuiste", afirmo agarrando el hombro que esta noche no parece aliviarse por más que ya haya tomado pastillas.
"Nunca fui invitada. Val ya estuvo en una de esas fiestas, antes de que nos conociéramos, y por lo que me fue dado a entender, es inolvidable". Isabella interrumpe el raciocinio y mira la mano que tengo colocada sobre el hombro: "Tienes que hacer algo con ese brazo, no puedes continuar así".
Casi como si adivinara que necesito huir de este asunto, mi teléfono da señal de mensaje. Lo leo, preocupada de que pueda ser alguna otra hazaña de mi hermano o mi madre. Es de Theodora: 'Me gustaría que vinieras conmigo a almorzar con mi abuela mañana, quién sabe si ella te puede hacer cambiar de opinión'.
Después de leer una primera vez, lo leo en voz alta para que Isabella escuche. "Está loca, ¡ahora

quiere que vaya a almorzar con la abuela!"
"No creo nada de eso, si la abuela es el tema del libro y tú la estás ayudando, realmente deberías conocer a esa señora. Por lo que me has dicho, seguro va a valer la pena, ¡debe ser tremenda mujer!"

**

Es la una y diez cuando el portero de un edificio antiguo del centro de la ciudad nos abre la puerta. Saluda a Theodora con la familiaridad que se espera de alguien que nos conoce desde la infancia y me dirige una sonrisa tan amable como discreta.
"Su abuela la está esperando", afirma presionando el último botón del ascensor.
Cuando la puerta del ascensor se abre, estamos dentro de la casa, un hall de paredes blancas en el cual sobresalen piezas de arte que podrían estar en cualquier museo.
No logro evitar abrir la boca de asombro. "¡Es un Picasso!"
"Tiene uno más en la sala. Te va a gustar conocerla, es la..." La frase es interrumpida por la entrada de una señora de cabello corto, totalmente blanco, vestida con una inmaculada blusa de seda naranja que contrasta con sus pantalones negros.
"Sólo puedes ser la famosa Jennifer, profesora y mentora de mi nieta", profiere en un tono coloquial extendiéndome la mano.
A pesar de que las manos reflejan la edad que debe tener, todo el resto es ligero y jovial.
"El almuerzo está servido, ¿vamos?"
Nos acompaña hasta el comedor, donde una mujer igualmente elegante, aunque bastante más joven, nos aguarda. Sólo un poco después, cuando no se sienta con nosotros y trae los platos, me doy cuenta de que se trata de una empleada.
"Es Sue", murmura Theodora junto a mi oído, "acompaña a mi abuela hace años".
Me abstengo de cualquier pregunta, hasta porque tal no sería posible, ya que Theodora tiene una misión bien definida para este almuerzo.
"Jenny, puedo tratarla así, ¿verdad?", sin esperar ninguna respuesta, la abuela de Theodora continúa: "Jenny, mi nieta me contó que la está ayudando en el libro, pero que tiene dudas sobre la veracidad de algunos pasajes".
"No es eso", me apresuro a intervenir, esperando que no me haya interpretado mal.
"No, no se preocupe, yo entiendo. Es difícil para quien nunca formó parte, nunca sintió, poder adivinar. Tal vez un día tenga esa oportunidad, quién sabe".
No sé si es impresión mía, pero tengo la sensación de haber un breve intercambio de miradas entre ellas.
"Acepta la invitación de Theodora para la fiesta. Los Años Nuevos de 'Sphere' son inolvidables. Ve con ella a Río de Janeiro, siente calor, cuando aquí estamos todas heladas. Cambia la nieve por unos días de sol brillante, siente las olas del mar, y sobre todo, permítete vivir."

"¿Río de Janeiro? ¿En Brasil?", pregunto incrédula.
"¿Conoces otro?", ironiza Theodora. "Perdona, creo que no te lo dije, pero la fiesta es en Río. No tienes que preocuparte por nada, yo reservo los pasajes, y el hotel ya está reservado."
"¿Cómo que reservado, has reservado hotel?"
"Las fiestas de la 'Sphere' siempre se organizan en hoteles, los mismos desde que yo las organizaba. Se han convertido en buenos amigos, en muchos de ellos hasta somos invitadas. Sabes, 'Sphere' tiene miembros en muchos sitios, incluso en algunos buenos hoteles. Nuestro hotel en Río es sublime, frente al mar, en primera línea. Allí fue la fiesta de Año Nuevo de 1995, cerramos los últimos pisos, creo que ahora harán lo mismo."

No digo nada, porque no se me ocurre nada mínimamente apropiado, todo esto es tan grande para mí, tan desconocido, y al mismo tiempo tan arrebatador.
"Francesca me llamó", prosigue mirando ahora a Theodora, que sigue comiendo con una sonrisa.
"¿Quería que la abuela estuviera allí?"
"Quería, pero este año no, este año irás tú y tu amiga, el año que viene ya veremos."
Ella está convencida de que iré con Theodora a esa fiesta, tengo que encontrar la forma de deshacer el malentendido, yo no puedo ir. El miedo se apodera de mí y medio tartamudeando intervengo: "Yo... yo no puedo..., no puedo ir a esa fiesta. Ya se lo había explicado a Theodora."
"Querida, ¿puedes ir dentro a buscar más agua?", dice la abuela de Theodora dirigiéndose a ella, que se levanta de inmediato.
Extraño, en una casa con tantos empleados, con Sue...
No tan extraño, como que su abuela quiera que nos quedemos a solas.
"Theodora nos va a dar unos minutos, necesito hablar contigo. Yo siempre he sido directa, y la edad lo ha acentuado aún más, así que te lo voy a decir sin rodeos."
Siento un frío en el estómago y el corazón acelerado.
"Mi nieta te quiere. Nunca la he visto querer verdaderamente a nadie. Ha tenido las novias que ha querido, cuando ha querido. Yo me aseguré de que nadie, ni siquiera mi hijo, se entrometiera en su vida, es lo mínimo que debo a mis nietos, que puedan ser libres. Pero Theodora nunca se había enamorado. Romances, flirteos, mucho sexo, pero nada que pudiera destrozarle el corazón, hasta... hasta que ustedes se encontraron. No te estoy pidiendo que la quieras, ni podría, te estoy pidiendo que le des una oportunidad a la vida, ve con ella a esa fiesta, les hará bien a ambas. Conoce a personas que seguramente te agradarán, son amigas mías, sé de lo que hablo. Y a la vuelta, por favor, ven a almorzar conmigo, estaré ansiosa por las novedades."

Capítulo 21

¿Nunca soñaste conmigo?

Isabella

15 de diciembre

"No vas a creer el almuerzo más extraño en el que he estado, y al mismo tiempo no quería que terminara. La abuela de Theodora es increíble".
"¿No tiene nombre la señora? ¿Es simplemente la abuela de Theodora?"
"¿No adivinas?"
"¿Sophia?"
"¡Touché! Después de ayer, creo que lo que escribe Theodora es casi todo verdad, no ser o no ser verosímil, es la realidad, sucedió. Pero ¿sabes? A pesar de la edad, no es difícil mirar a Sophia y pensar que ella estuvo allá, que escribió el guion de su propia vida. Es una mujer feliz".
"No sé si puedo decir lo mismo". Mis palabras no son programadas, si pudiera haberlas evitado, pero después de proferirlas, no hay cómo borrarlas.
"¿Qué quieres decir con eso?", pregunta de inmediato Jennifer, enderezándose.
"Es complicado".
Pienso en los mensajes de Valerie, en los últimos días inundó mi buzón.
"¿Val?", insiste.
Dándome un momento, va hasta la cocina a buscar agua. No puedo dejar de pensar que fue a tomar otro analgésico. Voy a tener que juntar coraje para tener una conversación seria con ella, esto se está descontrolando.
De vuelta en la sala, se instala en su posición favorita, piernas cruzadas sobre el sofá y Udon en medio de ellas.
"Dice que te extraña".
"¿Y tú lo dudas?"
"No. Yo también la extraño", afirmo perentoriamente, claro que la extraño, reflexiono, apartando el cabello que se empeña en caer sobre mis ojos.
Jenny suspira antes de volver a hablar: "¿Ya no estás enamorada de ella? No entiendo, ustedes se ven bien juntas. Las vi bailar en el cumpleaños de Luiz, no puedes negar que había algo".
"Hay mucho más que 'algo', yo adoro a Val. Valerie despierta pasiones y yo no soy inmune".
"¿Entonces qué es? No entiendo".
Su voz denota la impaciencia de quien, de hecho, no logra entender lo que estoy diciendo. A veces, ni yo misma me entiendo.
"Yo adoro a Val y estoy convencida de que ella también me ama, pero..." No completo la frase porque no soy capaz de hacerlo. Lo más rápido que puedo, me llevo la mano a la cara e intento disimular una lágrima que se escurre.
"¿Pero...? Puedes confiar en mí. Tú lo sabes todo sobre mis dudas, mis angustias, por eso, amiga, puedes hablar, quién sabe ayuda, aunque yo no sea psiquiatra", remata con una sonrisa, tocando mi rodilla con la mano como forma de incentivo.
"Valerie necesita más que sólo lo que tiene conmigo. Necesita aventura, momentos de pasión arrolladora, arrolladora porque es peligrosa, peligrosa porque es prohibida".
"¿Tienes celos?", cuestiona frunciendo el ceño, asombrada.
"No, para nada. Yo no puedo ser la amante secreta si elegí ser su mujer".
"Disculpa la pregunta, ¿pero estás hablando de Val o de ti?"
"De ambas".

Jennifer vuelve a esbozar una mueca de dolor y es mi deja para cambiar radicalmente de tema.
"Estoy preocupada por ti", digo levantándome, "Ven, voy a hacer un té. Hoy no vas a evitar esta conversación".
Ella hace lo que le pido, aparta a Udon dormido hacia el lado y se une a mí en la cocina, sacando las tazas del armario.
"No necesitas decir nada, yo sé", declara, impidiéndome hacer el discurso que había planeado.
"Tienes que parar de tomar pastillas. Yo puedo recomendarte un fisioterapeuta, masajes... Ya sé que es inútil pedirte que hagas meditación, pero mira que iba a ayudar".
"No puedo."
"¡Ya sé! Te pareces a Val", interrumpo.
"No eso, no puedo parar de tomar las pastillas. Ya lo intenté, pero no puedo. Las necesito. Hubo un momento en mi vida, cuando estaba en Inglaterra, en que empecé a fumar. Primero era sólo por juego, para pasar el tiempo, para socializar con mis compañeros de curso. Después empecé a fumar en casa, sola. Dejó de ser una forma de socializar para pasar a ser una forma de soportar la soledad".
Nunca la vi fumar, reflexiono antes de hacer la pregunta: "¿Fue difícil parar?"
"No te imaginas. Yo no era así", dice apuntando a la barriga. "Un día tuve una infección respiratoria, fui a parar al hospital con fiebre y mucha tos. De repente, todos estaban afligidos a mi alrededor. Médicos iban a llamar a otros médicos, enfermeros sacaban sangre para análisis, me llevaban a exámenes y nadie decía nada. En mi cabeza el diagnóstico estaba hecho, tenía cáncer de pulmón, tenía metástasis, iba a morir en meses, tal vez en semanas", suspira profundamente, dando un sorbo al té, haciendo una pausa dramática. "Como puedes constatar, no morí. Creían que era tuberculosis, nunca pensar en cáncer y al final ellos también estaban equivocados, era una neumonía que se resolvió rápidamente con el antibiótico correcto".
"Espero que esta vez no sea necesario nada tan dramático", declaro, más tranquila por saber que ella está consciente del problema.

Me pongo el pijama más abrigado y tiro del edredón hasta la nariz, hace frío. Dejé a Jennifer en su cama improvisada, cada vez más definitiva, con la promesa de que va a buscar al fisioterapeuta que le indiqué.
Antes de apagar la luz miro el teléfono, hoy Val no envió ningún mensaje. La realidad es que la extraño, yo también la echo de menos. El problema es que cuando estoy con ella extraño otras cosas, cosas que no me permito hacer, ni siquiera pensar. La señal de mensaje está encendida, debe ser ella, pienso haciendo clic en el botón: 'Amy'.
¿Cuánto tiempo pasó desde que le envié el mensaje pidiendo disculpas? Dos semanas.
'Dejé pasar estos días porque creí que el tiempo podía ayudar, pero así como dos años no ayudaron, dos semanas tampoco. Vamos a conversar, no es exactamente eso lo que yo quiero, ni creo que sea eso lo que tú necesitas, pero si es lo que podemos tener, entonces que así sea. Di dónde y cuándo y allá estaré'.

**

Me detengo en la puerta de su edificio, miro la puerta, la misma puerta donde estuvimos, la misma puerta que me hizo huir, pero esta vez fui yo quien sugirió que nos encontráramos aquí. Tenemos que poder decirlo todo, reír, llorar, gritar, lo que sea necesario, y no podemos hacer eso en mi consulta, en un café, y mucho menos en mi casa, con Jenny pudiendo entrar en cualquier momento.
Me quito la goma del pelo que tengo en el brazo y me recojo el cabello en una coleta antes de

tocar el timbre.
El salón es tan discreto como la propia Amy, e igualmente elegante. Miro hacia abajo y me arrepiento de los vaqueros desgastados y las zapatillas que me he puesto.
"¿Cómo va el hospital?", pregunto después de instalarnos en la mesa del salón, con dos tazas de café.
"Genial. La consulta se llenó en menos de un mes. Vamos a abrir un área especial solo para jóvenes. Trabajo mucho, pero me siento muy recompensada, es bueno estar finalmente de vuelta."
"Me alegro de que estés bien. Nunca más...", dejo la frase a medias porque nunca debería haberla empezado. No estamos en mi consulta, y ella no es mi paciente.
"Claro, sí. Pienso en ella todos los días, pero ya no a todas horas. A veces consigo dormir toda la noche, y ya pasan semanas sin tener aquella misma pesadilla."
"Lo siento."
"¿Por qué?"
"Por haber sacado el tema."
"Hay temas que no se pueden sacar, porque siempre están aquí. No podemos ni sacarlos, ni empujarlos lejos. La solución es vivir con ellos."
Siento el corazón acelerarse, fue por esta retórica que me encandilé. El desafío de poder conquistar a la mujer que esgrime argumentos de esta forma es irresistible.
"No lo sabes porque nunca tuve la oportunidad de contártelo, pero durante los últimos dos años mis noches de insomnio estuvieron muchas veces pobladas por otras imágenes, menos crueles, menos duras, pero no por eso más fáciles de superar."
Ella sigue sentada en la silla, en la misma posición desde que empezamos a hablar. Lleva un jersey ligero ligeramente escotado, que deja a la vista parte de los hombros, y una falda larga, que imagino puede dejar ver más cuando las piernas se cruzan. Si no fuera por la forma en que mueve las manos, entrelazando y desenlazando los dedos unos con otros, diría que está tranquila.
"Te encontré en el momento más crítico de mi vida. No sabía si iba a resistir, muchas noches y muchos días pensé que tal vez no valía la pena seguir luchando. Y de repente, una tarde, de la que no debes acordarte, dejaste tu sofá y te arrodillaste en el suelo junto a mí, y dejaste tu mano posada sobre mi rodilla. No sé qué me dijiste, pero recuerdo pensar que tenía sentido. Esa noche soñé contigo."
"No fuiste tú, fui yo", intervengo.
"Quizás, quizás puedas pensarlo así, quizás te hayas convencido de que fue por tu causa que nuestras sesiones se transformaron en conversaciones, en encuentros, si queremos ser más precisas."
"¿Tú lo sabías?"
"Claro que lo sabía, yo estaba mal, muy mal, pero eso no me impidió ver lo que estaba pasando. Ni me impidió querer que sucediera."
"Amy", empiezo poniendo mi mano sobre la suya, "yo era tu psiquiatra, no podía haber dejado que sucediera, debería haberte aconsejado otro colega, pero no hice nada de eso, me permití sentir, me permití querer. Fui una pésima profesional, y podría haberte perjudicado mucho."
"El juego de los 'y si' es un juego tan peligroso como inconsequente. Tú no me perjudicaste, y yo acabé buscando otro colega. Lo que nunca pude aceptar fue que no dejáramos que sucediera. Yo quería, y tú querías tanto como yo. Las circunstancias no deberían haber evitado que fuéramos felices."
"Yo estaba con Val."

"Tú querías estar conmigo", replica.
"Tú eras mi paciente."
"Yo quería estar contigo."
Amy aparta la silla, se levanta y empujando mi silla ligeramente hacia atrás se sienta en mi regazo, pasando las piernas una a cada lado, y quedando frente a mí. Mi respiración se acelera, pero no me muevo. Resisto la tentación de poner las manos en su cuerpo, y dejo los brazos rígidos extendidos hacia abajo.
Ella me acaricia el rostro, hoy más expuesto debido al cabello recogido. Con solo un dedo me toca los labios, el mentón, y luego el cuello contorneando el escote de mi camisa. No sé si soy yo, o es ella, pero el ligero balanceo de nuestros cuerpos es suficiente para dejarme sin aliento.
"Soñé contigo despierta muchas noches, en cada una de ellas hicimos el amor, en cada una de ellas, te tuve en mi boca, me rendí en tus manos, como nunca pensé poder entregarme a alguien."
Entro en el juego de palabras, sobre todo porque siempre fueron sus palabras las que me excitaron: "¿Y yo?"
"Tú jugabas conmigo, en un ir y venir, en un casi, pero aún no, hasta saber que estaba rendida, hasta tener la certeza de que sería tuya, no importa lo que pudiera pasar."
Mientras habla, Amy no deja de tocarme, muy levemente pero lo suficiente para hacerse presente. Yo, por mi parte, agarro firmemente la tela de mis pantalones, controlando el impulso de transferir esa misma fuerza a su cuerpo.
"¿Nunca soñaste conmigo?"
Es una pregunta sin retorno. Si digo que no, no solo estaré mintiendo, sino que destruiré lo que está pasando aquí. Si digo que sí, tendré que asumir las muchas noches en que la deseé, los momentos de placer que me permití, imaginando su presencia.
"Por el silencio deduzco que sí. Anda, ven conmigo", tirando de mi mano, me conduce hasta la habitación, sentándose en la cama. "¿Tienes un sueño preferido? ¿Uno que soñaste varias veces? Yo lo tengo.", concluye, clavando sus ojos en mí e impidiendo que desvíe los míos, mientras se descalza y cruza la pierna, haciendo subir la falda, exponiendo completamente el muslo desnudo.
En mi cabeza surge una imagen clara, del sueño que reviví en muchas noches. Sin capacidad para negarlo, admito "Lo tengo."
"Genial. Cuéntamelo, o mejor, muéstramelo."
Amy se levanta y se coloca frente a mí, esperando que sea yo quien tome la iniciativa.
La deseo, la deseo aquí y ahora.
"En mi sueño estábamos en una habitación, podría ser esta. Estábamos solas, sin contexto, sin vida fuera, y sin prisa."
"Exactamente como me siento en este momento", susurra, guiñando un ojo, en señal de su complicidad.
"En mi sueño, no era la primera vez que estábamos juntas, ni siquiera la segunda o tercera, en todas las anteriores habías sido tú quien comandaba los acontecimientos, pero esta vez sería yo."
Incapaz de seguir hablando, la tomo en mis brazos y la beso sin permitir que se aleje. Con gestos rápidos hago que la camiseta se deslice sobre su cabeza, y me inclino besándola por encima del sujetador y luego en el vientre. Oigo un gemido, y la sujeto con más fuerza por la cintura, atrayéndola contra mí.
Amy tiene la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. Me incorporo y me acuesto vestida en su cama. "No, no te acerques", ordeno cuando la veo dar un paso en mi dirección. "Desnúdate, quiero verte desnuda."
Sin prisa, Amy mantiene la mirada en el suelo, fingiendo una vergüenza que sé que no está

presente, pero que encaja a la perfección, abre la cremallera de la falda, que cae al suelo. Se deshace de ella apartándola con el pie, y desabrocha el sujetador, dejando que también caiga al suelo. Da un paso en mi dirección, y se acerca lo suficiente para poder sentir el olor de su perfume. No resisto y le toco uno de los muslos. Antes de acostarse, se quita las bragas, quedando completamente desnuda. Es el momento en que levanta los ojos y encara los míos. Tiene las pupilas dilatadas de deseo y el rostro ruborizado. Durante un momento no hago ni digo nada, quedándome simplemente aquí mirando su cuerpo desnudo.
"¿Te gusta?", pregunta, pasándose la lengua por los labios.
Me deshago de mi ropa y dejo que nuestros cuerpos se toquen, en una simetría perfecta. Siento su calor, y sé que ella siente el mío, oigo sus gemidos, y no contengo los míos. Cuando avanzo el movimiento de los dedos, sé que ella está rendida de antemano, sé que no necesito casi nada, porque tengo la certeza de que en el próximo movimiento ella será mía. Antes de ser capaz de volver a actuar, soy yo quien suelta un grito y no contengo un espasmo de placer, cuando su mano me toca. En el mismo lapso de tiempo, su placer hace coro con el mío, en un orgasmo perfecto, por su intensidad y sincronía.

Capítulo 22

Hoy viniste preparada

Valerie

17 de diciembre

"¿Cuánto tiempo hacía que no salíamos los dos solos?"
"Desde que te convertiste en una mujer casada", bromea Luiz, sabiendo que el tema es tan serio como sensible.
"Bueno, ahora estoy de vuelta."
"Por lo que sé, ya llevas un tiempo de vuelta." Apunta con la cabeza a una mujer sentada al otro lado de la barra, que sonríe y levanta la copa en nuestra dirección. Poco después el barman deposita otra cerveza frente a mí.
Le devuelvo el gesto, pero no me muevo.
"En otras ocasiones no perdonabas", proclama Luiz, pidiendo también otra cerveza.
"Quizás, pero hoy estoy contigo."
"Lo cual, dicho sea de paso, es raro, tú aquí conmigo un sábado por la noche."
"Fred fue al cumpleaños de su hermano, no estará aquí en todo el fin de semana."
"Esa respuesta es aún más rara que el hecho de que estés aquí conmigo. ¿Me lo vas a explicar o debo llamar a Fred?", pregunto medio en serio, medio en broma. Conozco a Luiz y a Fred desde hace mucho tiempo, no me gustaría que ninguno de los dos saliera herido. Además, me siento un poco culpable, después de todo fui yo quien le pidió a Luiz que cuidara de Fred el día de la fiesta. Al parecer, lo hizo.
"Hemos estado saliendo juntos. Es un tipo genial."
"¿Genial?"
Luiz vacía literalmente el vaso de cerveza, pero esta vez no pide otro, reemplazándolo por un whiskey.
"No sé si estoy haciendo lo correcto. Hemos hablado bastante, él me contó lo de su novio, yo le expliqué que no quería compromisos."
"Entonces, ¿cuál es el problema?", pregunto, sorprendida de que ya haya habido este tipo de conversaciones entre ellos.
"La gente habla, conversa, creo que la mayoría de las veces incluso cree en lo que está diciendo, pero luego..."
"¿Luego qué?", interrumpo de nuevo, impaciente.
"Luego los sentimientos nos traicionan."
"Voy a pedir otra cerveza, no te estoy pudiendo seguir", digo mientras miro hacia el otro lado de la sala. La mujer que me saludó ahora está acompañada por otra, pelirroja y con pecas, aparentemente bien acompañada, reflexiono cuando las veo besarse.
"Fred es fantástico, realmente lo es. Y tengo que confesar que se siente bien tener a alguien con quien puedo conversar, sin estar solo hablando del clima y las atracciones de la ciudad, alguien con quien los temas pueden retomarse porque hay un segundo encuentro, e incluso un tercero. Pero tengo miedo, tengo miedo de que o él o yo acabemos heridos."
"Sigo sin entender. ¿No acabas de decir que le dijiste que no querías compromisos? ¿Y él aceptó o no?"
"No solo aceptó, sino que dijo que nunca más quiere estar con alguien, asumiendo que es para siempre. Según sus palabras, 'estamos aquí hoy, la próxima semana ya es largo plazo'. Lo entiendo, él pensaba que se iba a quedar con ese tal Alan hasta morir y, de repente, de un día

para otro, entran en un juego, Fred pensaba que iba a darle emoción a su relación, y Alan se enamora." Luiz vacía el vaso y pide otro.
"Ve con calma, ¡no te puedo llevar en brazos!"
"No lo entiendes, tú sabes cómo soy yo, necesito libertad, variedad, y Fred, Fred solo está asustado, en el fondo él quiere un marido de por vida."
"¿Y crees que eso es incompatible?"
Pienso en Martha y en todos los momentos que tuvimos juntas. Probablemente Luiz piensa lo mismo porque responde: "No lo sé, dímelo tú."
"Yo... echo de menos a Isabella."

Es tarde cuando llego a casa. Me quito la ropa que traigo de la calle, me pongo una camiseta y me acuesto así, sin siquiera lavarme los dientes. Me duele la cabeza. Tengo que dejar de beber así. Recuerdo la conversación con Luiz y pienso en Isabella. Cuántas veces yo dije las mismas palabras que él pronunció hace poco: 'necesito libertad, variedad'. Yo iba aún más lejos y consideraba que el verdadero placer estaba en el arte de la seducción, después de la conquista perdía la gracia. Con Isabella fue diferente, ella nunca me pidió nada, nunca me dio nada por sentado, simplemente estuvo, hasta el día en que ese estar era compartir una casa y un gato. Me gusta la sensación, adoro a Isabella, pero eso no me hizo olvidar el placer de la conquista, y vaya, no se puede conquistar todos los días a la mujer que duerme y despierta con nosotros en la cama. Me doy la vuelta de un lado a otro, pienso en Isabella y luego en Martha. ¿Habrá sospechado alguna vez?

**

18 de diciembre

Afortunadamente, los turnos de tarde de los domingos suelen ser tranquilos y hoy no es una excepción. Salimos justo después del almuerzo, para un accidente de tráfico, nada grave y no volvimos a ser llamados. Menos mal, porque Luiz tiene cara de no haber dormido. No sé si es fruto de la resaca o la ausencia de Fred, pero tiene unas ojeras enormes y un mal humor a juego. En estos días lo mejor es dejarlo pegado a la televisión.
Después de tantos años, ya debería saber que no se puede pensar que un turno está tranquilo, no hay nada más eficaz para activar la alarma.
Como movido por un resorte, Luiz salta literalmente del sofá y corre hacia la ambulancia, escuchando la información de la central.
"Prepárate, es un niño. Creen que está en paro y está solo en casa con su hermano mayor."
Nunca vi a Luiz acelerar tanto, cruza las calles, sin importarle las señales o las aceras, asegurándose de que estamos en el lugar en pocos minutos. Salimos ambos corriendo, con los bolsos de material casi cayéndose en medio de la confusión. Un vecino está en la puerta angustiado: "Por aquí, están dentro de la casa, y oigo al mayor gritar, pero la puerta está cerrada y dice que no puede soltar a su hermano."
Luiz deja las bolsas en el suelo y de inmediato grita: "¡Emergencia! Aléjate de la puerta, ¡voy a derribarla!" Movido por la fuerza que el pánico y la adrenalina nos dan en estos momentos, Luiz se lanza literalmente contra la puerta de madera, que cede de inmediato, haciéndolo caer al suelo del otro lado.
Sin preocuparme por ayudarlo a levantarse, corro hacia adentro. Un chico de quince o dieciséis años está de rodillas en el suelo haciéndole maniobras de reanimación a un pequeño que no debe tener más de cinco años. Completamente exhausto, se aparta a un lado en cuanto me acerco,

dejándose caer acostado en el suelo.
"Tiene una cardiopatía", dice, sabiendo que es una información vital para nosotros. "Estábamos jugando, empezó a reírse y de repente se cayó de lado. No respiraba, no sentía su corazón latir. Hice lo que aprendí en el entrenamiento, comprimí el pecho con toda la fuerza que tenía, no sé si lo lastimé. Ahora antes de que llegaran ustedes, me estaba cansando."
Escucho la voz de Luiz, que entretanto llegó hasta nosotros.
"Hiciste todo bien. Fuiste un héroe."
Me pasa el desfibrilador, está en taquicardia ventricular. "Aléjense. ¡Descarga!"
"Sin pulso", dice Luiz. "Mantén la ventilación y las compresiones."
"Amiodarona", repito mientras administro una ampolla. "Aléjense. ¡Descarga!"
"Tenemos ritmo. Está respirando", grita Luiz aliviado. "Vamos a llevarlo al hospital. Tú...", dice dirigiéndose al hermano mayor que sigue tirado en el suelo, "...vamos, vienes con nosotros, eres el héroe. Fuiste tú quien lo salvó."
El alivio estampado en la cara de los padres cuando vienen a hablar con nosotros es el mayor de los agradecimientos. Cuando sale bien es la más dulce de las sensaciones, pero me deja en la boca el sabor amargo de saber que podría haber sido de otra forma, y que la distancia entre ambas es increíblemente estrecha e incontrolable.

"Me voy directo a casa a dormir", dice Luiz ya bañado, listo para irse. "¿Vienes?"
"Voy a pasar por el hospital."
"Es reconfortante saber que hay cosas que son predecibles, aunque insensatas", profiere riendo, dándome la espalda.

Martha no está en su oficina, ¿habré visto mal el horario? ¿Habrá hecho algún cambio? No hoy, no ahora que necesito estar con ella. Salgo del servicio y recorro el pasillo, es hora de cenar, quién sabe si fue a comer algo. Después de nuestro encuentro inusual en urgencias, no volví a hablar con ella.
Cuando entro en el comedor, la veo de inmediato. Llama la atención incluso en medio de tanta gente. No puedo oír la conversación pero la veo gesticular y reír, en una mesa con seis o siete compañeros más.
Lo más sensato, en una situación que de sensata no tiene nada, sería esperar a que ella terminara de cenar, pero la ansiedad es muchísimo más fuerte que la sensatez. Avanzo confiada hasta la mesa, saludo a los presentes, aunque solo conozco a dos de ellos, y buscando mi lado más profesional, a pesar de estar con chaqueta, guantes y casco bajo el brazo, afirmo: "Martha, ¿podrías ayudarme con el examen de un paciente nuestro?"
Como si fuera algo que ocurre a diario, Martha no muestra ninguna sorpresa y se levanta, siguiéndome por el pasillo. Entramos juntas en su despacho y, aún sin decir nada, ella se quita la bata, colgándola cuidadosamente en la percha, y cierra la puerta con llave por dentro. Me quito la chaqueta, pero no los guantes. La atraigo hacia mí y la beso, haciéndola retroceder hacia el escritorio, hasta hacerla tumbarse sobre él. Sin despegar nunca mis labios de los suyos, paso la mano sobre su camisa, desabotonando algunos botones al paso, sacando la tela de dentro de los pantalones, lo que me permite tocar con el guante la piel de su vientre. Martha se aparta un poco y respira profundamente, para luego agarrar con fuerza mi cabello, atrayéndome para otro beso cargado de deseo.
"Hoy viniste preparada", afirma, provocándome.
Abro la cremallera de sus pantalones y dejo que el cuero de los guantes toque sus muslos. "Mucho más de lo que puedes imaginar", devuelvo, volviendo a pegar mi boca a la suya,

impidiendo un gemido.
En ese mismo instante, el pomo de la puerta gira. Afortunadamente, la puerta está cerrada con llave. Me pongo de pie, y ella también, arreglándose la ropa y pasándose la mano por el pelo. Llaman suavemente a la puerta, diciendo "Martha". Con una calma imperturbable, ella se pone la bata, me empuja detrás de la puerta y abre.
"Perdona que te moleste", dice la colega que está al otro lado, sin parecer mínimamente sorprendida de que la puerta estuviera cerrada. "Hay un hombre en urgencias que se cayó de la bicicleta y sufrió un traumatismo craneal, quería que miraras las imágenes, el colega de neurocirugía también tiene dudas. Hay una hemorragia, pero no podemos determinar la extensión y la necesidad de intervenir ya."
"Claro, bajo contigo."
Con esta frase, Martha sale, dejándome sola en el despacho.
Esta historia no es nueva, cambian los personajes, en una el contexto, pero es una vieja conocida. Sabiendo exactamente lo que ella espera de mí, me dirijo a la sala de descanso del servicio de radiología, una habitación que solo usa la propia Martha cuando está de guardia.
Poco después, la puerta se abre y ella entra, haciendo exactamente lo que hizo anteriormente. Se quita la bata, la cuelga y cierra la puerta con llave. Me mira y sonríe, se quita la camisa y los pantalones, manteniendo la ropa interior y los zapatos, cuando se tumba extendida sobre la cama, con las rodillas ligeramente separadas y los labios entreabiertos.
Yo también me he desnudado, manteniendo solo los pantalones y los guantes. Me recuesto sobre ella dándole un beso y permitiendo que sienta el olor de la piel junto a su nariz.
"Todo", murmura, mordiéndome la oreja y cerrando los ojos.
Sé que está de guardia y que en cualquier momento alguien puede llamar a la puerta, pero, si es posible, eso tiene el poder de excitarme aún más.
Deslizo el guante sobre su cuerpo desnudo, dejando que sienta el toque del cuero en cada centímetro de su cuerpo. Me siento sobre ella, dejando que los pantalones rocen sobre su vientre, sobre la pelvis, que se balancea, queriendo más.
Sin pudor, se quita las bragas en un movimiento rápido y me empuja hacia abajo. Hago exactamente lo que ella sugiere, mezclando besos con caricias, escuchando sus gemidos contenidos y roncos. Dejo que sus uñas se claven en la piel de mis hombros, sabiendo lo lista que está.
"¡Val!" El grito es ahogado por la almohada que agarra sobre su cabeza, pero aún perfectamente audible.
Tan pronto como su cuerpo se lo permite, se incorpora completamente desnuda, me empuja con ambas manos haciéndome tumbar de espaldas. Me quita los pantalones, y no necesita quitarme los guantes porque yo misma ya me los he sacado. Sin más preámbulos, me toca en el sitio que sabe que es el correcto, y en silencio invade mi cuerpo. Contengo la respiración por un instante, y enseguida dejo que olas de placer me atraviesen sucesivamente, en un orgasmo que parece no tener fin.
"No hay duda de que hoy viniste preparada", dice volviendo a besarme, antes de levantarse, para vestirse y volver a estar lista para trabajar.

Capítulo 23

Una postal ilustrada

Jennifer

23 de diciembre

Estoy en casa de Theresa cuando recibo el correo electrónico. No quiero creerlo.
"¿Qué pasó?", pregunta, probablemente al ver mi rostro cambiar de color.
"¡No vas a creerlo! Lee este correo." Le paso el móvil a mi madre y espero a que lea hasta el final.
"¿Quién es?"
"Un alumno de escritura creativa."
"¿El chico está insinuando que beneficiaste a Theodora, es eso?"
"En una versión suave, sí, es eso. Se cree el máximo, escribe ciencia ficción, y todo lo demás casi ni debería ser considerado literatura. Sus trabajos no son malos, pero son siempre iguales, copias unos de otros, copias de otras historias. Son predecibles. Tuvo una nota baja y no le gustó. Vino a hablar conmigo en la última clase, muy ofendido. Le expliqué mi punto de vista y pensé que lo había convencido. Hasta porque esta es una evaluación provisional, todavía tiene chances de mejorar. Por lo visto, no."
Theresa, aún con el teléfono en la mano, vuelve a leer el correo. "Las insinuaciones son graves. Él dice aquí claramente que tú tienes una relación privilegiada con una de las alumnas, dedicándole tiempo y atención de forma desigual, y perjudicando a todos los demás estudiantes."
"Ese correo fue enviado a mí y a la coordinación del curso, con copia a todos los miembros", digo sintiéndome invadida por una especie de pánico. "¿Qué van a pensar?"
"¿Importa?", me responde, devolviéndome el teléfono y dándome una palmadita de consuelo en el brazo.
"¿Importa qué? ¿Lo que puedan pensar? Claro que importa, es mi trabajo, son mis jefes", respondo irritada.
"¿Estás preocupada exactamente con qué? Si es con que piensen que beneficiaste a una alumna, hasta lo entiendo. Ahora, si el drama es porque puedan pensar que eres lesbiana, ¡entonces vaya Jenny, quien es prejuiciosa eres tú!"
"Los colegas nos vieron juntas en el bar. Saben que ella escribe literatura lésbica..."
"¿Y es eso lo que te preocupa, que te puedan confundir?", afirma de forma irónica, encogiéndose de hombros. "A ver si vas de verdad a esa fiesta, puede ser que aprendas algo. En este momento te pareces igualita a tu madre y a tu hermano."
Me tapo la cara con las manos, me inclino hacia adelante y dejo que los codos se apoyen sobre las rodillas. Theresa tiene razón, pero no soy capaz de admitirlo.
"Tu hermano sigue pidiendo disculpas, pero si cree que voy a echarme atrás está muy equivocado. Lo que no le admito no es que él pueda haber desconfiado de mí o de ti, es que él piense que ser lesbiana es una acusación, una ofensa."
Me levanto y la miro, Theresa es una persona especial. Le doy un abrazo y me siento a su lado. "Tienes toda la razón. Menos mal que Isabella no me oyó. Imagínate entonces a Val, me habría destrozado, ella siempre cree que soy homofóbica." Me detengo un instante antes de volver a hablar, "tal vez tenga razón, tal vez en el fondo yo sea prejuiciosa. Pero no quiero serlo."
"Es un buen principio", afirma riendo. "Olvida el correo, nadie le va a dar importancia. Cuéntame sobre Theodora y el libro, hace tiempo que no me das novedades."
"Hablar con su abuela me hizo tener otra perspectiva sobre la historia. En muchas cosas creo que

Theodora se parece a su abuela. Es una chica llena de fuerza y con un talento natural para hacer que las cosas sucedan. Deberías leerlo, voy a enviarte más capítulos, es bueno. No es solo que esté bien escrito, es la forma en que la historia nos envuelve hasta que pensamos que podríamos formar parte de ella."
"Nunca te oí hablar así de John, o de sus libros", dice de forma mordaz.
Sin poder evitarlo, me siento ruborizar. "No hay comparación."
"¿Qué? ¿Los libros o tus sentimientos?"
Me invade un sentimiento difícil de describir, que mezcla miedo, angustia y mucha frustración, y de un momento a otro las lágrimas corren sin poder detenerlas. Sorprendida con la reacción, Theresa me acoge en un abrazo.
"¿Qué pasó, Jenny? ¿Qué sucede?"
Los sollozos me impiden responder y casi respirar. Me duele el hombro, me duele la cabeza, pero sobre todo me duele el alma. Sin poder responder, dejo que los sollozos se apoderen de mí.
"Me gusta ella. Me gusta mucho. Yo no quería que fuera así, no debería haber sucedido, pero estoy cansada de luchar contra ello. Nunca sentí con nadie lo que siento cuando estoy con ella. Aquel día, en su casa, parecía que flotaba, que no era yo. Pero, Theresa, tú sabes que no puede pasar. Ella es mi alumna."
Ella va a la cocina y vuelve, extendiéndome un vaso con agua. Bebo el agua, intentando normalizar la respiración, y aprovecho para tomar una pastilla. Veo que se da cuenta, se encoge de hombros, pero finjo no notarlo.
"Es tu alumna, pero no es una niña. Es una mujer adulta, que parece saber muy bien lo que quiere", dice mirándome a los ojos.
"¿Cómo puedo sentir estas cosas por una mujer? Yo amaba a John", afirmo con un suspiro volviendo a esconder la cara entre las manos.
"Y ahora estás enamorada de otra persona, no veo ningún problema."
Me levanto del sofá y voy hasta la ventana antes de volver a hablar. "¿Y si fuera contigo?"
"Ya fue", responde sin agregar nada más, obligándome a mirarla. "Antes de empezar a salir con tu hermano, tuve un enamoramiento arrollador por una profesora de la facultad. Durante la carrera no pasó nada, unas miradas, unos mensajes, yo lo sabía, ella también, pero nunca nada fue explícito. Unos meses después de terminar, aparecí en la facultad y la invité a salir. Sin dudar ella aceptó. Durante unos meses estuvimos juntas."
"Nunca me lo contaste."
"Nunca preguntaste. Ve con ella a la fiesta. Es una experiencia única. Tal vez te ayude a entender lo que realmente estás sintiendo."

**

31 de diciembre

La vista desde la ventana parece una postal ilustrada. El mar se extiende frente a nosotros, el Corcovado, la gente corriendo, los niños en los cochecitos. Todavía no puedo creer que esté aquí.
Durante el viaje, Theodora contuvo el entusiasmo y se mostró afable pero extraordinariamente moderada. Encendió la laptop y trabajó la mayor parte del vuelo. Incapaz de hacer lo mismo, fui leyendo y adormeciendo, dejándome mecer por el motor del avión.
Me sorprendí cuando en la recepción nos entregaron dos llaves, en mi cabeza ya había hecho mil películas sobre cómo compartir una habitación con ella. Me siento en el borde de la cama, sin desviar la mirada del paisaje, e intento organizar los pensamientos, más que los pensamientos, si

al menos pudiera organizar los sentimientos. Las palabras de Theresa se mezclan con las de la abuela de Theodora, y, de la nada, oigo la voz de mi madre, 'todos van a pensar que eres lesbiana'. ¿Y si lo soy? ¿Y si estoy enamorada de ella? Me dejo invadir por una inquietud que no sé de dónde viene.

La fiesta es solo por la noche, y Theodora viene a buscarme para un paseo por la playa.
El calor cuando se pasa la puerta del hotel es intenso, tanto más que acabamos de llegar del frío del invierno del hemisferio norte. Respiro profundamente y me siento de inmediato mejor. Theodora en cambio parece completamente ambientada. Viste un top y unos shorts que acentúan la elegancia de su cuerpo. Realmente tengo que empezar a ir al gimnasio, reflexiono mirando alrededor. Avergonzada, me saco la camiseta de los pantalones, intentando ocultar lo más posible el volumen de la barriga. Si se da cuenta, no lo demuestra.
"Lindo, ¿verdad? Cada vez que estoy aquí es como si fuera la primera", afirma cuando nos acercamos a la arena.
"¿Cuántas veces has estado aquí?" La vida de Theodora sigue siendo un misterio. Todos los lugares de los que se habla, ella los conoce.
"Muchas, a mi abuela le encanta Río. Dice que no es París la ciudad del amor, sino Río de Janeiro."
Compramos un agua de coco y caminamos por un rato sin decir nada. Siento su mano tocar la mía, pero atribuyo el hecho al azar. Pero cuando el toque se vuelve más intenso y sus dedos se interponen en los míos, me queda claro que el gesto es intencional.
"No puedo", digo, demasiado alto, alejándome. Acelero el paso, lo suficiente para ganar unos metros de ventaja. Con el corazón acelerado y el cuerpo sudado, no sé si debido al calor o a la emoción, me siento en un banco. Poco después siento su mano posarse en mi hombro.
"Creo que llegó la hora de conversar", afirma sentándose a mi lado. "No podemos seguir fingiendo, Jennifer."
Oír mi nombre pronunciado por ella hace que mi respiración se acelere. Soy consciente de que parezco una adolescente, pero es exactamente así como me siento, y no sé qué hacer con eso. Trago saliva y bajo la cabeza, apoyándola en mis manos.
"Nunca me he escondido de nada, ni siquiera de los sentimientos". Theodora posa su mano en mi rodilla y no parece dispuesta a renunciar a la conversación. "Siempre supe que me gustaban las mujeres, lo descubrí muy pronto, cuando tuve mi enamoramiento con una profesora de piano, veinte años mayor que yo. Tuve la suerte de crecer en una familia donde eso no era un tema, y que me gustaran hombres o mujeres era indiferente, siempre que fuera feliz. Una vez te dije que había tenido muchas novias, pero nunca me había enamorado, no es verdad. Hace poco más de dos años me enamoré perdidamente..."
Levanto la cabeza y la miro. Hace calor y una gota de sudor le resbala por el cuello, sin pensarlo paso el dedo por su piel.
"...me enamoré de una colega de mi padre. Estuvimos unos meses en San Francisco, ella siempre estaba con nosotros, una cosa llevó a la otra. Pensé en quedarme allí, creí que podía alquilar un apartamento y elegir una universidad. Convencí a mis padres de que era la decisión correcta, soñé, hice planes, y en el último momento, ella me dijo que no estaba lista. No te imaginas la sensación. Cuando volví, mi abuela quiso hablar conmigo. Fue la conversación más seria que he tenido en toda mi vida, y la que por más años que viva nunca olvidaré. Me contó su historia, me habló de cosas que nunca podría imaginar, de victorias, sí, pero también de las muchas derrotas, de lo que perdió y de lo que nunca pudo tener. Unas semanas después me compró un billete de avión y me mandó a Milán, diciendo que una amiga suya me estaría esperando. Conocí a

Francesca. Una mujer increíble, sublime en sus sesenta y tantos años. Me mostró que la vida tiene muchas facetas, que el amor tiene muchas caras. Durante los tres días que estuve allí conocí a mujeres increíbles. Cuando volví, yo no era la misma persona, tal vez por eso quiero tanto que vengas hoy a esta fiesta."
"Yo..."
"Tú no eres lesbiana, lo sé", afirma irritada, antes de que yo tenga tiempo de decir algo más.
No sé por qué, pero su irritación me da ganas de reír, y suelto una carcajada, rompiendo finalmente la tensión. "Por cierto, no era eso lo que iba a decir, esta vez", añado aún riendo. "Me encantó conocer a tu abuela. Sé que fueron solo unas horas, pero entiendo lo que dices, hay personas que nos cambian."
Theodora agarra mi mano y se inclina hacia mí. "Me enamoré de ti el día que te escuché en nuestra primera clase. No iba buscando eso, todo lo contrario. Había investigado, pensé que podías ser la persona ideal para orientarme, ya pensé que podías ser la persona 'ideal' para enamorarme."

*

Después de muchas dudas y conjeturas, traje un vestido negro para usar en la fiesta. No es quizás el más adecuado, pero es el que aún me queda bien. Cuando volvemos al hotel, Theodora me acompaña hasta la puerta de la habitación. En el suelo hay una caja dorada con una tarjeta.
"¿Qué es?"
"Una sorpresa"
"¿Tuya?", pregunto perpleja.
"No, no me atrevería a tanto. De Francesca."
"¿La Francesca de Milán?" Cada vez entiendo menos. Me siento completamente idiota teniendo esta conversación en medio del pasillo de un hotel de lujo en Río de Janeiro. Me froto los ojos, pensando que tal vez pueda ser un sueño. "¿Francesca está aquí?"
"No, pero me llamó para desearme feliz año. Me dijo que había hablado con mi abuela, y que te dijera que esta caja era su regalo de bienvenida. Dado el recado, voy a vestirme, que ya no tenemos mucho tiempo", se apresura a concluir como si se tratara de algo banal.
Sola en la puerta de la habitación, por fin cojo la caja y entro en el cuarto. Atado al lazo hay un sobre también dorado. Lo abro y saco una tarjeta escrita a mano: 'Estoy segura de que nos conoceremos muy pronto, hasta entonces disfruta, aprovecha cada momento, no porque sea el último, sino porque es único. Permítete sentir, actúa sin pensar, juega sin miedo a quemarte, nuestro espacio es un lugar seguro, hoy y siempre.'
Dentro de la caja hay un vestido. De parecido con el mío, solo el color, un simple vestido negro, glorioso en su simplicidad, sublime en su sofisticación.

Entramos juntas, Theodora y yo, en la sala situada en el último piso. Después de algunas presentaciones y muchas sonrisas, nos sentamos en una mesa junto a la ventana donde ya están otras cuatro mujeres. A nuestro alrededor giran bandejas con copas de champán y las más sofisticadas creaciones de sushi. Beben, comen y conversan como en cualquier otra fiesta, donde amigas de larga data se reencuentran y ponen la conversación al día. A mi lado se sienta una física de la Universidad de Berlín, Analise. Del otro lado Emma, actriz de teatro, y junto a Theodora, Alexis y Camila, una pareja de Barcelona.
Con el paso de las horas, la conversación se centra en las relaciones y la necesidad apremiante de libertad, no dejo de estar impresionada con el elitismo y fascinada con lo que estoy oyendo.
Alexis es abogada y va contando historias sobre traiciones, divorcios y dramas.

"Yo nunca podría ser traicionada", afirma categóricamente Analise.
"Claro que no, tú eres la reina de la libertad", responde de inmediato Alexis, añadiendo, "Pero eso puede cambiar, un día conoces a la persona correcta, y..."
Sin dejarla concluir, Analise interviene con su voz tan calmada como asertiva, "Yo ya conocí a la persona correcta. De hecho, puedo decirte que todas las personas que conocí fueron las personas correctas. Correctas en ese momento, correctas en las circunstancias. Di y recibí lo mejor de cada una, sabiendo eso mismo que era un intercambio, y que cada momento vale por sí mismo, sin la necesidad de escribir la historia hasta el final. ¿Sabes por qué no puedo ser traicionada?"
"No, pero quiero saberlo mucho", responde Emma, acercándose más al frente en el sofá y vaciando su copa de champán.
"Porque la traición deriva de la infidelidad, y la infidelidad implica posesión. Yo creo en la total libertad de elección, y más, creo que podemos tener elecciones diferentes en momentos diferentes. Como el agua del río, la vida corre y no estarás dos veces en el mismo punto."
Me reclino hacia atrás y me dejo perder en las palabras de Analise. Cuando vuelvo a coger una copa de champán, soy consciente de que ya he bebido más de lo que debería, pero hoy eso no importa. Pensándolo bien, solo puedo tener motivos para celebrar, en mucho tiempo es la primera vez que no me duele el hombro, reflexiono pasando la mano sobre la piel desnuda.
Al dar la medianoche, el estallido de los fuegos artificiales sobre el mar ilumina la oscuridad como si fuera de día. Las copas tintinean, los deseos se hacen oír. En la pista de baile improvisada varias parejas bailan abrazadas, incluyendo a Theodora que se alejó con Emma, y a Camila que literalmente arrastró a Alexis.
Analise, que se había levantado, vuelve a sentarse a mi lado. "¿Te dejaron sola?"
"No pasa nada, lo estoy adorando", afirmo sonriendo.
"¿Adorando exactamente qué?"
Qué pregunta tan insólita, ¿cómo que 'qué'? ¡Todo!
Por lo que entiendo, no esperaba que le respondiera, porque prosigue como si no hubiera hecho una pregunta. "Theodora es una mujer increíble."
"¿Se conocen desde hace mucho tiempo?"
"El tiempo es relativo."
Obvio, o no fuera ella física.
"Estás demasiado tensa", afirma mirándome directamente a los ojos, poniendo su mano sobre mi brazo. "¿Puedo ayudar?"
Me siento mareada, pero, en vez de dejar de beber, llevo la copa a la boca y vuelvo a vaciarla. La música se detiene por un momento, y justo frente a nosotras, Alexis besa apasionadamente a Camila, para luego seguir bailando con el cuerpo pegado al suyo, y las manos provocativamente colocadas en la parte baja de su espalda.
"Nunca he besado a una mujer", declaro en un arranque de honestidad.
Sin darme tiempo para el arrepentimiento que seguramente sentiría, Analise se inclina hacia mí y apoya sus labios en los míos, en lo que empieza por ser un beso cándido y pronto se transforma en un gesto arrebatado. Pongo mis manos alrededor de su cuello y correspondo.
"Ahora ya no puedes decir lo mismo", declara cuando se aleja, con una sonrisa. "¿A qué le tienes tanto miedo?"
"Theodora es mi alumna."
"No por mucho tiempo."
"No es excusa, no puedo enamorarme de una alumna, no es correcto."
Analise suelta una carcajada.

"¿De qué te ríes?"
"De que consigas colocar en la misma frase la palabra 'enamorar' y 'poder'. Enamorarse no es una cuestión de 'poder' es una cuestión de 'querer'. Cambia tu pregunta, no te preguntes si puedes o no enamorarte de ella, pregúntate más bien cuánto la quieres."
"Ella es mucho más joven que yo."
"Y yo soy mucho mayor."
Miro alrededor en busca de alguien que pueda servirme otra copa de champán. Cuando levanto el brazo, Analise me agarra la mano tirando de ella hacia abajo. "Basta de alcohol por hoy. No va a cambiar lo que sientes, y no es este el valor que necesitas." En ese momento Theodora y Emma vuelven a la mesa.
La madrugada ya está avanzada, y salimos poco después, con la promesa de regresar dentro de unas horas. Más tarde hay una cena de Año Nuevo.
Esta vez soy yo quien acompaña a Theodora hasta la puerta de su habitación.
"¿Puedo entrar?", pregunto cuando nos detenemos.
"Creo que no."
No era la respuesta que esperaba. Le acaricio el rostro, jugando con los dedos en una de las trenzas que se soltó durante la noche.
"¿Puedo darte un beso?"
"No."
"Pensé que querías", afirmo sorprendida, retrocediendo un paso.
"No hay nada que desee más, pero no así. Quiero un beso tuyo cuando estés sobria. Buenas noches, Jennifer."

Capítulo 24

Lo mejor de dos mundos

Isabella

31 de diciembre

Las últimas semanas fueron intensas. No es fácil asumir aquello que durante tanto tiempo intentamos esconder, pienso cuando termino de bañarme.

Es bueno estar aquí en casa de mis padres. Pensé que iban a discutir, cuestionarme sobre por qué me fui de la casa de Valerie, de nuestra casa, pero para mi asombro, nada de eso sucedió. Cuando le dije a mi madre que no solo venía a pasar la Navidad, sino que me quedaba aquí hasta Año Nuevo, su alegría no podía ser mayor. Si se sorprendió por el hecho de que Val no viniera conmigo no lo manifestó, y deduzco que debe haber instruido bien a mi padre, porque él tampoco hizo ningún comentario.

La vida fuera de la ciudad, aunque aquí tan cerca, es diferente. El ritmo de los días es más lento, y creo que eso me permite pensar más profundamente.

Con la cabeza inclinada hacia adelante, froto con fuerza la toalla en los rizos con la esperanza de que se sequen, al menos un poquito. El teléfono que debo haber dejado por ahí vibra más de una vez, pero en esta posición es imposible verlo.

Varios mensajes de Val: '¿Cómo estás? Te extraño. ¡También extraño a tus padres, dales un beso de mi parte!', 'Decidí aceptar la invitación de Luiz y pasar el año con él y con Fred. ¡Este año solo tengo un deseo!', '¡Siente mi beso aunque no te lo pueda dar!'

En las últimas dos semanas los mensajes son casi diarios, pero yo raramente respondo. Miro mi imagen en el espejo y recuerdo las tantas veces que estuvimos juntas aquí en casa.

'También te extraño.' Es todo lo que logro escribir, esperando que ella pueda leer lo que las palabras no dicen.

Después de una cena perfecta, repleta de lo que más me gusta, nos quedamos los tres sentados en la sala. Mi padre va a buscar álbumes de fotos antiguos y al son del espectáculo de fin de año en la televisión, nos reímos a carcajadas con la ropa y los peinados de hace veinte años.

"¿Te acuerdas?", pregunta mi madre sacando de la caja una hoja de papel cuidadosamente doblada en cuatro.

"Cómo podría olvidarla." Mi primera carta de amor, una carta que escribí y nunca envié cuando estaba en el liceo. Quedó años en el cajón de mi escritorio, hasta que un día mi madre la encontró.

"¿Algún día la volviste a ver?"

"No. Se fue del liceo al año siguiente, nunca supe nada."

Mi padre menea la cabeza y sigue mirando fotos, aparentemente sin prestar mucha atención a nuestra conversación.

"Podrías haberle dado la carta, es una carta bonita", afirma mi madre con una sonrisa volviendo a colocar el papel.

"Dejaste que el miedo ganara, y prescindiste de esa victoria", declara mi padre, mostrando estar atento, no solo hoy, sino hace veinte años.

Las campanadas de medianoche se mezclan con el estallido de cohetes y fuegos artificiales. Cierro los ojos y pienso en un deseo "quiero coraje para ser yo, para ser feliz por completo, y no solo feliz dadas las circunstancias." Creo que ni yo misma tengo plena conciencia de lo que abarca mi deseo, pero una cosa es cierta, aún no lo he logrado realizar.

Poco después mi padre se va a acostar, dejándonos solas. Mi madre prepara dos tazas de

chocolate caliente y se instala en el sofá a mi lado, recordando noches de invierno de mi infancia, cuando este mismo cuadro familiar significaba que había una conversación que era necesario tener.
"¿Por qué te fuiste de casa?", pregunta, como si finalmente hubiera llegado el momento adecuado para poder hacerlo.
"Necesito un tiempo para mí", respondo sin mucha reflexión, repitiendo lo que les dije un sinnúmero de veces a quienes me hicieron la misma pregunta.
"¿Estás enamorada de otra persona?"
¿De dónde salió esta idea? ¿De qué está hablando? Es imposible que sepa algo, yo nunca hablé con nadie además de Fred, y Fred no conoce a mi madre.
"No pongas esa cara, nadie me dijo nada. Yo soy tu madre, te vi crecer, te vi enamorarte y quedar con el corazón roto, por eso créeme, no necesito que nadie me diga nada." Apoya la taza en la mesa y me envuelve en un abrazo.
Siento las lágrimas en los ojos y, no dejándolas correr, me froto la cara con fuerza.
"Yo amo a Val."
"Lo sé."
Es extraordinaria la capacidad que mi madre siempre tuvo para entender mis sentimientos, muchas veces mejor que yo misma.
"Hay otra persona..."
"¿La misma que, hace dos años, te hizo tomar la decisión de ir a vivir a la casa de Val?"
"¿Cómo puedes saber esas cosas?", pregunto incrédula.
"Pocas veces te vi así. Estabas feliz con Val, pero durante unas semanas parecía que estabas en las nubes, que flotabas en el aire, después vi desaparecer el brillo que tenías en los ojos y ser reemplazado por tristeza, miedo, tal vez. Pocas semanas después estabas diciendo que ibas a pasar a quedarte en la casa de Val. No fue difícil entenderlo."
"Era imposible."
"¿Y dejó de serlo?"
"Creo que sí. Ella volvió, ahora ya no es mi paciente, y yo no estoy con Val."
"Entonces, ¿por qué esa mujer fantástica no está aquí hoy? O al contrario, ¿qué estás haciendo tú aquí, que no estás con ella?"
"Amy se fue a pasar la Navidad con sus padres, viven lejos."
"Si es solo eso, ¿por qué la nube negra sigue sobre tu cabecita?", pregunta dándome una palmadita en la pierna.
"Yo amo a Val, y al mismo tiempo Amy me lleva a un mundo diferente, una realidad paralela. Es como si fueran lo mejor de dos mundos..."
Mi madre me interrumpe, no dejándome terminar: "A veces podemos aspirar a tenerlo todo, no te olvides de al menos intentarlo."
Respiro hondo y antes de poder retomar la conversación, ella se levanta y se despide con un beso de buenas noches.

**

1 de enero

A pesar de adorar la compañía de Jennifer, es bueno poder volver a casa y tenerla solo para mí, aunque sea hasta mañana, reflexiono dejando las maletas en medio de la sala. Después de un vaso de agua y una ducha revitalizante, guardo todo lo que mi madre insistió en que trajera y me acuesto en el sofá de la sala. En la televisión, una película antigua capta mi atención durante unos

minutos, hasta que mi cabeza empieza a divagar y se pierde en pensamientos sueltos. Recuerdo las palabras de mi madre, cómo podía ella saber, no dejo de preguntarme. ¿Soy tan transparente? ¿Qué quiso decir con 'intentar tenerlo todo'?
Cojo el teléfono y marco el número de Amy, tal vez ya haya vuelto.
"¿Cómo sabías que te iba a llamar?", pregunta, contestando al primer tono.
"Porque oí tus pensamientos desde aquí."
"Necesito tu piel. ¿Qué estás haciendo?"
"Acostada en el sofá esperándote."
"¿Desnuda?"
"Todavía no, pero puedo estarlo, si eso te hace llegar más rápido."
Amy suelta una carcajada, "Te hizo bien ir a casa de tus padres, recuérdame agradecerles."
"Mi madre quiere conocerte."
Creo que mi afirmación la dejó sin palabras, pues durante largos segundos no dice nada.
"¿Hablaste sobre mí con tu madre?"
"No, pero ella habló sobre ti conmigo." De forma detallada le cuento la conversación con mi madre.
"Se perdió una vocación, tu madre debería haber sido psiquiatra, no nosotras", dice cuando termino. "¿Vas a abrirme la puerta, o quieres que toque el timbre?"
"¿Ahora? ¿Dónde estás?"
"En la puerta de tu edificio. Vine lo más rápido que pude, espero que sea suficiente para poder exigir que te quedes desnuda para mí", declara con una carcajada.
En segundos, la excitación se apodera de mí.ro la puerta, la arrastro dentro, y dejo que se cierre detrás de nosotras. No le permito decir nada, porque la empujo contra la pared, cubriendo su boca con la mía en un beso ávido de emoción y lleno de deseo. Le subo la falda y pongo mi mano entre sus piernas. Voy hasta el final porque es inevitable, porque ella implora que no pare, porque el éxtasis se ha apoderado de nosotras, y es inútil intentar resistir. Amy grita fuerte, sin preocuparse por ser oída, siento los cuerpos estremecerse, las rodillas flaquear y nos dejamos caer en el suelo, jadeantes.
No pasan más que unos minutos hasta que me levanto y la obligo a hacer lo mismo, dirigiéndonos hacia la habitación. Nos quitamos el resto de la ropa, y nos acostamos lado a lado, sin tocarnos. Tenemos el lujo del tiempo y del espacio, y podemos mirarnos sin la prisa del deseo por cumplir. Hacemos el amor una y otra vez, desvelando secretos, pero el ímpetu inicial se perdió en la voracidad del primer orgasmo.
"Feliz año nuevo para ti también", digo dándole un beso en los labios, completamente exhausta.
"¿Estás bien?"
"¿Es una pregunta de amante o de psiquiatra?", cuestiono sonriendo, antes de responder.
"De ambas", dice de forma sencilla mostrando que habla en serio. Al mismo tiempo, se incorpora ligeramente, apoyando el codo en la cama, para poder mirarme más directamente.
"No sé. El placer que tengo cuando estoy contigo está más allá de cualquier adjetivo que conozca..."
"Pero echas de menos a Val", completa.
"Sí. Cuando te conocí, llevaba años con ella, era una relación aparentemente simple, yo no exigía nada y preguntaba aún menos. Durante todo ese tiempo fui fiel, no por convicción, sino porque estaba totalmente convencida de que no necesitaba nada más, estaba bien, era feliz, al menos hasta que tú entraste de golpe en mi vida."
Amy se acerca más a mí y agarra mi mano entre las suyas. "¿Puedo ser sincera contigo?"

"¿Alguna vez has dejado de serlo?", cuestiono frunciendo las cejas, preocupada por lo que pueda decir.
"Lo que siento por ti es tan intenso, tan poderoso, que es imposible ignorarlo. Pero sé que no estoy preparada para tener una relación estable con nadie, tal vez nunca vuelva a estarlo."
No estoy segura de entender a dónde quiere llegar, aparto los rizos hacia atrás y le dirijo una mirada inquisitiva.
"Si hay algo que he aprendido en estos últimos tiempos es que las relaciones pueden ser, de hecho, son todas diferentes. Insistimos en crear etiquetas, en adecuar los sentimientos para que encajen en un modelo que alguien nos dijo que era el correcto, ¿por qué? ¿Por qué no podemos simplemente vivir las relaciones que queremos? De forma abierta, transparente..."
"Tal vez porque quien está del otro lado no quiera lo mismo." Inmediatamente me acuerdo de Fred y Alan, de John y Jenny. "No creo que el amor pueda vivirse de a tres. Siempre hay un lado de ese triángulo que se romperá."
Amy suelta mi mano y se sienta en la cama, es una mujer hermosa, no puedo evitar pensar.
"¿Puedo hacerte una pregunta y pedirte total honestidad, sin miedos, sin culpas?"
"Ya tengo miedo, y tú aún no has preguntado nada", respondo instantáneamente, sin dejar de ser verdad.
"Si te dijeran que puedes tenerlo todo, que puedes tener lo mejor de dos mundos..."
Qué extraño, las mismas palabras de mi madre.
"...si te dijeran que lo único de lo que tienes que preocuparte es de ser feliz en cada momento, ¿puedes decirme cómo querrías que fueran las cosas?"
Es una pregunta que tiene tanto de difícil como de elemental. Sin ser capaz de organizar una respuesta, me quedo callada por un instante. Por respeto a mi necesidad de tiempo, o simplemente porque tiene sed, Amy se levanta. Me doy cuenta de que fue a la cocina, y poco después vuelve con dos vasos de agua.
"Es demasiado egoísta", digo, aceptando el vaso que me extiende.
"No te voy a juzgar."
"Me gusta Val, me gusta la vida que tenemos juntas, el día a día, las mañanas en que llega a casa y me despierta, viniendo de otro turno de urgencias. Y tú, tú eres la emoción que nunca antes sentí, el placer efímero, tan intenso que se consume por sí solo, pero se reaviva en cada encuentro. Eres la persona que me vence en los juegos de retórica, en las conversaciones hechas solo de preguntas, sin ninguna respuesta, eres la amiga que echo de menos, y la amante que tiene la llave de un universo que ni siquiera sabía que existía antes de que me lo presentaras. A veces me siento como si fuera dos personas diferentes, la que soy cuando estoy con ella, y la que soy cuando estoy contigo. Ninguna es más honesta, ninguna es más verdadera. Creo que tengo lados diferentes."
"¿No los tenemos todos?"
"No lo sé."
"¿Puedo darte un consejo, también en causa propia?"
"¿Sirve de algo decir que no?", pregunto con una sonrisa.
"Antes de cerrar puertas, pregunta a quien está del otro lado qué es lo que quiere, no asumas que sabes todas las respuestas."

Capítulo 25

Feliz por completo

Valerie

2 de enero

Estuve de guardia la noche de Navidad y de Año Nuevo. Son noches difíciles, para quien trabaja y para quien nos necesita. Este año, Luiz no estuvo de guardia ni en una ni en otra. Ese tipo no deja de sorprenderme, uno de estos días va a anunciar su boda con Fred, pienso riendo, contenta por que estén felices.

Después de más de doce horas durmiendo me siento con energía para enfrentar el nuevo año. Tomo perezosamente el desayuno en la cocina mientras miro las fotos que Jennifer envió. Estoy muerta de curiosidad por saber noticias de la 'Sphere', pero ella recién vuelve mañana. Respondo con unos corazones y un 'disfruta', esperando que ella pueda hacer exactamente eso.

Dejo el teléfono en la mesa mientras voy a bañarme y vestirme para ir al gimnasio, retomé una rutina, y cada día se vuelve más fácil seguirla. Creo que casi estoy lista para volver a intentar hacer meditación, pienso, sin evitar una sonrisa al pensar en Isabella.

Cuando regreso a la cocina, casi una hora después, el teléfono tiene varios mensajes. Luiz preguntando si estoy bien, Martha simplemente deseándome buen día, e Isabella. No abro de inmediato, saboreando el simple hecho de que me haya escrito, antes de saber qué dice.

'¿Quieres cenar hoy?', 'También te extraño.'

*

Quedamos en una pizzería a la que en su momento íbamos mucho. Llego temprano y nerviosa. Elijo una mesa en un rincón de la sala y pido un agua con gas. Isabella es organizada y puntual, y precisamente a la hora acordada la veo cruzar la puerta y mirar alrededor buscándome.

Le hago una seña y me quedo siguiéndola con la mirada mientras se acerca.

Isabella se sienta frente a mí, evitando saludarme, y acto seguido se acomoda el cabello de un lado al otro, haciéndome sonreír ante el gesto tan familiar. "Mi mamá te extrañó", dice, "¿Estás bebiendo agua? ¿Estás enferma?"

"No, te estaba esperando. ¿Pedimos un vino?"

Elegimos, pedimos los platos y vamos conversando como dos amigas que se reencuentran después de unas vacaciones. Ella me cuenta sobre sus padres, el viaje de Jennifer a Brasil, yo le muestro las fotos que recibí y hago bromas sobre las fiestas de la 'Sphere'.

Sin poder resistir más, le agarro la mano, impidiendo que lleve el tenedor a la boca, y la acerco hacia mí, dándole un beso. Sorprendiéndome, ella se inclina en mi dirección y me besa en los labios. "Yo también te extraño", murmura entre dientes.

"Entonces, ¿por qué?"

"¿Por qué qué?", cuestiona posponiendo tener que responder.

"¿Por qué te fuiste? No lo entiendo. Yo te extraño, tú me extrañas... disculpa, pero no logro entenderlo", afirmo recostándome hacia atrás en la silla.

Isabella se lleva la copa a la boca y bebe un poco de vino, limpiando los labios húmedos en un gesto atractivo.

"¿Crees que Jenny cederá a los avances de Theodora? Tú que conoces 'Sphere', dime, ¿crees que la fiesta tiene suficiente magia?"

Decepcionada porque ella cambió de tema, suspiro profundamente. "No es una cuestión de magia, Jennifer tiene una elección por delante. O sigue la vida en la que siempre se imaginó y

continúa siendo la niñera perfecta, o da un salto al vacío y se permite sentimientos que no conoce y que nunca podría anticipar. A veces es necesario correr riesgos." Me callo sin saber cómo proseguir.
"¿Y tú?"
"¿Yo qué?", es mi turno de devolver una pregunta.
"¿No tienes ganas de correr riesgos?"
Isabella deja los cubiertos y me mira con tanta intensidad que me siento obligada a hacer lo mismo. No digo nada porque ella prosigue: "Ya me preguntaste mil veces por qué me fui, y nunca pude responderte. Creo que lo más honesto que puedo decir es que me fui porque lo que tenemos es maravilloso, pero no es 'todo'. No, no sacudas la cabeza", dice cuando yo niego lo que acaba de pronunciar. "Si eres realmente honesta, vas a estar de acuerdo conmigo."
"No entiendo", afirmo, teniendo plena consciencia de que no solo ella tiene toda la razón, sino que probablemente sabe mucho más de lo que yo podría anticipar.
"Entiendes, y si queremos tener una oportunidad, llegó la hora de poner las cartas sobre la mesa. Criticas a Jenny por tener miedo, pero nosotras no somos diferentes, nos escondemos detrás de lo que creemos 'correcto', sin tener el coraje de vivir plenamente."
"¿De qué estás hablando?"
"De Martha."
La respuesta me alcanza como un puñetazo en el estómago que no vi venir. "¿Lo sabes desde cuándo?"
"Desde siempre. Las personas no cambian. Se ajustan, hacen concesiones, y tú las hiciste. Dejaste las noches de orgasmos fáciles y compañías efímeras, te entregaste en mis brazos, y tú y yo sabemos lo bueno que es eso. Es genial, pero aun así, no es 'todo'. Hay cosas que no puedes tener a mi lado, como yo no puedo tener al tuyo."
Por primera vez considero la posibilidad de que Isabella pueda estar enamorada de otra mujer, ¿será?
"¿Te gustaría vivir con ella?", me pregunta.
"¿Con quién? ¿Con Martha? Nunca. Ella está casada, le gusta su marido, sus hijos... nunca podríamos vivir juntas." Mi convicción es total, porque es la más pura verdad, yo jamás querría vivir con Martha ni ella conmigo, sería el principio del fin. Lo que tenemos es tan mágico exactamente por ser lo que es, nunca podría ser otra cosa.
"Es lo que te estaba intentando decir, yo sé que me amas, pero sé que no logro llenar todas tus necesidades."
"Yo puedo dejar de estar con ella. En serio, puedo", afirmo agarrándole la mano con fuerza, "Lo que siento por ti es mucho mayor, mucho más importante."
"No tiene sentido. Yo también te amo, y quiero que seas feliz, feliz por completo, tan feliz como puedas ser, en cada momento y en cada contexto. ¿Por qué debería querer que dejaras de estar con Martha para poder quedarte conmigo?"
Bebo un sorbo de vino, o soy yo que ya bebí demasiado, o esta conversación me parece surreal, cada vez entiendo menos.
"Escucha Val, yo siempre supe de Martha, y eso nunca me preocupó. Siempre entendí lo que significaba. No dije nada porque pensé que era más fácil para ti si fingía que no lo sabía. Pero yo no fui honesta contigo."
Somos interrumpidas por la mesera que viene a recoger los platos e indagar sobre el postre. Por más vueltas que le dé no logro ni imaginar lo que Isabella puede estar queriendo decir.
"Vamos a mi casa, tomamos ahí el café", sugiere.

Cuántos años hace que no entraba aquí, reflexiono al entrar en la sala. Está casi igual a como la recordaba, excepto por algunos objetos de Jennifer esparcidos en un rincón, el resto me parece igual. En una cesta junto a la ventana, Udon duerme profundamente, sin molestarse lo más mínimo por nuestra entrada. También lo echo de menos.
"Siéntate", dice Isabella riendo, "No eres precisamente una invitada. Vamos, Val, relájate, no pareces tú."
Prescindimos del café y optamos por una cerveza, directamente de la botella, en el diminuto balcón de la cocina.
"Hace frío", afirmo con un escalofrío, constatando lo obvio, y apretando la cremallera de la chaqueta.
"Hace más o menos dos años conocí a una mujer..."
La introducción es más que suficiente para que me olvide del frío, y todos mis sentidos se pongan en alerta.
"Amy vino a buscarme al consultorio. Es psiquiatra, había perdido a su mujer y llevaba poco tiempo en la ciudad. Podría haber sido una paciente más, una historia más, podría haber hecho mi trabajo, ella habría mejorado, y seguiríamos con nuestras vidas, pero esa no fue la historia. La escuché describir el dolor de la pérdida, la culpa de la impotencia, y sin saber cómo, todo lo que pensaba en cada consulta era en cuánto deseaba a esa mujer. Rápidamente quedó claro que no era solo yo quien se sentía así, el ambiente se volvió insostenible, cada palabra estaba cargada de una energía atómica, cada gesto era una señal de alarma. El apretón de manos a la entrada, el toque en el hombro al despedirse, pasaron a tener significados muy propios, hasta que un día, fui yo quien la besó. Días después, ella vino al consultorio al final de la tarde, entró, me besó y sucedió lo que no podía dejar de suceder. Pero, inmediatamente después, la culpa se apoderó de mí. La aparté y me aparté. No respondía a sus llamadas, ignoré sus mensajes, pedí ayuda a Fred, y después de mucha insistencia ella desistió, al menos eso pensé, hasta ahora."
La voz de Isabella no deja traslucir la emoción, pero las lágrimas corren por su rostro. Dejo la botella en el suelo y la abrazo, sintiendo su cuerpo temblar contra el mío. Me aparto lo suficiente para poder poner las manos alrededor de su cara, y la beso sintiendo el sabor a sal.
"Fue en verano, pocas semanas antes de irnos de vacaciones. Yo sabía que algo pasaba, tenías un brillo diferente, un toque diferente, era como si todo en ti fuera quizás más intenso. Recuerdo una noche, aquí en este apartamento, yo llegué tarde y tú me estabas esperando, recuerdo tus gemidos, las palabras que me susurraste al oído, pero recuerdo sobre todo la forma en que te entregaste, cómo te rendiste en mis manos, en mi cuerpo. Pero también tengo muy presente que poco tiempo después entraste en un letargo difícil de combatir, todo estaba bien, porque nada te importaba mucho. Empezaste a quedarte en mi casa, dejaste de insistir para que viniéramos aquí, y yo, sin dar batalla, acepté. Acepté porque era cómodo, acepté porque no estuve lo suficientemente atenta."
"No lo sabía...", dice, soltándose de mis brazos y limpiándose la cara.
"Claro que no. Como tú misma dijiste en el restaurante, no dije nada porque pensé que sería más fácil para ti si fingía que no lo sabía."
"Amy vino a buscarme."
"¿Cuándo?"
"Ahora. Fue una extraña coincidencia, apareció en la consulta, casi dos años después de habernos visto por última vez, el mismo día exacto en que me fui de casa. Qué extraña es la vida."
"Si fueras Jennifer dirías que no es verosímil, pero creo que no podemos exigir eso de la vida", afirmo haciéndola reír.

"Me permití conversar con ella. Dormimos juntas."
"¿Están juntas?" Hago la pregunta sin querer saber la respuesta, pero sabiendo que eso no cambiará la realidad.
"Me gusta conversar con ella."
"¿Conversar?"
"Entre otras cosas."
"No me respondiste, ¿están juntas?"
"En los momentos que compartimos."
"Te echo de menos", respondo.
Creo que entendí el mensaje, pero en este momento sé que todo lo que pueda decir no será suficiente. La atraigo hacia adentro, me quito la chaqueta, y delante de ella me dirijo hacia la habitación. Me desnudo y me acuesto completamente desnuda, en una cama que conozco bien. Sin necesidad de palabras, Isabella se desnuda, acercándose para que sea yo quien le quite las bragas, no sin antes deslizar las manos sobre los elásticos.
Me acuesto y dejo que me observe, mientras paso las manos suavemente sobre mi propio cuerpo, y la lengua sobre los labios.
"¿Te vas a quedar solo mirando?", provoco.
Con gestos lentos y premeditados, ella se sienta sobre mí, separando inevitablemente las piernas en la posición. Coloco los brazos alrededor de su cintura, pero no la toco. Su piel se desliza contra la mía, los cuerpos se unen por el deseo, por la necesidad. Acelerando el movimiento, Isabella grita mi nombre, agarrándose con fuerza a mis hombros, permitiendo que el contacto sea cada vez más intenso, hasta que en un suspiro se deja caer sobre mí jadeante.
Los rizos quedan esparcidos sobre mi rostro haciéndome cosquillas, pero la sensación de su cuerpo sobre el mío es tan deliciosa que no me muevo, frunciendo simplemente la nariz con la esperanza de desplazar algunos de sus cabellos.
Nos quedamos así acostadas, ella sobre mí, durante algún tiempo, hasta que ella gira y se acuesta a mi lado.
"Yo también te echaba de menos", declara, entrelazando sus dedos con los míos.

Capítulo 26
Dependencias

Jennifer

3 de enero

A pesar de ser aún muy temprano, le envío un mensaje a Isabella, ella está esperando que yo vuelva hoy por la tarde, pero Theodora postergó nuestro regreso hasta mañana. Aunque ayer ya me sentí mejor, sigo teniendo momentos en los que todo se nubla y siento que las piernas me flaquean. Me levanto y voy hasta la ventana, allá abajo ya hay decenas de personas corriendo y algunas incluso en la playa. Distraída con el movimiento de la calle, tengo que agarrarme de la pared cuando siento un mareo, doy un paso al costado y me siento en el sofá, poniendo la cabeza entre las rodillas y cerrando los ojos. Me acuerdo de los videos que Theodora me mostró ayer, y me enfoco en la respiración, sintiendo el aire entrar y salir, y el movimiento de la caja torácica expandirse y volver al mismo punto. A pesar de intentar mantenerme aquí, y sentir solo el momento presente, mi mente vuela, y me pierdo en memorias de los últimos días.

§

Madrugada de Año Nuevo

Irritada por la actitud condescendiente de Theodora al rechazar mi beso, camino hasta mi habitación, unas cuantas puertas más adelante. En sentido contrario veo a Analise que coloca la llave en la puerta al lado de la mía, abriéndola.

"¿Estás bien?", pregunta mirándome, antes mismo de que yo llegue hasta ella.

"No. Pero tampoco es importante."

"Entra, cuéntame lo que pasó, no puedes ir a dormir así en lo que queda de la primera noche del año."

Estoy cansada pero no me apetece quedarme sola y sé que no voy a poder dormir. Los dolores en el hombro volvieron con una intensidad inesperada, tal vez dos analgésicos y un whiskey ayuden, pienso, aceptando el vaso que ella me ofrece.

"No entiendo a las mujeres, definitivamente, este no es mi mundo. Todo lo que hago es malinterpretado, todo lo que digo tiene un segundo significado, definitivamente fue una mala idea haber venido."

"No digas eso, de mi parte adoré conocerte, y sé que nos volveremos a cruzar por ahí. En una cosa tienes razón, Theodora es una persona introspectiva, no podría dejar de ser así para poder ser lo que es. Es dueña de una creatividad inmensa, de un sentido estético con pocos, y eso obliga a segundos sentidos, hasta a terceros. No puedes esperar que alguien que escribe como ella, después sea una mujer de sí y no, de blanco y negro, si quieres estar a su altura tienes que jugar el juego, y este está repleto de matices, de palabras no dichas, de interpretaciones no siempre clásicas."

"Intenté besarla."

"Los besos se dan, no se intentan", dice riendo, bebiendo un poco del vaso que tiene en la mano. A pesar de haberla visto beber durante gran parte de la noche, Analise parece completamente sobria, ya yo...

"Ella hizo bien en negarse", afirma solemnemente, como si fuera la más seria de las declaraciones. "Tú no estás en condiciones. Las elecciones libres, tienen que ser libres, y el alcohol impide el ejercicio de esa libertad. Me imagino lo difícil que puede haber sido para ella."

"¿Tú crees?"
"Si lo creo, estoy segura. Solo alguien muy desatento no ve el modo en que ella te mira. Mi homenaje a Theodora por haber resistido, no sé si yo habría hecho lo mismo."
La miro sin lograr entender lo que sus palabras pueden querer decir exactamente. Tal vez sea mejor ir a mi habitación.

Me acuesto en la cama, pero es imposible dormir. Una mezcla de náuseas con dolores en el hombro hace que no logre encontrar una posición cómoda, me doy vuelta de un lado al otro pero nada funciona. Me levanto de nuevo, afuera empieza a amanecer. Voy al baño, a pesar de las náuseas, no logro vomitar, mi imagen en el espejo es aterradora, estoy pálida, ojos hundidos y las pupilas tan contraídas que parecen un punto negro. Abro el grifo, tal vez un poco de agua fría en la cara ayude. Tengo las manos temblando, un temblor fino, que casi impide el movimiento, y al mismo tiempo una sensación de inquietud, como si me apeteciera tirar todo por el aire, romper algo, o simplemente correr de aquí para afuera. Son solo pensamientos sueltos, porque el cansancio es tanto que cada movimiento se hace con un esfuerzo supremo.
Vuelvo a acostarme y enseguida tengo que sentarme. Me cuesta respirar, como si el pecho no se abriera, el aire no entrara. Fuerzo una inspiración pero nada sucede, es superficial y poco eficaz. Aterrada hago lo único que se me ocurre y marco el número de Theodora.
La puerta de la habitación está sin llave, por lo que ella entra minutos después. No logro levantarme, cada vez siento más fatiga al respirar, y cada vez la sensación de falta de aire es mayor. Agarro con fuerza la mano que ella me extiende, sintiendo que puede ser la última vez.
"¿Cuántos analgésicos tomaste?", pregunta, pasando la mano en mi frente.
"Me duele el hombro."
"Lo sé", es lo único que profiere. Agarra el teléfono que está junto a los sofás, y llama a alguien. Poco tiempo después golpean a la puerta. Un hombre de unos cuarenta años, sin ningún uniforme, entra y se dirige hacia mí. Abre el pequeño maletín que trae consigo, retira un estetoscopio y un aparato para medir la presión, es médico.
A mi alrededor todo se vuelve disforme, es como si nada fuera conmigo, siento que él me coloca algo en la nariz, e instantes después empiezo a sentirme volver a la realidad. Poco a poco, las voces se vuelven otra vez claras, las imágenes readquieren color y nitidez y mi respiración parece normalizarse. Inspiro profundamente buscando inhalar todo el aire que puedo, llenando una necesidad inmensa, como si volviera a la superficie después de un mergulljo profundo.
Lo oigo despedirse, decirle a Theodora que si necesitaba solo tenía que llamar, y la puerta de la habitación cerrándose.
Ella se acerca al borde de la cama y se sienta a mi lado. "¿Mejor?", pregunta tomándome la mano.
"Perdóname."
"¿Por qué?"
"Por todo."
"Duerme, yo voy a quedarme ahí en el sofá, si necesitas algo llámame. Por la mañana hablamos."
Hago lo que ella me dice, aunque, mirando por la ventana me doy cuenta de que ya es de mañana.

Desayunamos juntas, aquí mismo en la habitación. Ya es hora del almuerzo, pero nadie parece mínimamente preocupado en seguir el ritmo de las horas. Una joven sonriente deposita dos platos de fruta colorida, dos vasos de jugo, café, leche y una enorme cesta con panes de todo tipo sobre la mesa de la sala contigua a la habitación.

Para mi sorpresa, no solo ya no tengo náuseas, sino que hasta tengo hambre. Theodora fue hasta su habitación y regresa, después de haber tomado una ducha y cambiado de ropa.
"¿Mejor?", cuestiona dándome un beso en la mejilla, al mismo tiempo que se acomoda las trenzas que trae sueltas, pasándolas sobre el hombro.
"Me duele", afirmo sosteniendo el brazo con la otra mano.
"Claro que sí, pero creo que entendiste que vas a tener que lidiar con eso de otra forma." Me extiende dos pastillas, y prosigue "Toma esto. A partir de ahora es esto lo que vas a tomar, y en la dosis que fue prescrita, ni más, ni menos. Esta vez salió bien, pero la próxima puede no ser así."
"Qué vergüenza", murmuro, tragando las pastillas y escondiendo la cara en las manos.
"Infelizmente, les pasa todos los días, a veces más de una vez. No es para tener vergüenza, es para actuar. Cuando volvamos vas a buscar ayuda, alguien que haga el tratamiento de la dependencia..."
Levanto la cabeza, contraigo los músculos de la frente y la miro.
"No pongas esa cara, es exactamente lo que oíste, dependencia."
Me acuerdo de Val, y del atleta que casi murió en la calle.
"Lo que te estoy diciendo, es que cuando volvamos vas a buscar ayuda para tratar la dependencia, fisioterapia para el hombro, y empezar a ir al gimnasio. Tal vez yoga sea una buena opción, conmigo hace maravillas."
Cuando terminamos de comer me siento otra. Theodora asumió su lado mandón, y dando órdenes me manda a la ducha, informando que enseguida vamos a hacer una caminata junto a la playa. No me atrevo a desobedecer, y media hora después salimos del hotel.
"Tengo algo que contarte", dice, cuando nos sentamos en el muro para descansar. "¿Te acuerdas de los cuentos que me diste para leer?"
"Claro", cómo no, pienso sin decir nada más.
"Estaban geniales. Era como si hubiera sido la continuación de lo que escribiste cuando estabas en París, el mismo tono, la misma escritura cálida y envolvente. Nunca me diste la novela..."
"Es mala."
"Tal vez, pero me gustaría leerla", cruza la pierna, y se acomoda la tira del vestido que se le cayó hacia el costado. "Bueno, con o sin novela, los cuentos son excelentes."
"Puedo intentar escribir más", declaro animada, enderezando la espalda, y girándome en su dirección.
"Puedes y debes. Me tomé la libertad de leer estos, en vivo en mi podcast..."
"¿Qué? ¿Hiciste qué? ¿Tú tienes un podcast?", con la sorpresa me pongo de pie y doy unos pasos hacia adelante y atrás sin prácticamente salir del mismo sitio.
"Tengo. Ya tengo hace algún tiempo. Lo uso sobre todo para hacer lecturas de textos que me gustan. A veces entrevistas con autores, personas que conocí por ahí."
"¿Y nunca me lo dijiste?"
"Nunca vino al caso. No te enojes. Tú dijiste que nunca más le habías mostrado tus textos a nadie, yo adoré los cuentos, pero podía ser solo yo, podía ser por ser tuyos."
Theodora hace una pausa y me mira, se levanta también, me agarra la mano, y me tira para que nos volvamos a sentar, sin embargo soltarla.
"Quise probar lo que otras personas pensaban, nada mejor que sentir al público. Es la crítica más honesta, no saben quién eres, no tienen la pretensión de saber de literatura, les gusta o no les gusta."
Proceso lo que ella me está diciendo, sin lograr anticipar el alcance. "No estoy enojada, estoy

sorprendida. Y creo que un tanto asustada", agrego. "¿En serio te gustaron los cuentos?", inquiero volviendo atrás.
Suspiro profundamente, y de inmediato me acuerdo de la noche de ayer, y de la angustia de no poder respirar, y, en este momento, la opinión de Theodora es lo único que importa.
"Me encantaron. Me gustaron todos, lo que pasa dentro de la sala de cine, a contraluz de la pantalla, casi sin ser posible ver, o hablar, es mi favorito."
Theodora suelta mi mano, que había mantenido entre las suyas, y me quita un mechón de cabello que tengo sobre la frente, transformando el gesto en una caricia.
Mi corazón se dispara, siento una opresión en el pecho, no es bien dolor, es una sensación de urgencia, como si hubiera una necesidad imperiosa de actuar. Le agarro la mano, y esta vez soy yo quien la contiene entre las mías.
"A la gente le encantó. Llovieron comentarios, y pedidos por más."
"¿Estás bromeando?"
"¿Crees que bromearía con algo como esto?"
"¿Estás hablando de cuántas personas? ¿Cinco, diez?" Realmente no tengo la menor idea de cuántas personas podrán asistir a su podcast.
"Más de 2.000, en dos semanas, e hizo aumentar casi veinte por ciento las personas de mi canal."
"¿Qué?", grito sin contenerme.
"Pero lo mejor no es eso, tuve un contacto para saber si la autora, por ahora anónima, estaría interesada en publicar."
No tengo palabras, en un impulso me acerco a ella y la abrazo: "¡Gracias!"
Siento sus brazos en mi espalda y dejo que el abrazo se prolongue, sintiendo el ritmo de su respiración y mi corazón acelerarse. Puedo sentir el calor de su cuerpo, el toque de los hombros desnudos contra mi cara. Aunque era completamente previsible, no estaba preparada. Theodora aparta la cabeza lo suficiente para mirarme a los ojos, y veo en ellos un reflejo de mi propio deseo. Cuando sus manos tocan mi rostro, siento un escalofrío recorrer mi piel. Sus dedos son suaves, casi ceremoniosos, cuando trazan el contorno de mi barbilla. Cierro los ojos y me dejo llevar por los sentidos. Su perfume me embriaga, un aroma dulce y seductor que me envuelve como si formara parte del abrazo. Siento su respiración cálida cerca de mis labios y anticipo el instante en que se tocarán. Es un beso tan suave al principio, tan delicado, que casi dudo que sea real. Pasa la lengua por mis labios y con ternura a través de ellos, prolongando el contacto hacia el interior de mi boca. Paso los dedos por su cabello, agarro con fuerza sus trenzas, forzando que el contacto de nuestras bocas se intensifique hasta que no sea posible que los cuerpos estén más cerca, más unidos.
Exploro su boca con la misma dosis de cariño y pasión, saboreando cada momento. En este preciso instante, no hay nada a nuestro alrededor, solo existimos yo, ella, y el sabor contenido en este beso.
Cuando nos separamos, nos quedamos estáticas, mirándonos una a la otra de la mano. El aire entre nosotras parece tener una densidad diferente, como si la emoción ocupara espacio, como si las palabras no dichas estuvieran aquí a nuestro alrededor.
Theodora sonríe, tiene una sonrisa maravillosa. En el mismo instante, me invade una náusea, me desvío hacia un lado, creo que voy a vomitar, desmayarme, ni siquiera lo sé. Tengo la visión borrosa, y es como si todo alrededor girara.
"¿Estás bien?" pregunta, con voz preocupada.
Quiero decir que sí, que estoy bien, pero las palabras se quedan atascadas en mi garganta. Siento la boca seca y un sabor amargo.

"El médico dijo que podía pasar. Vamos a volver al hotel. No va a ser fácil. ¿Cuánto tiempo llevabas tomando esos analgésicos, dos meses?"
"Casi tres", respondo sin poder sonreír.
Después de algunos minutos que me parecen horas, consigo recomponerme lo suficiente para volver al hotel, pero esta vez el camino me parece demasiado largo. Consciente del brazo de Theodora alrededor de mi cintura, me siento avergonzada. No era el momento para que esto sucediera. Quería su mano en la mía, su brazo en mi cuerpo, pero no porque me sienta mal, no porque necesite ser amparada.
Theodora me acompaña y me dejo caer sobre la cama. "Tenemos la cena de Año Nuevo dentro de poco", digo, recordándolo de repente.
"No estás en condiciones. No vamos."
"Ni hablar, tú tienes que ir, no tiene sentido. Yo me quedo aquí, estoy cansada, voy a intentar dormir, cualquier cosa te llamo, lo prometo."
Theodora se acerca y me da un beso. Cuando me besa en la frente, me siento decepcionada, tenía la esperanza de que me besara en los labios.
Son casi las nueve cuando oigo un golpe suave en la puerta. Theodora vuelve a entrar en la habitación, ya lista para subir a la cena.
"¿Estás bien? ¿Estás segura de que no quieres que me quede aquí?"
Está absolutamente deslumbrante.

Capítulo 27

Vacaciones

Isabella

4 de enero

"Hoy la tarde pasó sin que me diera cuenta", afirmo cuando me siento en la cocina. "Jennifer debe estar aterrizando en un rato, todavía no entendí qué fue lo que pasó. Ella envió unos cuantos mensajes, pero en realidad lo único que estaba claro era que solo volvían hoy, espero que sea por las mejores razones. Ella debería dejar de pensar tanto en lo que los demás esperan de ella, en lo que ella misma espera de sí misma, y dejarse llevar por lo que siente. Yo creo, y ya se lo dije, que está enamorada. Puede ser su alumna, puede ser más joven, y claro, es una mujer, pero la realidad es que se enamoró." A pesar de mirarme mientras profiero este largo monólogo, Fred no responde, lo que me hace parar de hablar y mirarlo.

Sentado a la mesa, va revolviendo la taza de café en un movimiento rítmico, casi inconsciente.

"¿Estás ahí? ¿Estás bien?"

"Luiz me invitó a ir de vacaciones con él", afirma en un tono consternado, como si me estuviera dando una pésima noticia.

"¿Y eso es malo? ¿Cuándo se va de vacaciones?"

"En Carnaval, se va a Cuba."

Claro, ¡cómo no pensé en eso antes! Las vacaciones con Alan, la playa, las locuras cometidas en un destino exótico, el otro chico, y la separación, todo mezclado en una cajita cerrada, bien presente en la cabeza de Fred, con el rótulo 'vacaciones'.

"Luiz no es Alan."

"Lo sé, pero aun así. Si yo no voy, él va solo, y claro, no va a perder las oportunidades que le aparezcan, lo entiendo."

Me siento al lado de Fred con mi taza de café con leche, y le pongo la mano en el brazo. "Conozco a Luiz hace muchos años, lo vi salir con todo tipo de personas, y decir que jamás se comprometería con alguien. Si me dijeras que él iba a invitar a un tipo para irse de vacaciones con él, te diría que estás loco, jamás haría eso, prescindir de la libertad, más aún en las vacaciones, nunca. Ese no es Luiz. Pero lo es. Luiz acaba de invitarte a ir con él. Creo que él sabe lo que eso significa, no me parece que sea una decisión a la ligera. ¿Hablaste con él?"

"Claro que no. Sé que si me niego lo estoy empujando a los brazos de otro, pero ¿y si voy y...?"

"Deja de pensar en los 'y si'. Si tiene que pasar va a pasar, no es necesario ir a Cuba para eso, puede pasar aquí mismo a tu lado."

"Estás diferente."

"¿Por qué? ¿No solía ser una buena oyente, o dudabas de mis competencias como psiquiatra?" Bromeo dándole una palmada en la mano.

"¿Amy?"

Es un golpe bajo, pero merecido.

"Está bien."

"¿Y Val?"

"También", respondo con una sonrisa, tan enigmática como mi falta de explicaciones. Necesito sedimentar mis sentimientos, mis elecciones antes de compartirlas, por eso, al menos por hoy, Fred va a tener que contentarse con monosílabos.

*

Jenny solo llega a medianoche pero no resisto esperarla. Veo una película que están dando en la televisión, por pereza de elegir otra cosa. Una pareja de mediana edad vive un matrimonio de fachada, ocultando todo tipo de secretos. Con la muerte de él, ella descubre que sabía muy poco sobre la persona con quien compartía la vida. Los actores son pésimos y la realización no es mejor, pero me quedo aquí sentada durante casi una hora y media, siguiendo la trama e intentando adivinar cómo podría haber sido diferente.
Todavía falta más de una hora y estoy muerta de sueño. Aprovechando el tiempo, llamo a mi mamá, sabiendo que seguramente todavía estará despierta.
"Hablé con ella."
"¿Con quién?", pregunta sabiendo perfectamente la respuesta.
"Con Val."
"¿Estás bien?"
"Está de guardia."
Escucho la voz de mi papá a lo lejos, mandando besos, y mi mamá refunfuñando con él. Lo mismo de siempre, sonrío.
"¿Y la conversación fue buena? Sobre todo, ¿fue útil?"
Sin entrar en detalles le hago un resumen. "La sensación de poner las cartas sobre la mesa es buena, es como si me sintiera más liviana, la liviandad de la honestidad. Pero no sé qué hacer. Nos gusta estar juntas, nos gustamos, pero también nos gusta el sabor que trae una pasión efímera, aquello que por definición no se puede tener en una relación estable del día a día, porque es fugaz y ocasional."
"¿Pueden tener ambas cosas?"
"Tal vez, de eso tengo dudas. Una cosa era fingir que no sabía que ella de vez en cuando estaba con Martha u otra mujer. Ella no decía, yo no preguntaba, y seguíamos con la vida. Otra es pasar a pensar en eso, a contar con eso.", respiro hondo, si alguien puede entender lo que estoy diciendo, es mi mamá, tal vez logre ver la luz donde yo solo veo oscuridad.
"¿Y Amy?"
"Amy es demasiado parecida a ti. Me repitió muchas de las cosas que tú me dijiste. Y me preguntó por qué no podemos tenerlo todo."
"Ya me cae bien.", responde riendo, para enseguida agregar, "Pero también adoro a Val."
"No te burles de mí", devuelvo, conociendo bien la ironía de mi mamá.
"¿Tienes que planificar el futuro a cuánto tiempo?"
"¿Qué?", cuestiono sin entender.
"Tienes miedo de lo que vas a pensar, de lo que vas a sentir, de lo que Val va a sentir, te estoy preguntando, ¿a cuánto tiempo tienes que controlar el futuro? ¿Una semana, un mes, un año?"
Somos interrumpidas por el sonido del timbre.
"Mamá, voy a tener que colgar. Llegó Jenny, hablamos mañana", digo rápidamente, colgando el teléfono, y corriendo hasta la puerta.
La jalo hacia adentro y la ayudo con la maleta.
"Estás más flaca", afirmo sin contenerme, viendo lo pálida que está. "¿Pasó algo?"
Nada de lo que me relata me sorprende, solo lamento no haber podido evitarlo.
"¿Y Theodora?"
"Me dejó aquí en la puerta y se fue a su casa. No sé si después de todo esto me va a querer volver a ver. Fue todo insólito, la fiesta, la gente... ni te dije, pero, en medio de todo, ayer mi cuñada, que pensaba que yo ya había vuelto me llamó: le pidió el divorcio. Le dijo a mi hermano que él siempre sería el padre de su hijo, pero que no iba a continuar con alguien como él."

"Es una mujer de armas, esa cuñada tuya."
"Siempre pensé que ellos no tenían nada que ver el uno con el otro, siempre detesté a mi hermano y siempre adoré a Theresa, pero ahora, embarazada, no me lo esperaba. Por lo que me contó, mi mamá intentó interferir, y ella la puso en su lugar."
"¿Y tú, no vas a volver a hablar con tu mamá?" Es una pregunta peligrosa y sé que no debería hacerla, ni aquí, ni ahora.
"No sé, probablemente no."
"Creo que no me contaste todo lo que pasó en Río", digo percibiendo por la respuesta que algo cambió en lo íntimo de Jenny.
"Besé a Theodora."
Aunque me dan ganas de darle un abrazo y gritar '¡finalmente!', no hago ni una cosa ni la otra, y le doy el tiempo que necesita para poder continuar.
"Tenías razón, me gusta ella."
"Usa las palabras correctas. La escritora eres tú, no es necesario explicarte cómo las palabras son importantes", insisto.
"Estoy enamorada de Theodora. ¡Listo, ya lo dije!"
Sonrío, porque no hay ninguna palabra 'correcta' para el momento.
"No tiene nada que ver con lo que sentí por John, es una escala diferente. Quiero estar con ella, quiero oírla hablar, quiero tocarla, agarrarla, besarla y no dejarla alejarse ni por un instante. Y creo que después de todo lo que vio, de todo lo que pasó, no voy a tener ninguna oportunidad. Cómo no vi lo que estaba frente a mis ojos, ni siquiera cuando tú y Val me restregaron la realidad en la cara. Impresionante cómo los prejuicios nos ciegan."
Me alegra lo que Jennifer está diciendo, muchas personas nunca logran tamaña lucidez. Puedo estar equivocada, pero estoy convencida de que Theodora no se asustó con lo que vio, muy lejos de eso. Me gustaría continuar la conversación, pero veo por el rostro de Jenny lo cansada que está.
"Tienes que dormir, mañana me cuentas el resto. Voy a querer saber todo sobre la 'Sphere'", afirmo caminando en dirección a la habitación y casi tropezándome con Udon, que decidió instalarse al lado de Jenny.
'¿Estás despierta?', escribo.
Por la rapidez de la respuesta, no solo está despierta, sino que no está en ningún llamado de urgencia. 'Pensando en ti.', 'Y oyendo las lamentaciones de Luiz sobre las angustias de Fred', responde.
'Dile que ya hablé con él, puede comprar pasajes para los dos, Fred va a terminar yendo.'
Cuando envío el mensaje, el teléfono suena: Val.
"No tengo edad, ni pulgares para conversar por SMS. ¿Ya llegó Jennifer?"
"Estaba pensando si quieres venir a cenar mañana, para oír de su boca los detalles del viaje. Creo que te va a sorprender."

Capítulo 28

Plagio

Valerie

5 de enero

Después de mucha insistencia mía, marcamos la cena aquí en el apartamento.
Jennifer, recuperada del viaje, y al parecer en plena forma, cuenta detalles de los momentos en Río, acompañando las palabras con algunas fotografías. No logro dejar de reír a carcajadas con las expresiones que Isabella va haciendo, a medida que Jenny describe la fiesta de Año Nuevo.
"¡Es increíble! Es realmente increíble. Un día tienes que ir a una fiesta de la 'Sphere'", afirmo mirando en su dirección.
"Tú sabrás, pero por lo que entiendo alguien tendrá que invitarme."
"Tal vez Jennifer se haga amiga de la abuela de Theodora, después de todo ella es personaje del libro. Diría que, si hay alguien con un acceso directo, es esa señora."
"Theodora nunca más va a querer oír mi nombre, a esta hora ya la abuela debe saber todo lo que pasó, y debo estar en todas las listas de persona non grata. Es mejor intentar conseguir invitaciones de otra forma", declara Jennifer, pareciendo no estar bromeando.
"Claro que Theodora va a llamar, además va a tener clases contigo, ¿o no?", pregunto.
"Tuvimos clase esta mañana, ¿y adivina qué? ¡Faltó! Como si no fuera suficiente tuve que oír al idiota que escribió aquel email, mandando indirectas. Pero él tuvo mala suerte, no debería haberse metido conmigo ahora. Le pregunté en la cara y frente a todos los compañeros si tenía algún problema conmigo o con Theodora, y si tenía algo que ver con el hecho de que somos mujeres, o era por ser lesbianas."
"No puedo creerlo, ¿le dijiste eso al chico?"
"Se lo dije, y le dije más, le dije que había releído sus textos y que si no mejoraba mucho, podía contar con un suspenso en mi asignatura."
"¿Ves Isabella?, ¡después dices que yo soy la que tiene mal genio!", exclamo mirándola y guiñándole el ojo, no esquivándome de una palmada en la pierna, entre carcajadas.
"Aprendiste tan rápido que superaste a la maestra", prosigo brindándole una sonrisa desde el fondo del corazón. "Cómo cambian las cosas, de la mujer que no quería ser confundida, a aquella que se asume frente a una clase de alumnas, ¡lograste sorprenderme!"
Jennifer cambia de posición en la silla y se pone la mano en el hombro. De inmediato miro a Isabella, y ella me devuelve la mirada.
"No se preocupen, todavía duele, pero está mejor. Esta tarde empecé las sesiones de fisioterapia. Y si quieren realmente sorprenderse, recuéstense hacia atrás: desde hace tres días empecé a hacer meditación todas las mañanas."
La cara de Isabella ante la declaración, una más, de Jennifer es suficiente para hacerme reír.
"Disculpa, no me estoy riendo de Jennifer, mucho menos de la meditación. Es su expresión", digo extendiendo el dedo en dirección a Isabella. Jennifer mira hacia ella, y se une a mí en el coro de carcajadas. "Oigan chicas, no es solo Jennifer que tiene novedades en esta materia, yo también instalé una aplicación, y desde el inicio del año todavía no fallé."
"¿Tú? No lo creo. No habías dicho nada", la expresión de Isabella oscila entre lo hilarante y el pasmo.
En medio de nuestra conversación que terminó centrándose en formas de meditar, aplicaciones y músicas, el teléfono de Jennifer vibra sobre la mesa. Como la pantalla está hacia arriba no puedo dejar de leer 'Peggy'.

"Es tu amiga", afirmo irónicamente sin contenerme.
Jennifer no atiende, el sonido se extingue, para enseguida el teléfono volver a sonar.
Con un gesto de irritación se levanta de la mesa y se dirige a la cocina, solo permitiéndome oír que dice "Hola Peggy, estoy en medio de una cena..."
A pesar del preámbulo, la conversación de ellas se extiende por unos buenos diez minutos, antes de que Jennifer vuelva a la sala.
"¡No van a creer!", exclama.
"A esta altura ya creo en todo", replica Isabella, bebiendo el resto del vino que todavía tenía en la copa, al mismo tiempo que agarra el cabello con la otra mano, lo enrolla hacia arriba, para enseguida soltarlo y dejar que los rizos caigan libres sobre su espalda.
"Peggy estaba desesperada, quería que fuera allá..."
"Pero tú resististe ser niñera por esta noche, ¿no?", bromeo con ella.
"Estaba en llanto. John fue acusado de plagio, y la editorial rompió el contrato con él."
"¿Qué?", exclama Isabella, en una mezcla de pregunta y sorpresa.
"Lo que acabas de oír. Ella dice que hace meses que él anda deprimido, y no logra escribir. El editor rechazó todas las versiones que envió, y creo que él se bloqueó. Falló plazo tras plazo, ya después de haber recibido los adelantos. Yo fui allá montones de veces, y no sabía nada. Impresionante cómo disfrazaron todo. Ella me estaba contando que, después de ya andar desesperada, hace unas semanas las cosas parecían haber mejorado. John retomó la escritura, al editor le gustó lo que envió, en fin, parecía que se estaba resolviendo. Hasta que, esta mañana, John recibió una llamada diciendo que habían descubierto que el texto que había entregado era plagio, y que, solo por consideración a todo lo que ya habían hecho juntos, es que no lo denunciaban, pero que el contrato estaba cancelado. John salió de casa después de eso y todavía no volvió, ella está pésima."
"¿Y es verdad?", pregunto.
"Lo es."
"¿Cómo lo sabes, Peggy tenía conocimiento?", pregunta Isabella, tan incrédula como yo.
"Porque él hizo lo mismo con unos textos míos cuando estábamos en Inglaterra. Yo había escrito unos cuentos, se los di para que los leyera, y cuando finalmente leí la gran novela de John, el libro que le valió la fama, y mucho dinero, muchos de los personajes eran lo que yo había escrito. Nunca tuve el coraje de confrontarlo y él nunca habló del asunto. Por eso, no me sorprende nada. Es malo, esto que voy a decir, pero estoy contenta de que haya sucedido. Me da pena por ella, por ella y el niño, pero él solo tiene lo que merece."
"Y aun después de eso, te quedaste callada, y seguiste casada con él, amiga de él después del divorcio, ¿cómo es posible Jenny?"
"¿Saben cuando están convencidas de que alguien es un genio, un superdotado? Incluso si la persona no hace nada extraordinario, a veces, incluso si no hace absolutamente nada, siguen mirando y viendo lo que creen que debería estar ahí. Para mí John era un gran escritor, independientemente de si escribía o no. ¡Lo sé, es estúpido!"
"Ellos van a estar genial. Tienen la empresa de los padres de él, ya verás, en menos de nada, están otra vez en la cresta de la ola."
"Voy a pasar por allá, cuando salgamos."
"¡Siempre la misma corazón blando!", replica Isabella con un encogimiento de hombros.
Proseguimos la cena ya sin el entusiasmo de antes, ninguna de nosotras logró ser inmune a esta historia.
Cerca de una hora más tarde Jennifer se despide, "¿Estás segura de que no quieres venir?

Todavía voy a pasar por casa, compartimos el taxi."
"Me voy a quedar", responde Isabella. "Es más, voy a dormir aquí."
Es el turno de la sorpresa inundar el rostro de Jennifer, que manteniendo la compostura, y sin tiempo para más preguntas, no dice nada.

Capítulo 29

Un almuerzo

Jennifer

9 de enero

Me despierto con Udon haciéndome cosquillas cuando pasa su pelaje junto a mis pies. ¿Qué hora es? Nueve. Hoy no tengo clases, puedo quedarme aquí un ratito más, considero estirándome.
Uno de estos días tengo que conseguir casa, no voy a poder quedarme toda la vida aquí con Isabella. Aunque por las miradas de ayer, y el hecho de que ella se quedara a dormir allá, tal vez este apartamento vuelva a quedar vacío.
Me levanto y desayuno antes mismo de ducharme. Estoy a medio yogur cuando Theresa me llama. Es una llamada breve y operativa que dura menos de dos minutos.
"Tengo que marcar la ecografía de las 12 semanas, ¿vienes conmigo?"
"Obviamente que sí, no voy a perder la oportunidad de conocer a mi sobrino de primera mano."
Cuando ella cuelga me quedo pensando cómo será cuando nazca el bebé. Durante unos meses imagino que ella no va a volver a volar, pero después, seguramente va a querer retomar, ella adora lo que hace. Mejor para mí, puedo ofrecerme para quedarme con el bebé cuando ella no esté aquí, deduzco que mi hermano no estará disponible, nunca lo estuvo.
El teléfono suena otra vez, debe ser ella que se olvidó de algo, supongo, atendiendo sin mirar.
"¿Jennifer?"
Definitivamente no es Theresa. Alejo el teléfono de la oreja y miro la pantalla, un número que no conozco.
"Soy Sophia, ¿me darías el placer de almorzar conmigo hoy, aquí en casa?" Tiene una de las voces más suaves que he oído, y un tono que no permite otra respuesta que no sea asentir.
Cuando me doy cuenta combiné estar en su casa a la una, ¿cómo dejé que esto sucediera? De repente mi mañana tranquila se transforma en una mezcla de ansiedad y emoción, obligándome a correr de un lado al otro, no tanto por lo que tengo que hacer, sino por el desasosiego que se apodera de mí.
¿Será que me va a decir que me aleje de Theodora? Es muy posible que no quiera a su nieta involucrada con alguien que se volvió dependiente de analgésicos, esto por no decir la vergüenza que le hice pasar en Río de Janeiro. Podría inventar una excusa y evadir esta conversación, al final nada me obliga a ir. Nada además del entusiasmo que experimento solo por la anticipación.

"Gracias por haber venido, querida", declara cuando me viene a recibir a la puerta. "Analise quedó muy impresionada contigo, y ella no es de elogios fáciles", afirma antes mismo de que nos sentemos. "Es fácil entender el encantamiento de Theodora."
"Tengo que pedirle disculpas. Yo no..."
Levantando el brazo, coloca la mano frente a mi boca, sin tocarme. "No hay por qué pedir disculpas, las cosas suceden. Felizmente se resolvió, ahora es seguir adelante. No te digo que lo olvides porque creo que tienes mucho que ganar manteniendo ese recuerdo presente. Siempre aprendemos mucho más con lo que sale mal, con los errores, con las veces que perdemos", profiere de forma solemne, a pesar de la sonrisa cándida, "Y sin embargo, yo sigo prefiriendo las victorias y los éxitos", finaliza, esta vez riendo fuerte.
El almuerzo está delicioso, y no me canso de decirlo. Sophia me va hablando sobre la 'Sphere', al mismo tiempo que me hace preguntas sobre la fiesta. A pesar de que la conversación es muy agradable, deduzco que no fue por nada de esto que ella me invitó a almorzar.

"¿Qué piensas del libro de Theodora? Con sinceridad, olvidando que ella es mi nieta."
"Fantástico. Ella escribe maravillosamente, y fue perfeccionando el estilo. No quiero decir que contribuí, pero creo que mejoró desde la primera vez que vi la historia. Dentro de poco estará terminado, tiene todo para ser un éxito...", hago una pausa, que Sophia no perdona.
"Pero...", incita.
"No es bien un 'pero'. Creo que puede ser un éxito, dentro de lo que es el universo de lectores que leen este tipo de novelas."
"Historias de amor entre mujeres."
"Exactamente", confirmo arrepentida de no haber sido capaz de elegir las palabras correctas, todavía tengo mucho que aprender.
"Genial", afirma como si ya tuviera la respuesta que necesita para una cuestión práctica y operativa. "¿Y tus cuentos? ¿Sigues escribiendo?" Probablemente por ver el espanto reflejarse en mi rostro, siente la necesidad de darme un contexto.
"Theodora me los envió, los nuevos y los más antiguos. Debo decirte que me gustaron. Me gusta el estilo, la intimidad de los momentos, y tu capacidad de casi contar las historias en tiempo real. Pero..."
Claro que tenía que haber un pero.
"Pero no me gustan los personajes. Tengo una propuesta Jennifer, ¿crees que eres capaz de escribir en el mismo tono, en el mismo estilo, pero centrar las historias en mujeres lesbianas?"
Nunca siquiera tal cosa me pasó por la cabeza. ¿Será posible? ¿Yo logro escribir historias de amor lésbico?
Dejando el asunto en suspenso, sin dar a entender que tiene necesidad de que yo le responda, al menos por ahora, Sophia me encara con otra pregunta, no menos difícil: "¿Qué sientes por mi nieta?"
La frase es proferida sin alterar el tono, pero es tan directa, tan cruda que me hace estremecer de forma visible.
"Disculpa ser tan directa, la edad nos permite estos pequeños lujos", enuncia poniendo su mano sobre la mía. "No te sientas inhibida, ni comprometida a encontrar la respuesta que crees que quiero oír, lo único que quiero saber es si te gusta Theodora. Ella está enamorada, y ese es un estado peligroso. La pasión nos lleva a hacer cosas de las que nunca nos creeríamos capaces. Tiene tanto de trascendente como de imprudente. No quisiera que ninguna de las dos se lastimara, por lo que entendí también es tu primer viaje."
Salgo del apartamento de la abuela de Theodora varias horas después de haber entrado. Me siento perpleja, me temo no haber captado buena parte de lo que ella me dijo. En ningún momento percibí lo que Theodora pudo haberle dicho, aunque no tengo dudas de que conversaron, y mucho.
Opto por hacer a pie el camino hasta la casa de Isabella, aunque sea casi una hora caminando, me va a hacer bien.

***

15 de marzo

Cuando oigo el sonido de un mensaje llegando lo ignoro, dos párrafos más y termino. Es necesaria casi una hora para que dé el texto por concluido. Ya escribí tres textos con personajes lesbianos, pero este es diferente.
Un mes después del almuerzo en casa de Sophia, ella me envió un mensaje, queriendo saber si yo había pensado en la posibilidad que me había planteado. Claro que sí, había hecho incluso

más, había escrito un cuento. Pero después de terminarlo concluí que no tenía cómo entregárselo. Theodora no volvió a asistir a ninguna clase, ni a hacer ningún contacto, y yo no me sentía cómoda para simplemente llamar a Sophia. Por eso, cuando ella tomó la iniciativa me sentí aliviada. Envié el texto por email, con la promesa de uno más en las semanas siguientes.
Contenta conmigo misma por el trabajo desarrollado, me levanto de la silla alcanzando, sin querer, a Udon en el movimiento, que asustado maúlla violentamente.
"Disculpa querido", le digo acariciándolo entre las manos. Desde que Isabella asumió que volvió a vivir en casa de Valerie, tenemos el apartamento solo para nosotros. Combinamos un valor simbólico de alquiler y gané el derecho de decir 'mi casa', a pesar de que el gato es solo prestado.
Voy a llamar a Theresa, le prometí que cuando terminara iría a cenar allá, si ella tiene ganas podemos combinar hoy. Quiero ver si la barriga creció desde la semana pasada, ella hizo un vuelo de medio curso, y estuvo fuera cuatro días, ya extraño a ella y a mi sobrina. Siempre que pienso que voy a tener una sobrina, una niña, no logro dejar de sonreír.
Agarro el teléfono para llamar y me acuerdo del mensaje que llegó, debe ser Isabella, quedó en pasar por aquí.
'Terminé el libro, me gustaría que lo vieras. Te lo envié por email.'
¡Theodora! Mi corazón se dispara, e inmediatamente siento las manos temblando. Theodora terminó el libro. Suelto el vaso de agua que tengo en la mano, olvido el propósito de llamar a Theresa, y vuelvo a la computadora. En la bandeja de entrada el email de Theodora, no dice más que el mensaje del teléfono. Descargo el documento, ansiosa por leerlo, pero antes de apagar decido enviarle el cuento que acabo de terminar. Sin pensarlo antes de actuar, adjunto el archivo y envío.
Traigo la laptop al sofá de la sala, y con Udon acostado a mi lado, me instalo a leer.
Después de varias noches de pasión en Nueva York, Sophia vuelve a París, y descubre que vivir con la memoria de un amor de juventud, no es igual a vivir con el recuerdo del éxtasis que está a su alcance, en el presente. Haciendo uso de sus contactos, consigue una función en el área de las relaciones comerciales entre la Unión Europea y Estados Unidos, y pasa a dividir los meses entre el apartamento de París, y la habitación de hotel en Nueva York, la mayoría de las noches vacía, ya que Lia vive a pocos kilómetros. Nunca dieron explicaciones, porque nunca nadie les preguntó nada. No abdicaron de nada, porque conciliaron lo que parecía inconciliable. Cuando, años después, Lia murió, víctima de un infarto, Sophia se jubiló y no volvió a Nueva York.
Pasa de medianoche cuando termino, tengo hambre. Claro, no como nada desde el almuerzo. Voy a la cocina a calentar los restos que sobraron del almuerzo, cuatro mensajes de Theresa, y dos de Isabella, felizmente diciendo que no iba a poder venir hoy.
El libro está extraordinario. No cambiaría nada, ni una coma.
El teléfono, ahora apoyado en la mesa a mi lado, vibra. Debe ser otra vez Theresa, debe estar preocupada.
'¿Puedes encontrarte conmigo mañana?'
¡Theodora!
¿Cómo mañana? No puedo, no estoy preparada. Sin lograr razonar, llamo a Isabella, que me atiende somnolienta: "¿Estás bien? ¿Pasó algo?"
"Theodora quiere encontrarse conmigo mañana."
"Invítala a ir a tu casa, le va a gustar", responde Val, que por lo que percibo le robó el teléfono de las manos a Isabella.
Miro el reloj, doce y media.

"Disculpa, Val. Las desperté."
"No tanto", responde irónicamente.
"Disculpa, mañana hablamos", sintiéndome ruborizar cuelgo la llamada.
'Sigo instalada en el apartamento de Isabella, ¿quieres venir aquí?'
Me voy a acostar, dejando el celular apoyado en la cama a mi lado, con la esperanza de una respuesta, que se obstina en no llegar.
Me despierto con el sol dándome en la cara y el teléfono caído en el piso. 'Estoy ahí a las cinco.'

**

16 de marzo

Preparé una mesa de merienda, con el mejor mantel que encontré en los cajones de Isabella. Hice té y fui al café a comprar galletitas. Pero sigo sin sentirme mínimamente preparada.
El sonido del timbre me despierta de un estado de estupor que siguió a la agitación de las últimas horas.
Cuando abro la puerta me demoro un tiempo en reaccionar, quedándome simplemente extasiada mirándola.
"¿Puedo entrar?", pregunta con una sonrisa, que me permite volver a respirar.
"Claro, disculpa", afirmo desviándome para darle paso, y saludándola con un beso en la mejilla.
"¿Estás viviendo aquí definitivamente? ¿Isabella está con Val?"
Respondo afirmativamente, asintiendo con la cabeza.
"Era previsible", dice entre dientes, haciendo un movimiento muy suyo, de desviar las trenzas hacia atrás.
Bebería el té y finge comer una galleta, mucho más de lo que yo logro hacer. Tengo un nudo en la garganta, ni vale la pena intentar comer.
"Estuve con Analise la semana pasada, te manda un beso."
Devuelvo el beso, y me abstengo de preguntar dónde encontró a Analise.
Después de algunos minutos, queda claro que ni yo ni ella conseguimos encontrar las palabras para hacer fluir la conversación. Con el pretexto de ir a buscar agua, me levanto y voy hasta la cocina. Lleno la jarra en el grifo, y antes de darme la vuelta, siento el calor de su cuerpo, incluso antes de que me toque.
Sus brazos me rodean, al mismo tiempo que siento su lengua en mi cuello. Es más de lo que puedo soportar, me giro y sin reservas, la beso. Un beso que quita el aliento, paso la lengua por sus labios, la introduzco en su boca, bailando con la suya. Las manos de Theodora recorren mi cuerpo, desabrochan sin dificultad mi camisa y los botones de mis pantalones. Sus dedos se deslizan por mi piel, como si supieran hacia dónde van. Me agarro con fuerza a la encimera de la cocina, tratando de no perder el equilibrio.
Recuperando algo de calma, Theodora me toma de la mano y me acompaña hasta el sofá, volviendo a besarme una y otra vez. Los besos tienen una suavidad única, la misma que sentí en la playa de Río de Janeiro, la misma con la que soñé una y otra noche, intentando olvidar por qué el placer se mezclaba con el dolor de la añoranza.
Poco a poco ella me empujó hacia abajo, hasta que ambas quedamos tumbadas en la alfombra. Con gestos discretos logró quitarme la camisa, y se quitó también la suya. Miro su sujetador y me quedo sin aliento. Percibiendo el magnetismo que ejerce sobre mí, desabrocha lentamente el cierre y deja que el sujetador se deslice al suelo dejando los pechos completamente expuestos. Toma mi mano y la lleva hasta ellos, mostrándome el camino. Soy una buena alumna, y no tardo ni un instante en retenerlos dentro de mis manos. Los acaricio con suavidad y luego con más

fuerza, y en un impulso, acerco los labios al pezón, tocándolo con la punta de la lengua. Theodora suelta un gemido, y todo mi cuerpo reacciona de una forma tan inesperada como violenta. Debo estar haciendo las cosas bien, reflexiono, avanzando con las manos a lo largo de su vientre, de la cintura, de la espalda, y también desabrochando los botones de sus pantalones.
"Me enviaste un cuento", dice en voz baja.
"¿Lo leíste?"
"Aunque fuera su primera vez, ella no tuvo dudas sobre qué hacer", me responde, bajando mis pantalones. Le facilito el movimiento y me desvisto, quedando solo en bragas.
"Aprendió por la fuerza de la necesidad."
"Llevó el deseo hasta las últimas consecuencias." Theodora se endereza lo suficiente para quitarse la ropa que aún llevaba puesta, quedando completamente desnuda. Antes de volver a acostarse hace una pausa, asegurándose de que la observo.
"Descubrió por la experiencia", continúo, remitiéndonos al cuento que le envié, al mismo tiempo que, sin saber exactamente cómo proceder, toco el interior de sus muslos. Ella vuelve a gemir, y yo sonrío.
"Y se rindió al placer, sin control." Es la última frase. Theodora me toca con intensidad, pero ni siquiera sería necesario, mi cuerpo se estremece contorsionándose en ondas sucesivas de placer, cuando la siento contraer las piernas sobre mis manos, y gritar mi nombre.

Capítulo 30

Epilogo

Isabella

Pocas veces recuerdo ver a Jennifer tan feliz. Mi apartamento parece cada vez menos mío. Por lo que puedo entender, Theodora no se ha mudado, pero tiene al menos un armario para ella, por no hablar de la cantidad de cremas ahora dispuestas en el estante del baño.
Poco después de que Val y yo entráramos, suena de nuevo el timbre. Es Theresa y la bebé, la pequeña Theo.
"¿Nos vas a decir cuál es la gran ocasión? No es que todos los días no sean buenos para una fiesta", afirma Val cuando nos instalamos alrededor de la mesa.
Theodora es la primera en reaccionar, pero Jenny no parece dispuesta a dejar que sea ella quien desvele el misterio.
"Saluden a las más nuevas editoras de este país", declara levantando la copa de champán que tiene en la mano. "La abuela de Theodora nunca hace nada simple, menos aún modesto. Después del éxito que ha sido el libro de Theodora, y los podcasts con mis cuentos, pensó que era el momento de convertirse en propietaria de una editorial de literatura lésbica".
"Y nos invitó a ponernos al frente del proyecto", completa Theodora, haciendo tintinear su copa contra la de Jennifer.
"Fantásticas las vueltas que da la vida", murmura Val a mi oído.
"Quién diría, hace un año, que nuestro encuentro en la clínica podría traernos hasta aquí?"
"Un año y tanto, ¿quién diría que Luiz acabaría casado?", prosigue sin contener un bostezo.
"¿Tienes sueño? ¿Martha estaba bien?", pregunto con ironía, dándole un beso en los labios que le impide responder, al menos por unos segundos.
"Estupenda. ¿Y tú, dormiste bien, o te quedaste en el consultorio hasta tarde?", replica con una carcajada.
"¡Dormir no fue exactamente lo que más hice esta noche!"

[Fin]

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Acerca del autor

Maggy McAndrew



Maggy McAndrew es médica, madre de cinco hijos y una apasionada escritora afincada en Lisboa. Con un diverso portafolio que incluye publicaciones científicas y cautivadoras obras de ficción, el verdadero amor de Maggy reside en crear desgarradoras novelas de romance lésbico. Basándose en su amplia experiencia en el campo de la medicina y en entornos académicos, entreteje hábilmente "rebanadas de la vida diaria" con las complejidades de la dinámica hospitalaria y universitaria.

La perspectiva única de Maggy y su aguda comprensión de las relaciones humanas le permiten crear historias auténticas y emocionalmente resonantes que muestran las alegrías, desafíos y triunfos de las mujeres que aman a las mujeres. Sus novelas ofrecen una representación poderosa y sin disculpas del amor lésbico en todas sus formas.

Para mantenerse en contacto con Maggy y recibir ofertas exclusivas, extractos gratuitos de sus próximas obras y las últimas noticias sobre su trayectoria como escritora, por favor, escríbale a maggy.mcandrew@gmail.com. Ella valora la oportunidad de interactuar con sus lectores y agradece cualquier comentario, opinión o pregunta que pueda tener.

Autora de
VERDADES NO DICHAS
PASIONES IMPREVISTAS
AMOR SIN CONCESIONES

@maggymcandrew

Libros en esta serie

Sphere España

La serie Sphere incluye un conjunto de novelas lésbicas con historias independientes ambientadas en la actualidad, que reflejan la realidad de varias mujeres lesbianas en el entorno médico y universitario.
El punto de unión de estas historias es la existencia de la "Sphere."
La "Sphere" es un grupo formado por mujeres, en su mayoría lesbianas, de toda Europa. Fue fundado en Francia, en la década de 1920, por una estadounidense que, durante su estancia en París, formó un grupo compuesto por mujeres prominentes en diversas áreas de las artes y las ciencias, que se reunían para discutir asuntos profesionales, conversar o, en algunas ocasiones, para poder tener relaciones en un espacio seguro. El secreto del grupo se mantenía por la necesidad de cada uno de sus miembros de proteger su propia identidad. Con el paso del tiempo, el grupo se fue ampliando y pasó a contar con mujeres notables en varios ámbitos, y sobre todo con muchas mujeres en puestos de poder, tanto a nivel económico como político. Los miembros del grupo se ayudan entre sí, intercambian influencias y mantienen el propósito original de promover espacios seguros para mujeres lesbianas.

Verdades No Dichas

En los pasillos del Hospital Central, dos brillantes doctoras se encuentran en una colisión con el destino. Olivia, la nueva directora clínica del hospital, está decidida a adoptar un enfoque más compasivo en su liderazgo, incluso mientras navega por los desafíos de un matrimonio asfixiante y una relación íntima y secreta con una mujer poderosa. Julia, una renombrada cirujana cardiotorácica, no podría ser más crítica con respecto a la visión de Olivia, pero sus acaloradas discusiones despiertan una innegable atracción.
A medida que las vidas de Olivia y Julia se entrelazan cada vez más, deben enfrentar los secretos, deseos y traiciones que amenazan con consumirlas. Desde el quirófano hasta sus casas, su pasión empuja los límites de su rivalidad y pone a prueba sus corazones.
Camila, la esposa de Julia, lidia con sus propios demonios, que nos llegan a través de sus conversaciones con su psiquiatra.
A través de los relatos en primera persona de Olivia y Camila, los lectores se sumergen en un mundo de relaciones complejas, luchas personales y la búsqueda de la identidad y la felicidad.
"Verdades No Dichas" es una cautivadora historia de amor, ambición y caminos inesperados que nos llevan a nuestro verdadero yo. Sumérgete en las crudas emociones y las íntimas revelaciones de Olívia, Julia y Camila, mientras navegan por las complejidades de sus relaciones, carreras y el poder transformador del amor en todas sus formas.
Prepárate para una poderosa historia de corazones rotos y lazos inquebrantables que nos unen. "Verdades No Dichas" es una lectura obligatoria para quienes creen en la resiliencia del corazón humano y en la valentía de abrazar el amor, incluso en circunstancias difíciles.

Pasiones Imprevistas

En un mundo donde el amor verdadero parece imposible, Simone, una brillante filósofa, se encuentra consumida por el dolor tras la pérdida de su gran amor, Lisa. Sumida en un océano de recuerdos, busca consuelo en las palabras, creyendo que solo a través de la escritura podrá liberar las pasiones ocultas que arden en su interior.
Pero el destino tiene otros planes cuando Nicola, una seductora profesora italiana con un pasado misterioso, irrumpe en su vida como un torbellino de deseo. A pesar de sus reservas, Simone se ve irresistiblemente atraída por el magnetismo de Nicola, y juntas se embarcan en un viaje de pasión desenfrenada que desafiará todo lo que Simone creía saber sobre el amor y el placer.
Mientras tanto, Carmen, la mejor amiga de Simone, se encuentra atrapada en su propia encrucijada cuando conoce a Emily, una joven medica cuya pasión cruda y honesta despierta deseos que Carmen nunca supo que existían. A medida que se sumergen en un romance secreto, las líneas entre el amor y la amistad y la comienzan a desdibujarse.
En esta novela sensual y apasionante, Maggy McAndrew explora los rincones del deseo femenino con una prosa arrebatadora y sensual. "Pasiones Imprevistas" es un testimonio del poder transformador de la pasión y una celebración del amor lésbico en todas sus formas. Prepárate para un viaje erótico y emocional que te dejará sin aliento y deseando más.

Amor sin Concesiones

Amor sin Concesiones es una novela cautivadora, llena de erotismo, que nos transporta a una relación que desafía las convenciones.
Elizabeth, fotoperiodista y bailarina, ve su vida trastocada cuando conoce a Jacqueline, una talentosa ortopedista. Lo que comienza como una noche de pasión entre desconocidas se convierte en un torbellino de emociones y desafíos cuando descubren que Jacqueline es profesora de Elizabeth en un Programa de Medicina de Catástrofes en el que esta última acaba de inscribirse.
Jacqueline mantiene en secreto su relación de larga data con Olga, siguiendo el lema "don't ask don't tell", pero, como la vida está llena de coincidencias, se entera de que Anna, su pasión de juventud, está en la ciudad. En la cuerda floja entre los recuerdos de un amor no vivido y una nueva pasión que despierta, las palabras de su madre, pronunciadas en momentos de completa lucidez a pesar de su demencia, se vuelven decisivas.
Elizabeth no puede olvidar a Kate, la bailarina de la que se enamoró y por la que lo dejó todo. Ahora, secretos, prejuicios y traumas del pasado amenazan con destruir el frágil vínculo que comparten. ¿Será la pasión lo suficientemente fuerte para superar todos los obstáculos?
Con intensas escenas eróticas, Amor sin Concesiones nos brinda detalles íntimos, explorando la conexión física y emocional entre dos mujeres apasionadas. La autora crea un mundo cautivador donde el deseo es la fuerza motriz, llevando a los lectores en una montaña rusa de emociones y placeres.
Prepárate para enamorarte, sufrir y vibrar con Elizabeth y Jacqueline, mientras navegan por los altibajos de una relación intensa. Una lectura imprescindible para los amantes de las historias de amor y pasión que te dejarán sin aliento.